



Comedias



S. Y J. ALVAREZ QUINERO

Caricatura de TOVAR.

S. y J. ALVAREZ QUINERO LA CONSULESA
LA SOMBRA DEL PILAR F. ROMERO y G. FERNANDEZ SHAW
50 céntimos.

NÚMERO VI :: 27 DE MARZO DE 1926 :: AÑO I

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR:

ANDRÉS GUILMAIN

GERENTE:

BENJAMÍN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 :: MADRID :: Apartado 8.036

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | | |
|----------------------|---------------|---------|
| ESPAÑA Y AMÉRICA.... | Trimestre.... | 6 ptas. |
| — — ... | Semestre. .. | 12 — |
| — — ... | Año..... | 24 — |
| EXTRANJERO..... | Semestre. .. | 15 — |
| — | Año..... | 28 — |

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

NÚMEROS PUBLICADOS

Núm. I. — **Jacinto Benavente**: Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador. — **Enrique García Álvarez y Joaquín Abati**: Clara Luna.

Núm. II. — **G. Martínez Sierra y Honorio Maura**: Susana tiene un secreto. — **Carlos Arniches y Antonio Paso**: ¡Qué encanto de mujer!

Núm. III. — **Alejandro Pérez Lugín y Manuel Linares Rivas**: Currito de la Cruz. — **Eduardo Marquina**: El pavo real.

Núm. IV. — **Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández**: Los Campanilleros. — **Luis Gabaldón y E. Gutiérrez Roig**: Poderoso caballero...

Núm. V. — **Carlos Arniches**: La cruz de Pepita. — **A. Martínez Olmedilla**: La mano de Alicia.

Núm. VI. — **S. y J. Álvarez Quintero**: La consulesa. — **F. Romero y G. Fernández Shaw**: La sombra del Pilar.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

G. Martínez Sierra: Mujer. — **E. García Álvarez y Fernando Luque**: Calixta la prestamista.

110
SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

LA CONSULESA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Escrita exprofeso para Joaquina del Pino y estrenada en
el teatro Lara el 11 de Abril de 1914.

REPARTO

PERSONAJES

FERNANDITA
BLANCA
ADORACION
VIRGINIA
PALOMA
ALBERTA
DON PASCUAL
FELIPE RIVAS
NICOLAS
NOBLEJAS
REALITO

ACTORES

Joaquina del Pino.
Catalina Bárcena.
Leocadia Alba.
Mercedes Pardo.
María Luisa Moneró.
Eugenia Illescas.
Ramón Peña.
Luis Manrique.
José Isbert.
Salvador Mora.
Jesús Tordesillas.

ACTO PRIMERO

En Madrid, y en el barrio de Salamanca, viven don Pascual y Fernandita, matrimonio feliz. En un gabinete de confianza de su casa, ni humilde ni rica, pero ordenada y primorosa, se desarrollan los lances de esta comedia. Tiene el gabinete una puerta a la derecha y otra a la izquierda, y un mirador al fondo, en un ángulo que da al jardín. Hay en él hasta un par de docenas de macetas con plantas y flores, que cuida Fernandita, y entre las que sobresalen, como gala de aquella improvisada estufa, una camelia y un naranjo. En las paredes algunos cuadros con vistas de Alfaceque, pueblo natal de la dueña de la casa, y un almanaque. Es de noche. Las puertas del mirador están cerradas. Ilumina el gabinete una lámpara que es fama que perteneció al salón de lecturas de un antiguo casino de Alfaceque.

DON PASCUAL aparece sentado leyendo un periódico. Es hombre de cincuenta y tantos años, de aire cervantesco y de enérgica fisonomía, no exenta de bondad. Lee ante un curiosísimo velador, el cual es un acabado trabajo de taracea, debido a las manos y al desprendimiento de cierto presidiario de Alfaceque, que purga sus culpas en Chinchilla. Como se ve, en la casa de nuestros buenos amigos se rinde especialísimo culto al muy noble, muy leal y muy heroico pueblo andaluz que lleva aquel nombre. Por la puerta de la derecha del actor *Mega VIRGINIA*, linda mocita natural de Alfaceque, a interrumpir la lectura de don Pascual. Aunque doncella de la casa, se cree reina de unos Juegos florales. Tiene siempre la sonrisa en los labios.

VIRG. Señorito. ¿Señorito?

D. PAS. ¿Qué hay?

VIRG. Visita. Un señorito lo busca a usted.

D. PAS. ¿No te ha dicho su nombre?

VIRG. No se lo he preguntao. Como una no está acostumbrá a salí a la puerta... Y por lo que toca a é, en cuanto me ha visto ha perdío el habla. No sé qué tiene una en er semblante.

D. PAS. ¡Vaya! ¿Y Alberta?

VIRG. Ahí a la vera está.

D. PAS. Llámala.

VIRG. Sí, señó. (*Asomándose a la puerta por donde ha venido.*) ¡Alberta! ¡Oye! (*Y viene Alberta, robusta moza de Castilla, fresca y guapetona.*)

ALB. ¿Me llama el señor?

- D. PAS. Sí. Llégate a la puerta a ver quién es; y si es el mismo joven que vino esta mañana, que pase.
- ALB. Está bien, señor. ¡Sí que me ha caído a mí una ayuda con esta princesa! (*Se va.*)
- VIRG. ¿Ve usted? Siempre está con er mismo pío. Una ¿qué curpa tiene, don Pascuá? ¿Tiene una la curpa de no habé servido hasta ahora, don Pascuá? ¿Hay quien nazca sabiendo, don Pascuá?
- D. PAS. Nadie, Virginia, nadie.
- VIRG. Sin contá con que entre la hija de Manolito el artífise de Arfaqueque, que hase filigranas de plata, y la hija der señó Atanasio de Talavera de la Reina, que hase serones, arguna diferensia ha de habé. ¿No es verdá, señorito? ¿Disparato?
- D. PAS. ¡Quiá! ¡Se puede esculpir lo que dices! (*Asoma Realito en la puerta de la derecha. Es un muchacho, hijo de un boticario andaluz, que viene a Madrid a colocarse. Embutido en su traje nuevo, algo daría porque Dios le abreviara el trance de la visita aquella.*)
- REAL. ¿Hay permizo?
- D. PAS. Adelante.
- REAL. Buenas noches.
- D. PAS. Buenas noches.
- VIRG. Buenas noches.
- REAL. Me alegro de verlo a usted bueno.
- D. PAS. Muchas gracias. ¿Es usted quien ha dejado esta mañana una carta del señor Donoso?
- REAL. Zervidó de usted.
- D. PAS. Hágame el favor de sentarse.
- REAL. Zí, zeñó.
- D. PAS. Virginia, retírate.
- VIRG. Ya mismo. (*Se marcha por la puerta de la derecha sonriéndole al recién llegado.*)
- D. PAS. ¿De manera que usted vlene a Madrid a ver en qué puede emplearse?
- REAL. Ezo es. Er pueblo está ca vez peó. Ayí no hago más que perdé er tiempo: emborraçharme toas las noches.
- D. PAS. Para eso también hay facilidades en Madrid, no crea usted que no.
- REAL. Es claro. Er vino en toas partes es vino. Zólo que aquí es negro... y la borrachera es más triste.
- D. PAS. Ya estoy. Bueno, y usted, ¿qué ideas trae? ¿Qué plan tiene? ¿En qué puedo yo?... Porque mis influencias son muy pocas. Yo soy el gerente de una fábrica de chocolates; no soy un ministro, como cree mucha gente.

- REAL. A mí er zeñó Donozo me ha dicho que usted en Madrid tiene mucha mano.
- D. PAS. No lo crea usted. Vamos a ver: ¿usted qué pretende? ¿Qué sabe usted hacer?
- REAL. Yo estoy dispuesto a hacé de to. La cuestión es ganá dos pezetas.
- D. PAS. ¿Tiene usted alguna afición preferente?
- REAL. Tengo dos manos, como todos los hombres.
- D. PAS. No basta. ¿Ha aprobado alguna carrera?
- REAL. No, zeñó. Er bachiyé .. y apuráyo. Carrera, ¿pa qué? Ya zabe usted cómo están las carreras.
- D. PAS. Muy malas, sí. Y de letra, ¿qué tal anda usted?
- REAL. Ni ando ni no ando. No me ha dao nunca por ahí. Escribo pa entenderme. Er que tiene una letra preziosa es mi primo Bartolomé.
- D. PAS. Y a máquina, ¿sabe usted escribir?
- REAL. No, zeñó; tampoco. Bartolomé zí zabe.
- D. PAS. ¿Y francés? ¿Conoce usted algo de francés?
- REAL. Ezo quiziera yo. Me puze a aprenderlo, y me atasqué a las tres lerciones.
- D. PAS. Pronto fué el atasco.
- REAL. Ze me atravezaron los verbos. Y mi padre me dijo: «Chiquiyo, no zeas tonto; apréndelo zin verbos; ¿qué más da?»
- D. PAS. ¿Eso le dijo a usted su padre?
- REAL. Zí, zeñó, ezo me dijo. Y yo lo intenté. Pero me costaba más trabajo toavía. Er que lo zabe que da gusto es Bartolomé.
- D. PAS. Que es quien ha debido venir a Madrid a emplearse.
- REAL. ¡Bartolomé está en Zeviya muy bien coloco! ¡Una novia tiene más bonital... Bartolomé ez una de ezas criaturas que nacen de pie.
- D. PAS. Perfectamente. Pues yo le voy a dar a usted dos letras que me hará el favor de entregarle al señor Donoso, y ya procuraré hablar con él del asunto este.
- REAL. Zí, zeñó; muchas gracias.
- D. PAS. (*Encaminase a la puerta de la izquierda, por donde sale su mujer*). Fernandita.
- FERN. ¿Qué quieres?
- REAL. Buenas noches.
- FERN. Buenas noches.
- D. PAS. El señor es un recomendado de Bautista Donoso.
- REAL. Zervidó.
- FERN. Tanto gusto...
- D. PAS. Mi mujer.
- REAL. A los pies de usted.
- D. PAS. Acompáñalo mientras yo le pongo una carta. (*Se va.*

Fernandita, la compañera de don Pascual, frisa con los cincuenta, y es la bondad y la dulzura personificadas. A veces parece tonta y no lo es. A veces lo parece y lo es. Vió ia primera luz, como ya sabemos, en Alfaceque, para gloria y prez de Alfaceque, y aun cuando vive en Madrid hace veinte años, diríase, por su habla, que ha llegado ayer. Tampoco han pasado por ella las modas cortesanas y viste y peina como si estuviera en el pueblo, lo cual le presta a su figura una graciosa y noble originalidad. Su gran pasión en esta vida es Alfaceque: su rincocito.)

- FERN. Siéntese usted.
REAL. Con permizo.
FERN. Hace fresco esta noche, ¿verdad?
REAL. Hace, hace fresquiyo.
FERN. Y ya ve usted: a primeros de Octubre no parece propio... ¿Usted es andaluz?
REAL. Zí, zeñora. ¿Ze me nota en el acento, no?
FERN. Se le nota. Yo también nací por allá abajo.
REAL. Tampoco lo pué usté negá.
FERN. Ni quiero. Y llevo en Madrid veinte años; pero aunque llevara cincuenta.
REAL. És naturá. Pos figúreze usté yo, que yegué der pueblo hace tres días.
FERN. ¿De dónde viene usted?
REAL. De Arminares.
FERN. ¡Hombre! ¡De Alminares! Algunas temporadas pasé yo allí, cuando era pollita. Y conservo una buena amiga en Alminares.
REAL. ¿Quién?
FERN. Esperanza Ruiz.
REAL. ¿Esperanza Ruiz? Eza zeñora está emparentá con mi papá. Mi papá es tío de una prima zegunda de eya.
FERN. ¡Ajajá! ¿Cómo se llama su padre de usted?
REAL. Feliciano Reá, pa zervirla.
FERN. ¿Cómo? ¿Usted es hijo de Feliciano Real?
REAL. Zí, zeñora.
FERN. ¿El que fué boticario de Alfaceque?
REAL. Zí, zeñora. Que luego, por cuestiones políticas, ze trasladó a Arminares.
FERN. El mismo. Le llamaban... ¿Usted no se ofende?
REAL. No, zeñora; dígalo usté.
FERN. Le llamaban *Barriquita*.
REAL. ¡*Barriquita*! Hijo de *Barriquita* zoy yo.
FERN. Según eso, usted, probablemente, habrá nacido en Alfaceque.

- REAL. ¡Caballito! ¡En er Carmen me echaron el agua! Y ayí me he criaio.
- FERN. (*Como si le hubiera tocado la lotería.*) ¡Es usted de Alfaqueque! ¡Pues somos paisanos!
- REAL. ¿Zí?
- FERN. ¡Yo soy de Alfaqueque también! ¡Yo nací en la casa de las dos fuentes!
- REAL. ¿En la caza de las dos fuentes? ¿Entonces usted va a zé...?
- FERN. Fernanda Osorio.
- REAL. ¡Anda! ¡Zi yego yo a zaberlo! (*Levantándose y dándole la mano con arranque de satisfacción.*) ¿Cómo está usted?
- FERN. Bien, ¿y usted?
- REAL. ¿Cómo usted? ¡Hábleme usted de tú! ¡Zi yo he jugao en er patio e zu caza! ¡Zi yo he visto ayí la matanza dos o tres veces! ¡Jozú, qué alegría tengo! (*En efecto, se le nota en todo. Hasta este momento no le ha estado cómoda la ropa.*) Pero ¿cómo er zeñó Donozo no me arvirtió quién era la zeñora de don Pascuá?
- FERN. No habrá caído. ¿Y usted cómo se llama?
- REAL. ¡Hábleme usted de tú, zeñora!
- FERN. ¿Y tú cómo te llamas?
- REAL. ¿Cómo vi a yamarme? Feliciano Reá. Lo mismo que mi papá ze yama Feliciano Reá. Y mi abuelo, Feliciano Reá. Y mi bizabuelo, Feliciano Reá. Y mi tatarabuelo, Feliciano Reá. Y toavía creo que hay otro. Y zi yo me cazo y tengo un hijo...
- FERN. ¡Feliciano Reá!
- REAL. ¿Pa qué vamos a andá cambiando? A mí to er mundo me dice Realito.
- FERN. Bueno; hay que convenir en que somos del pueblo más precioso que alumbra el sol.
- REAL. ¡Digan lo que quieran los de Arminares!
- FERN. ¡Qué tiene que ver! Alfaqueque es una copita de plata. Por allí pasó María Santísima derramando flores. ¡Qué casas más blancas! ¡Qué rejas más bonitas! ¡Qué campo más alegre!
- REAL. Verdá que zí.
- FERN. ¡Y qué pan, y qué agua... y qué cielo, y qué todo! Porque decir Alfaqueque es decir la gloria. Hasta las nubes de Alfaqueque me gustan más que las de ninguna parte.
- REAL. Oiga usted: ¿y las tortas de armendra? ¡Pa chuparse los deos!
- FERN. De dulces no se hable. Como aquellas *carguitas de leña* y aquellos *seroncitos de cidra*, ni en Utrera ni en Granada los hay.

- REAL. ¿Y dónde me deja usted las arropías?
- FERN. ¿Y los alfajores? ¿Y los *canalitos* de canela?
- REAL. Cuénteme usted a mí cómo están. Me comí un día por una apuesta zezenta y ziete, y por poco me muero. ¡Me entró una ardentía que creí que me abrazaba!
- FERN. Ah, naturalmente... Con esa cantidad... Pues ahí tiene usted... ahí tienes tú: esos dulces de Alfaqueque son en Madrid mis postres. Hay aquí una mujer—también de Alfaqueque—que tiene las mejores manos para imitarlos. Adoración Martínez. Porque yo, viva donde viva, sueño con Alfaqueque, y gozo como nadie recordándolo. El día que una amiga de allí me manda uvas de palma, o *tolera*, o palmitos, o higos de tuna, en mi casa lo celebramos como una boda.
- REAL. No me lo jure usted.
- FERN. Mira estos cuadros; todos son vistas de Alfaqueque.
- REAL. Es verdá. No habia echao yo cuenta. Como entré un poquiyo atolondrao...
- FERN. Fíjate uno por uno.
- REAL. (*Obedeciéndola, complacido.*) ¡Qué bien zacao está er *Campo Redí!*... ¡Y er *Campiyo!* Aquí nació yo.
- FERN. ¿Y la *Torre del Moro*?
- REAL. También está propia. La caye las *Cruces*. Er *Zanuario*. To Arfaqueque.
- FERN. Pues en el despacho de mi marido tengo una vista general iluminada.
- REAL. ¡Ole! Y dicen de Madrí. Bueno, a mí Madrí me ha dao un chasco. Yo no lo quiero poné con Arfaqueque; pero quien ha estao ziquiera en Jeré no tiene que azustarze. Totá, es lo que yo le respondo a un madrileño de la caza e huéspedes: Madrí, ¿qué tiene Madrí? Más cazas que Jeré; más torres; más cáyes. Y la tontería de las estatuas. De ahí no zale usted. Va usted ar pazeo: más coches; va usted ar Muzeo: más cuadros. Y zan ze acabó.
- FERN. ¡Ah, no, no! ¡Madrid... Madrid!... A Madrid hay que verlo despacio; ¡pero Alfaqueque!... (*Por la puerta de la izquierda, y buscando un cestillo de labor que hay sobre un mueble, sale Blanca, una señorita muy bella, todo suavidad y dulzura.*)
- BLAN. Buenas noches.
- REAL. (*Poniéndose de pie de un brinco.*) Buenas noches.
- BLAN. Siento incomodar... Buscaba mi cestillo por todas partes y estaba aquí. (*Lo coge y va a marcharse.*)
- FERN. Oye, Blanca.
- BLAN. Mándeme usted.

- FERN. Aquí tenemos a un paisano nuestro.
- BLAN. ¿Ah, sí? ¿El señor?
- REAL. Zervidó de usted. ¿Cómo lo paza usted?
- BLAN. Bien, ¿y usted?
- REAL. Tan bien; muchas gracias. ¿Ez hija de usted?
- FERN. No; no es más que amiguita. Yo no tengo hijos.
- REAL. ¿De manera que usted es de Arfaqueque?
- BLAN. Sí, señor; pero salí de allí tan niña que apenas han podido influir en mí los aires natales. Me he criado en Madrid. La que está de enhorabuena es usted, Fernandita: un paisano... y motivo para hablar de Alfaqueque. ¿A que han salido ya a relucir los alfa-jores, y el pan, y el agua, y las nubes... y hasta la sombra de los árboles, que allí es más fresca que en ningún sitio?
- FERN. ¿Ves, Feliciano? Pues así son todos. Se ríen de mí por el cariño que le guardo al pueblo.
- BLAN. (*Acariciándola.*) ¡Yo qué he de reirme! (*A Realito, despidiéndose.*) He tenido mucho gusto en saludar a usted...
- REAL. Er gusto ha zido mío. Feliciano Reá, o Realito, como ayí me dicen, en Arminares, caye der Pozo, número 4, botica, con permizo de mi papá...
- BLAN. Muchas gracias. Hasta luego. (*Se marcha por donde llegó.*)
- REAL. (*Confidencialmente.*) ¿Zabe usted que la paizanita ez una mujé de *mi primo cartelo*? ¿Cómo ze yama?
- FERN. Blanca Solís. Hija de Josefa Mariño. Sobrina de Frasquita la Fea. Prima de Torremocha, el casado con Paquita Merengue.
- REAL. Ah, zí; me acuerdo de zu madre. ¿Vive aquí en Madrid?
- FERN. Aquí vive desde su segundo matrimonio. Enviudó la pobre y volvió a casarse en mala hora, con uno de los hombres más brutos de que hay idea.
- REAL. ¿De Arfaqueque?
- FERN. (*Indignada.*) ¡No! ¿Qué va a ser aquel borrico de Alfaqueque? No puede ver a la entenada; la trataba lo mismo que a un perro. La pobre muchacha, deseando libertarse de él, se echó un novio, y eso acabó de hacerle la vida imposible en la casa.
- REAL. ¡Vamos!
- FERN. Hasta que yo intervine, compadecida de la infeliz criatura, y un día, sin pedirle permiso a nadie, la cogí de la mano y me la traje a vivir conmigo. Y aquí estará hasta que se case, que será en Enero.
- REAL. Ezo es hacé una buena obra.
- FERN. El novio no es muy de mi gusto, no pienses; es un

asperón. Pero Blanquita dice que se casa con un bandido antes que volver junto a su padrastro.

REAL. Y ze concibe. Zi es tan bruto...

FERN. Por esta y por otras condescendencias mías, me dice Pascual que nuestra casa es en Madrid el consulado de Alfaqueque, y que yo soy la consulesa.

REAL. ¡Ay, qué gracia! ¿Y er conzu é?

FERN. No. El dice que éste es un consulado singular; que no hay cónsul, sino consulesa solamente.

REAL. Ezo está bueno. (*En el umbral de la puerta de la derecha aparece en esto don Salustiano Rodríguez Noblejas, modesto empleado de Clases Pasivas y la persona más fina del globo.*)

NOBL. ¿Se puede pasar?

FERN. Pase usted, Noblejas.

NOBL. Buenas noches.

REAL. Buenas noches.

NOBL. ¿Molesto?

FERN. No, señor.

NOBL. ¿Cómo sigue usted, doña Fernandita?

FERN. Bien, ¿y usted? ¿Y Paloma?

NOBL. Bien; para servirla. ¿Mi señor don Pascual se conserva bueno?

FERN. Perfectamente. En su despacho está.

NOBL. ¿Seré oportuno llegando allí ahora?

FERN. Creo que lo espera a usted.

NOBL. En ese caso... si usted me autoriza para retirarme...

FERN. Sí, señor.

NOBL. Contando con ello... Señor mío...

REAL. Usté lo pace bien.

NOBL. (*Desde la puerta de la izquierda, por donde se va, hace una nueva cortesía.*) Beso a usted la mano. A los pies de usted, doña Fernandita.

REAL. (*Alentado por la confianza que le inspira la consulesa.*) Este tampoco es de Arfaqueque.

FERN. ¡Tampoco! ¡Y por el extremo contrario! No te lo he presentado porque habríamos tenido ofrecimientos para un cuarto de hora. No conozco un hombre más fino. Mi marido dice que en la pila bautismal le dijo al cura: «¿Sería usted tan amable que templase el agua?»

REAL. (*Riéndose con estrépito.*) ¡Ja, ja, ja!

FERN. Es un infeliz. Está empleado en Clases Pasivas y vive en uno de los cuartos interiores de esta casa. Pascual suele darle algunos trabajos para que se ayude. Tiene mucha familia. Y una hija también tiene preciosa: hordadora en fino.

REAL. Ze da un aire eze hombre, y yo no podía tenerme de riza mirándolo, a aquer tío de Arfaqueque que pregonaba: «Zombreros, muebles, libros y los paraguas viejos que vendé.»

FERN. Oye: es cierto, que lo recuerdo. Y ahora que los nombras, ¡vamos, que los pregones de Arfaqueque! ¿En qué tierra los hay más bonitos? Ni en Sevilla misma.

REAL. Como que tienen nombre. ¿Ze acuerda usté der de los rábanos y la yerbabuena?

FERN. ¿Y el de las azofaifas?

REAL. ¡Ah, er de las azofaifas! (*Entonándolo a media voz:*)

¡Verdes, gordas y colorás!...

¡Azofaifas!...

¡Azofaifas colorás!...

FERN. ¿Y el que echaba la mujer de los alcauciles?

REAL. Zí, Catalina la de Utrera. ¿Y er tío de los melones? Aquer que decía:

¡La confituría me teme!

FERN. ¿Y el de las cañas de jazmines? (*Entonando también el pregón:*)

¡Jazmines, jazmines blancos;

en mi patio nieva;

en mi patio está nevando!

¡Como la nieve... los jazmines!...

REAL. ¡Ole! Pos ¿y er de los nísperos? (*Cantando ya sin ningún género de reservas, en alas del entusiasmo patriótico:*)

¡Buenos nísperos... der Japón!...

(*Don Pascual, que vuelve muy a tiempo con su cartita escrita en la mano, se queda como es de suponer ante aquella revelación inesperada. Realito al verlo se pone muy colorado, y Fernandita suelta la risa.*)

FERN. ¿Sabes, Pascual? ¡Es paisano mío! ¡Es de Arfaqueque!

D. PAS. ¡Ya, ya me lo he figurado! ¡No tiene otra explicación el verlo aquí pregonando nísperos! El, en cambio, no se imaginaría haber dado en el consulado de su pueblo.

REAL. No, no, zeñó. No está la zuerte pa er que la busca, zino pa er que la encuentra.

D. PAS. Ea, pues aquí tiene usted la carta que ha de darle al señor Donoso. Yo procuraré verlo mañana, y hablaremos de usted.

- FERN. Hay que ayudarle en lo que se pueda, ¿no, Pascual?
- D. PAS. Ahora con más motivo.
- REAL. (*Un poco nervioso.*) ¡Viva Arfaqueque! Muchísimas gracias. Y me voy, no cierren la puerta.
- D. PAS. Eso, no; la abrirían...
- REAL. Que usted ziga bueno.
- D. PAS. A sus órdenes.
- REAL. (*A Fernandita.*) Que usted ziga buena también. Me he alegrao mucho de to esto.
- FERN. Anda con Dios. Y que vuelvas por aquí cuando quieras con toda confianza.
- REAL. Zí, zeñora. Buenas noches. (*A don Pascual, que lo acompaña.*) No ze moleste usted.
- D. PAS. ¡No faltaría más! ¡Con un súbdito de Arfaqueque! Todos los honores son pocos. (*Se va con Realito por la puerta de la derecha.*)
- FERN. (*Riéndose.*) ¡Cómo se burla mi marido!... Y este Realito, aun con el pelo de la dehesa, parece muy listo y muy despierto. (*Aguarda complacida a que llegue su esposo para cambiar dulces impresiones. Vuelve don Pascual.*)
- D. PAS. Resbaló en la cera del recibimiento y por poco se abre la cabeza.
- FERN. ¿Sí?
- D. PAS. Y no habría estado mal ver lo que tiene dentro.
- FERN. No te rías. ¿Se ha hecho algo?
- D. PAS. No. Cambió el color; pero nada más.
- FERN. Se lo tengo recomendado a Alberta; que no dé tanta cera, por Dios. ¡Dichosas modas! ¡Cuánto no más vale un mosaico bien aljofifado! Dime, Pascual, ¿y vas a colocar a ese muchachito?
- D. PAS. Allá veremos. Difeil es, Fernanda.
- FERN. ¿Difeil? Pues ¿y en la fábrica de chocolates? ¿No te podría servir allí?
- D. PAS. ¿Allí? Como no sea para comerse alguna que otra libra... Por los informes que he sacado...
- FERN. ¿De veras? ¡Qué lástima!
- D. PAS. Pero no te apures; yo procuraré... Ahora, que no está encarnada en ese mozo la gloria nacional que tú sueñas que salga de Arfaqueque.
- FERN. No importa. Con tal que le busques un destinillo...
- D. PAS. Probaremos a ver si vale para llevar cajas a los almacenes o a la estación.
- FERN. ¡Qué tonto eres! Ten en cuenta que es un muchacho fino.
- D. PAS. Se tendrá en cuenta. Y me voy a despachar a Noblejas, que ése sí que es fino. (*Cuando va a marcharse*)

lo detiene la llegada de Virginia por la puerta de la derecha, un tanto alterada, pero risueña siempre.)

VIRG. Señorita.

FERN. ¿Qué quieres?

VIRG. Regístreme usted.

FERN. ¿Cómo?

VIRG. Regístreme usted de arriba abajo, como si fuera una sigarrera. Registre usted mi baú, registre usted mi cama... ¡Regístreme usted!

FERN. ¿A qué he de registrarte?

VIRG. ¡Porque en er fregao se ha perdido un tenedó de plata, y Arberta y la otra no hasen más que mirarme a mí con malisia! ¡Como si yo me lo hubiera guardao! Y usted comprenderá, señorita, que una, criá entre pendientes y gargantiyas y peinetas de filigrana, no va a mancharse las manos y la consiensa por un tenedó. (*A don Pascual.*) ¿Disparato?

D. PAS. Yo no intervengo en el negociado de tenedores.

FERN. Ahora verás tú cómo parece.

VIRG. Pero usted no pensará mar de mí. Miste, señorita, que me pongo en cueros aquí mismo.

FERN. ¡Calla, simple! ¿Sabré yo a quién tengo en mi casa? ¿Sabré yo quién es tu padre y quién es tu madre?... ¡Por Dios bendito!... (*Vase decidida por la puerta de la derecha.*)

VIRG. No es lo malo lo der tenedó, don Pascuá.

D. PAS. ¿No? Pues ¿qué es lo malo?

VIRG. Miedo me ha entrao de desírselo a la señorita. Y ésta he sido yo. Hágase usted cuenta... ¡Una no está acostumbra ar servicio! (*Como si refiriera una gracia.*) Yevaba en las manos er juego de café de china, pa guardarlo en el aparadó, y de pronto se le antoja soná ar reló de cuco, que siempre me impresiona. Doy un repuyo y er juego a tierra.

D. PAS. ¿Y se ha roto?

VIRG. Se ha hecho peasos, señorito. ¿Usted no ve que dí un repuyo?...

D. PAS. ¡Repuyo el que va a dar la señorita cuando se entere! Mujer, hay que tener cuidado.

VIRG. Don Pascuá, ¡si es que mis manos no están hechas pa yevá chirimbolos de una parte a otra!... ¿Usted no las ve? ¡Si en Arfaqueque me llaman *Manitas de Virgen!*...

D. PAS. ¡Esa ya es una razón de peso! (*Para sí.*) En fin, puesto que la consulesa lo quiere... ¡Tributo a la tierra natal, que a mí me cuesta un ojo! (*Dentro, hacia la derecha, oyesse la voz de Nicolás, que grita.*)

NICO. Buenas noches. ¡Buenas noches he dicho!

D. PAS. ¡Ea! ¡El novio de Blanca! ¡Pues no están mis nervios para aguantarlo! (*Entrase por la puerta de la izquierda.*)

VIRG. ¡Es argo serio er señorito este!... Yo, como me acuerdo de mi padre, que siempre tiene una sonrisa pa to er mundo... En eso sargo a e. (*Por la puerta de la derecha llega Nicolás, mozo madrileño de cuna, agrío como un limón, mitad señorito, mitad chulo. Sobrino predilecto de un comerciante adinerado, sigue una carrera que no acabá nunca, y cree que porque tiene algunas pesetas está autorizado para no tener educación.*)

NICO. Buenas noches.

VIRG. (*Con una sonrisa digna de su señor padre.*) Hola, señorito.

NICO. ¿Cómo hola? Avisa a la señorita Blanca.

VIRG. ¿Usté también está enfadao? ¡Ay qué genio de hombres!

NICO. Niña, niña, ¿a ti quién te da pie pa esas confianzas? Di a la señorita que la espero.

VIRG. ¿Y usté por qué me tutea, vamos a ve, ya que me pide cuentas?

NICO. ¡Si te voy a tratar de usía! (*Empujándola.*) Vamos, anda ya.

VIRG. (*Con coquetería.*) Las manitas en los borsiyos, que no cuesta trabajo. (*Márchase ufana por la puerta de la izquierda.*)

NICO. ¡Qué salidal! Esa chica es tonta. La he pillao en un ataque de memez. (*Mientras llega Blanca, pasea en silencio, mirando con impaciencia y mal humor hacia la puerta de la izquierda. Al fin sale la muchachita, cuya aparente dulzura y bello rostro contrastan con la áspera actitud de su prometido.*)

BLAN. ¡Dichosos los ojos!

NICO. ¿Qué pajoles estabas haciendo?

BLAN. Rajoles, ningunos; porque no sé lo que son pajoles.

NICO. Ni tiene gracia el chistecito.

BLAN. Estaba escribiendo a mamá.

NICO. A tu madre.

BLAN. Sí, a mamá.

NICO. ¡A tu madre!

BLAN. ¿Pues qué digo? A mamá.

NICO. ¡No, no; a tu madre! Yo a tu madre no la llamo mamá. Esto hay que establecerlo desde el principio.

BLAN. (*Riéndose.*) Bueno, a mi madre, como quieras. Muy hinchadas traes las narices.

- NICO. Regular. Me he levantao de mala uva. Y acabo de tener en el tranvía la primer bronca.
- BLAN. ¿La primera del día? Te habrás levantado muy tarde.
- NICO. ¿Otro chistecito? ¡Bah!
- BLAN. ¿Qué te ha pasado en el tranvía?
- NICO. Na, chica, na; que es un abuso. ¡Veinticinco paradas de la calle Goya a la calle Lista! ¡Una eternidá pa andar diez metros! Y luego se prohíbe fumar, se prohíbe escupir, se prohíbe bajarse en marcha, se prohíbe hablar con el conductor, conserve usted el billete, tenga usted cuidao con los rateros, beba usted el agua de Solares, lávese usted con jabón de brea... ¿Eso es un tranvía o un presidio?
- BLAN. ¡Válgate Dios!
- NICO. Conque en esto, dos oficialitos, dos niños de estos góticos recién salidos de la Academia, empezaron a reírse de mí. Y yo, que tengo malas pulgas, me encará con ellos y vino el agarre. Se paró el tranvía, bajamos a la calle enzarzaos, y si no llega pronto un guardia, no sé. Porque de mí no se ríe ni el ministro e la Guerra. Total, na. Pero, bueno, el disgusto.
- BLAN. También es sino, Nicolás, que has de andar siempre de discusiones y camorras en los tranvías, con los mangueros, con los que no te dejan la derecha... con todo el mundo.
- NICO. Porque soy un hombre muy hombre y me gustan las cosas en serio, como debe ser. ¡País de chufia éste! ¡Bah!
- BLAN. Bueno, hombre; tranquilízate. Siéntate un poco, que no paras.
- NICO. Déjate que se me pase el sofoco. ¿Tú sabes la que he tenido ahora mismo con el portero?
- BLAN. ¿También con el portero?
- NICO. La primer bronca.
- BLAN. La segunda, por lo que cuentas.
- NICO. ¿Ah, sí? Pues a ver si la tercera es contigo, que estás muy graciosa esta noche.
- BLAN. A todo hay quien gane.
- NICO. El porterito, ¿sabes? me ha tomao entre ojos, y como yo no se lo pida no pone el ascensor. Y le voy a dar una queja al amo y le va a costar la portería. Y to porque a una perrita que tiene se le ocurre echarse dentro a dormir y no quíe molestarla. ¡Y que no deja pelos en el asiento la perrita! (*Cepillándose con la mano, furioso.*) Te digo que...
- BLAN. Ea, pues olvídate de todo eso y dedícame a mí un

ratito en sana paz. Anda, siéntate. (*Lo mira con zalamería.*) Siéntate.

NICO. (*Obedeciéndola un poco a remolque.*) Haces de mí lo que te da la gana.

BLAN. ¿Cómo está tu tío?

NICO. ¡Bah! Como siempre. No hay quien lo resista. Necesito una paciencia, chica... Me da rabia, hombre, pensar en el dinero que tiene y verlo allí esclavo, detrás del mostrador. Cuando eso pase a manos mías...

BLAN. Harás tú lo que yo te mande, y te vendrá muy ancho.

NICO. ¿De veras.

BLAN. De veras. ¡Ahí es nada! ¡Coger una finquita así cuando falte tu tío! ¡Un comercio tan acreditado!...

NOBL. Yo pondré al frente una persona de mi confianza; lo que es el hijo de mi madre no se eterniza detrás del mostrador viendo medir varas de tela. Hay que darse buena vida; convéncete.

BLAN. Convencida estoy; pero se debe atender a todo: a gozar de la vida y a cuidar la viña, Nicolás. El ojo del amo...

NICO. ¡Bah, bah! Tonterías de tu pueblo.

BLAN. No por nosotros solamente. si no porque hay que mirar al día de mañana... (*Entre zalamera y ruborosa.*) Un matrimonio no debe nunca pensar en que toda la vida van a ser dos...

NICO. Mira, mira, no empieces con chinitas sobre ese tema, que me pongo nervioso.

BLAN. ¿Que me cuentas, hombre?

NICO. Lo que estás oyendo. No es la primera vez que te lo digo. ¡Los chicos! ¡Los chicos! ¡Pa el gato!

BLAN. ¿Como para el gato?

NICO. ¡Tú no sabes lo que son chicos, mujer! ¡No me hables! Que los dientes, que los colmillos, que las muelas, que el sarampión, que los empachos... ¡Toa la noche sin pegar un ojo!

BLAN. Me disgusta oírte, Nicolás...

NICO. ¿Si, eh?

BLAN. Sí. No me abochorno de confesarlo... Si me caso, quiero que Dios me dé algún hijo... Nada me ilusiona como eso.

NICO. ¡Pajoles!

BLAN. ¡Claro quesí! ¿Que otro fin mejor tiene el matrimonio?

NICO. No te las echas de filósofa, tú.

BLAN. No son filosofías.

NICO. ¡Filosofías, y sensiblerías, y majaderías! ¡Bah! ¡Apañaos están tos los matrimonios con chicos! Ni puén

ir al paseo, ni puén veranear, ni puén moverse de la casa... Llevan a un niño al teatro, se echa a llorar en la escena más fuerte, y ya se armó la bronca. «¡Fuera! ¡fuera! ¡A la cama! ¡Biberon a ese niño!» El uno que arrea, el otro que reniega del padre... Total: uu disgusto por causa e la cría. ¡Pa el gato! *(Pasea rezongando. Blanca no puede menos de sonreirse al verlo, y cuando él la mira finge un gran enfado. Por la puerta de la derecha llega Fernandita, bien ajena a que se mete en la boca del lobo.*

- FERN. *(Luego que se da cuenta de la situación)* ¿Qué es esto? ¿Ya la tenemos enredada?
- BLAN. Por variar.
- NICO. Ni por variar ni por no variar; porque ésta es mema.
- FERN. ¡Hombre!
- BLAN. Usted está viendo cómo me trata. Salí de Málaga y entré en Malagón.
- NICO. ¡A mi no me compares tú con nadie!
- FERN. Pero, bien, ¿qué ha habido? Por qué han refido ustedes?
- BLAN. Pues simplemente porque yo...
- NICO. ¡No pintes el muñeco a tu gusto!
- BLAN. Píntalo tú como se te antoje.
- FERN. Vamos, hable usted: ¿que ha sido de ello?
- NICO. Memeces de ésta. Calcule usted que me sale con que se quíe casar y tener chicos.
- FERN. *(Asombrada.)* ¡Me parece muy natural!
- BLAN. ¡Claro!
- NICO. ¡Turbio!
- BLAN. Y lo digo muy alto, sí, señor: quiero tener hijos cuando me case.
- NICO. ¡Pues yo no!
- BLAN. ¡Pues yo sí.
- FERN. Pues deben ustedes ponerse de acuerdo
- BLAN. Pues por eso ha sido la pelotera.
- NICO. ¡No paece sino que no hay matrimonios felices sin chicos!
- FERN. Esa es otra cuestión. Sí los hay, pero...
- NICO. ¡Vaya si los hay! A ver; ¿usted los ha tenido?
- FERN. Yo, no.
- NICO. ¡Entonces!
- FERN. ¿Cómo entonces? Yo no los he tenido... porque... porque Dios no ha querido que los tenga; por lo mismo que no ha nacido usted con buen genio.
- NICO. No hablemos de mi genio ahora. ¡El caso es que no los tiene usted y que por eso los predica! ¡Pa otros que los aguanten! ¡Los toros se ven muy bien desde la

barrerá! Que le pregunte ésta a su madre si quíe chicos; que está hecha un fardo.

BLAN. (*Indignada.*) Mira, Nicolás, eso no lo paso de ningún modo. A mi madre respétala, lo menos. Y oye y ten presente que las únicas horas felices de su vida se las debe a sus hijos.

FERN. Verdad, es verdad.

BLAN. Si mi madre ha sido una mártir, no ha sido por nosotros.

FERN. Verdad.

BLAN. (*Conmovida.*) La única de sus hijos que no debió nacer soy yo, y así no te hubiera conocido.

FERN. (*Lo mismo.*) También es verdad.

NICO. Ah, ¿también es verdad? La cuestión es que cualquiera tenga la razón menos yo. Las faldas siempre han de estar de acuerdo contra uno. (*Reparando en Blanca.*) ¿Lagrimitas ahora? ¡Bah! Me voy a la calle a tomar el fresco.

BLAN. Es lo mejor que haces.

NICO. Así se te pasará el soponcio.

BLAN. Y a tí la basca. Buenas noches.

FERN. No te vayas así, mujer. Si esto no es más que una nubecilla. ¿Que tú quieres tener hijos? ¿que él no los quiere?... Ya encontraran ustedes un término medio.

BLAN. Déjeme usted, déjeme usted. Todos los días ha de hacerme llorar. (*Se aleja por la puerta de la izquierda.*)

FERN. ¿Y usted no la consuela?

NICO. Si to eso es mentira: si es pa que yo me acueste preocupao. La conozco yo muy bien a ésta. ¡A mí no! ¡Los pantalones desde novios! ¿A usted le parece regular decirme esa chica eso de los hijos?

FERN. ¿Pues a quien quiere usted que se lo diga, hombre de Dios?

NICO. ¡Bah! Me largo porque llevo las de perder. (*Sale en esto Noblejas por donde se fué y le falta tiempo para saludar a Nicolás con toda cortesía.*)

NOBL. ¡Oh! ¡Mi señor don Nicolás! ¿Sigue usted bueno? Me complazco siempre en ponerme a sus órdenes. ¿Y su señor tío?

NICO. ¡Bien, hombre, bien! ¡Y yo lo mismo! ¡Y tos en casa! ¿A qué vienen tantas finuras, si nos vemos veinte veces al día? ¡Hace usted cincuenta reverencias en un ladrillo! Buenas noches. (*Se va de estampa por la puerta de la derecha.*)

FERN. Muy amable. Este hombre come papel de lija.

NOBL. Yo estoy aborto.

FERN. ¡Vaya un compañerito para un viaje largo!

- NOBL. Francamente, no creo haber dado motivo alguno...
 FERN. (*Abstraida*) ¡Pobre Blanca!
 NOBL. Es la primera vez en mi vida que...
 FERN. ¡Hasta qué punto nacen con mala estrella algunas mujeres!
- NOBL. ¿Usted me ordena algo?
 FERN. Voy a consolar a la pobrecita.
 NOBL. ¿Me ordena usted alguna cosa?
 FERN. ¡Infeliz muchacha! Tomaré, tomaré cartas en el asunto... (*Se va por la puerta de la izquierda ensimismada, sin prestarle ninguna atención a Noblejas*)
- NOBL. A los pies de usted... A los pies de usted... (*Queda un instante haciendo cortesías maquinalmente. Adoración, que llega por la puerta de la derecha, lo sorprende en tan desinteresado homenaje. Adoración es una señora de mediana edad, exteriormente envejecida por las privaciones y luchas del vivir, pero de espíritu fogoso y entero. Nacida, como Fernandita, en Alfaqueque, vive hoy gracias a la protección de su paisana, a quien adora, imitando y vendiendo los famosos dulces de su pueblo, en colaboración con su marido, cesante de Hacienda. Viste humildemente, de mantón y velo, y trae al brazo un canastito con golosinas.*)
- ADOR. ¡Ay! ¡Qué bien huele aquí!... A alhusema, a alhusema... ¿Qué hace usted, Salustiano? ¡Da gloria respirar en esta casa!
- NOBL. ¡Adoración! ¡Dulcera insigne! ¿Qué tal vamos viviendo?
- ADOR. Se trampea. ¿Y usted?
 NOBL. Lo mismo digo; gracias. ¿Su marido de usted está bueno?
- ADOR. Tan bueno; gracias.
 NOBL. ¿Su cuñado, bueno?
 ADOR. Sí, señó, sí.
 NOBL. ¿Sus hijos, también buenos?
 ADOR. También.
 NOBL. (*Entre fino y goloso.*) Los dulces ya sé que están buenos.
- ADOR. ¡Vaya si lo están! Tenga usted ahí un rosquete.
 NOBL. No lo decía por tanto.
 ADOR. Tenga usted. Y relámase usted de gusto; que de esta horná no se prueban más que en casa de Fernandita Osorio. Cuatro dosenas he dejao ahora mismo en er comedó. Pa eya, pa eya, que es la reina der sielo; pa endursarle los malos tragos que le dan los demás. ¡Cómo abusa de eya to er mundo! ¿Se ha enterao

usté de la última hasaña de Virginia, la mosita der pan pringao?

NOBL. No. ¿Cuál ha sido?

ADOR. ¡Añicos que le ha hecho un juego de café presioso, de su bisabuela! ¡Una joya de china, que eya cuidaba con sus sinco sentíos!

NOBL. ¿Sí?

ADOR. Sí, señó. Y es que esa niña, aunque sea de Arfaqueque, en na se mira más que en el espejo. Y es una *abusona*.

NOBL. ¿Virginia?

ADOR. Virginia. Y la tendrá que poné en la puerta e la caye. Se cre que ha nasido pa emperatriz. Si se le manda hasé una cama, eya, ¿cómo va a hasé una cama con sus manos de virgen? Si se le manda limpiá er porvo, ¿cuándo va a limpiá er porvo la señorita, con las filigranas que trabaja er papá? Y así siempre. No hase na, no hase na que usté vea; y cuando hase argo es una catástrofe. ¡Como si fuera eya la única persona que tiene que emplearse en cosas que no estaban en su fe de bautismo!

NOBL. Cierto, muy cierto, Adoración. Y perdóneme la ausencia de esa preciosa jovencita.

ADOR. Aquí estoy yo, que he paseao en coche de dos cabayos y de dos cocheros por er Retiro y por la Castellana, y ahora me gano la vida haciendo durses y yevándolos de casa en casa a patita, o en er cabayito de San Fernando: un ratito a pie y otro andando. Y Carreño, a usté le costa que cuando estaba en Hacienda era los pies y las manos de los ministros. ¡No se desía palabra en er banco asú sin consurtárselo a Carreño! Y desde que me lo dejaron sesante se yeva er santo día batiendo claras y batiendo yemas. ¡Que no es lo que hasía en er ministerio precisamente!

NOBL. Claro que no.

ADOR. ¡Pa que se ponga moños conmigo esa madamita!... Por supuesto, er Señó me perdone; pero pa mí que *rabia*.

NOBL. ¿Qué?

ADOR. Que *rabia*, que *rabia*. Más tarde o más temprano, *rabia*.

NOBL. No entiendo.

ADOR. Sí; porque *rabió* la hermana Pilá, y *rabió* la prima, y *rabió* la otra prima, y *rabió* la cuñá... y ésta *rabia*.

NOBL. ¡Vaya si *rabia* ésta! Toas las especias tiene pa *rabia*. ¿A qué le llama usted *rabiar*, Adoración, y tener todas las especias?

- ADOR. Señó, es muy sensiyo: a no í por er camino derecho en la vida... ¡A escarriarse!
- NOBL. ¡Ah... sí! ¿Y todas esas que ha nombrado usted *rabieron* en la propia familia?
- ADOR. Todas. ¡Pa que ésta se libre! Ya sabe usté er refrán. Como que la madre se la ha endosao a Fernandita, abusando de eya, con el achaque de que la enseñe a serví, pa que *rabie* aquí y no *rabie* en er pueblo.
- NOBL. Pues es un regalo.
- ADOR. Pos usté lo verá. Abusan, abusan de esta santa, Y yo me vuelo. Ya ve usté esta mesa: uno de Arfaqueque, que veranea en er presidio de Chinchiya, se la ha mandao. ¡Buscando los diez duros! Y Fernandita, basta que sea de Arfaqueque, pa que se le deshaga er corasón. ¡Está bendital ¡está bendita! Me siego hablando de eya.
- NOBL. No dice usted sino la verdad.
- ADOR. ¿Usté no ve que en mi casa no farta er pan desde que tropesé en Madrid con Fernandita Osorio? El agua de la casa de las dos fuentes, donde eya nació, es agua bendita. Su marido era un hombre como hay mí; se casó con eya, y es un santo. Está bendita, está bendita.
- NOBL. Así lo estimo yo igualmente, y le pido a Dios todos los días salud para ella, cuyos pies beso.
- ADOR. ¡Es la providensia de los de Arfaqueque!
- NOBL. Y de los de Pancorbo cuyo soy.
- ADOR. ¿Dónde me deja usté la manera que tiene de hasé las cosas? Su mano izquierda no se entera de lo que da con la derecha. Oiga usté: días pasaos vino aquí Carreño a que don Pascuá le pusiera er conosimiento en una letra der Giro mutuo. Salió a la caye y notó que no le encajaba bien er sombrero; pero no hiso caso. Yegó a casa... ¿y qué cree usté que fué? ¡Que Fernandita le había metido en la badana sinco duros!
- NOBL. ¿En plata?
- ADOR. ¡Quite usté, por Dios! ¡En un biyete! ¡Y cómo cayeron aquer día! Agua de Mayo, agua de Mayo... (*Noblejas, con toda la delicadeza de que es capaz, hurga disimuladamente la badana de su sombrero, por si acaso.*)
- NOBL. ¡Bonita acción, bonita, muy bonita!... Pero ¿de qué amaño pudo valerse la señora?...
- ADOR. ¿No ve usté que Carreño deja siempre su sombreriyo en er perchero?
- NOBL. (*Penetrando en el porvenir.*) ¡Yaaa!...

- ADOR. Bueno, eya no sale. Voy adentro a buscarla. A decirle adiós; a darle cuatro besos en esa cara de santa que tiene. Quéese usted con Dios, amigo Noblejas.
- NOBL. Vaya usted con Dios, Adoración.
- ADOR. ¡Yo no duermo tranquila si no le doy a Fernandita cuatro besos! (*Topándose con don Pascual, que sale por la puerta de la izquierda cuando ella va a irse.*) Don Pascuá, don Pascuá, no me mire uste con ese entresejo: voy a despedirme de Fernandita. ¡La adoro, la adoro! ¡Es una santa, una santa! ¡Esta casa es una capiya! ¡Esta casa es un templo! (*Vase radiante de entusiasmo.*)
- D. PAS. ¡Bah! Siguen los tipos y costumbres de Alfaqueque! ¿Y usted, qué hace aquí todavía?
- NOBL. Sentiría haber incurrido en el enojo...
- D. PAS. No. No, por Dios; no es eso, Salustiano.
- NOBL. Encontré a mi paso a Adoración...
- D. PAS. Bueno; bien...
- NOBL. Y como de su boca no salen nunca sino loas y...
- D. PAS. Basta de loas, Noblejas. Hasta mañana.
- NOBL. Si Dios es servido. Porque si Dios no fuere servido...
- D. PAS. ¿Cumplidos también con el Padre Eterno? Hasta mañana.
- NOBL. Hasta mañana. ¿Tiene usted algo que mandarme?
- D. PAS. Sí, señor; que no me lo pregunte usted otra vez antes de irse.
- NOBL. (*Sonriendo.*) Será usted complacido. A los pies de doña Fernandita. (*Desde la puerta de la derecha.*) Servir a usted. (*Vase.*)
- D. PAS. ¡Prefiero los dulces de la otra! (*Vuelve por la puerta de la izquierda Fernandita.*)
- FERN. ¡Jesús!
- D. PAS. ¿Te ha dado ya Adoración los cuatro besos?
- FERN. ¿Cuatro? ¡Cuatro mil! Y eso que no estoy para zalamerías. Ya le he dicho que me deje en paz esta noche.
- D. PAS. Pues ¿qué tienes?
- FERN. ¿Qué he de tener? Lo diario desde que Blanca vive con nosotros.
- D. PAS. Sí; ya oí antes a ese mocito. Hasta mi despacho llegaron las voces. El canto de un duro me faltó para salir y pegarle una bofetada.
- FERN. ¡No, por Dios, Pascual!
- D. PAS. Tú no sabes hasta dónde estoy del tal *Alcaparrón*.
- FERN. No le llames *Alcaparrón*, Pascual, que vamos a tener un disgusto.
- D. PAS. *Alcaparrón*, me ha dicho su propia novia que le

llamaban en la Universidad. Y ella cuando se desahoga con nosotros, *Alcaparrón* le llama. ¡Y *Alcaparrón* es para mí, por lo mal que me sienta!

FERN. Cuando tú la tomas con alguien...

D. PAS. Comprende, mujer, que es imposible tolerar en calma uno y otro día que semejante mono le diga tantas insolencias a una muchacha recogida aquí.

FERN. ¡Y con la voz que tiene!

D. PAS. ¡Y en nuestra casa, donde nunca ha sonado una palabra más alta que otra! ¿De qué se ha enamorado esa niña?

FERN. ¿Enamorarse? De nada, Pascual. Tú lo presumes; tú lo sospechas, como yo. Blanca vió en el novio, fuese el que fuese, la libertad, mejor dicho la huída de su casa, que era el purgatorio en la vida. Y ha tenido la pobre la mala fortuna de tropezar con otro salvaje. Ella, tan buena, tan linda, tan simpática, tan suave, tan humilde....

D. PAS. ¡De Alfaqueque, en una palabra!

FERN. No te burles ahora. Me preocupa mucho la suerte de nuestra amiguita... Si yo fuera su madre...

D. PAS. No tanto, Fernandita: ya eres bastante siendo quien eres para ella. Déjate estar, déjate estar. Es imposible llevar parte con el corazón en todas las vidas ajenas. Apenas somos quién para poder encauzar las propias. Aquí no hay más que lamentar la mala suerte de la criatura y que pedirle a Dios, o a la Virgen de las Medallas de Alfaqueque, si te gusta más, que vea claro en el porvenir que la aguarda; y tocante a él, advertirle que entre la plaza de la Cebada y esta casa hay una diferencia profunda.

FERN. ¡Ay, Dios santo! (*Viene Alberta muy azorada por la puerta de la derecha.*)

ALB. Señora.

FERN. ¿Qué quieres?

ALB. Ahí hay un señorito que está empeñado en ver a usted.

FERN. ¿A mí? ¿A estas horas? Yo a estas horas no recibo mas que telegramas. ¿Quién es; no lo conoces?

D. PAS. Sea quien sea; dile que la señora está ya recogida.

ALB. Se lo he dicho, señor; pero se ha puesto en que pase recado; que de ningún modo se va sin verla.

D. PAS. ¡Me gusta!

ALB. Parece enfermo; tiembla mucho al hablar; está pálido...

FERN. ¡Cosa más extraña! Pídele su tarjeta... O si no, que te diga su nombre.

- ALB. Bien, señora (*Se va.*)
- D. PAS. Son ganas de que te den un disgusto antes de acostarte.. ¡Que vuelva mañana el que sea!
- FERN. Hombre, es que.. ¡quién sabe! Me ha asaltado de pronto el temor... Y ya has oído a Alberta: dice que cree que viene enfermo...
- D. PAS. ¡Pues que vaya a la Casa de Socorro!
- FERN. Sí; eso sí... (*De improviso se presenta Felipe Rivas, seguido de Alberta y en la traza que ella lo ha descrito: pálido y tembloroso. Viene de capa. No hay más que verlo para pensar que padece una grave tribulación. Es joven, de simpática fisonomía, largos y finos bigotes y revuelto y abundante cabello. Apenas divisada a Fernandita se abalanza a ella, y rodilla en tierra, le besa las manos. El susto que se lleva la consulesa no le sale del cuerpo en cinco minutos.*)
- FELI. ¡Señora!
- FERN. ¿Eh? ¿Qué es esto?
- D. PAS. ¿Quién?
- FELI. (*Levantándose.*) Señora: míreme fijamente.
- FERN. (*Reconociéndolo tras leve duda.*) ¡Felipe! ¿Tú?
- FELI. Yo, Fernanda; yo mismo.
- FERN. ¡Justús! ¡Quién te conoce! ¿Quién había de pensar?... Hoy mismo he tenido carta de tu madre. Pero ¿cómo vienes así?... ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué es esto?
- FELI. Ahora lo sabrá usted.
- FERN. Márchate, Alberta. (*Esta obedece.*) Pascual.
- FELI. ¡Ah, caballero!...
- FERN. (*Presentándolos.*) Mi marido. Felipe Rivas.
- D. PAS. ¿De Alfaqueque?
- FERN. De Alfaqueque, sí. Hijo de Carlota Portillo, esa amiga mía que me escribe las cartas tan largas. En la de hoy, por cierto, se lamenta de que no conoce tu paradero.
- FELI. ¡Mi paradero! ¡Ojalá no lo sepa nadie a estas horas, Fernanda!
- D. PAS. ¿Eh?
- FERN. Pues ¿qué has hecho? ¿Alguna locura? Siempre fuiste un *coscorobito*. ¿Qué te ocurre, Felipe? Di.
- FELI. Mis primeras palabras han de ser para pedir perdón.
- D. PAS. ¿Perdón por qué?
- FELI. Perdón mil veces, por la manera como llego a esta casa; por la forma en que me presento a usted... a ustedes... Y luego de alcanzar ese perdón, sólo suplico que me consientan pasar aquí la noche.
- FERN. ¿Aquí? ¿En casa?
- D. PAS. ¿La noche aquí?

- FELI. Sí; en cualquier parte. En una butaca, en un sofá; tendido en un pasillo...
- D. PAS. Ah, no, no, señor; eso no.
- FERN. Naturalmente; te arreglaríamos una cama.
- D. PAS. ¿Estás en tu juicio? No me has entendido, Fernandita. ¿Cómo vamos nosotros a recoger en nuestra casa a quien llega a ella así, y suspirando por que se ignore su paradero? ¿Qué sabemos nosotros lo que nos exponemos a encubrir y amparar?
- FELI. Yo le juro a usted por mi honor, señor mío...
- D. PAS. No me jure usted nada.
- FERN. Lo que has de hacer es decirnos por qué te escondes, por qué huyes.
- FELI. ¡No lo puedo decir!
- FERN. De dónde vienes, a lo menos.
- FELI. ¡No lo puedo decir!
- D. PAS. En ese caso no extrañe usted que yo me niegue...
- FELI. Fernandita, interceda usted; ¡por mi madre!
- FERN. ¡Por tu madre!
- D. PAS. Es inútil; no invoque...
- FELI. ¡Por mis hijos!
- FERN. ¿Por tus hijos?
- FELI. ¡Por la Virgen de las Medallas de Alfaqueque!
- FERN. Pascual... Pascualito... ¿oyes esto?
- D. PAS. Oigo, sí; pero como si nada oyera. Todos los santos de la corte celestial no bastan a ablandarme. Que diga por qué se esconde, por qué huye, y entonces veremos si en algo se le puede aliviar.
- FELI. *(Con aire abatido)* ¡Hay, me falló la última esperanza!...
- FERN. ¿Qué tienes, Felipe?
- FELI. Nada... no... No es nada... un mareo... Son ya muchas horas de zozobras, de cansancio; me rinde la fatiga...
- FERN. ¡Felipe!
- FELI. No es nada, no... *(Déjase caer como desvanecido en una butaca.)*
- FERN. Sí, sí; parece que se pone malo...
- D. PAS. ¿Ha perdido el sentido?
- FERN. ¡No me lo digas!... ¡Felipe! ¡Felipe! ¡Pues sí, sí ha perdido el sentido; Pascual, ha perdido el sentido!
- D. PAS. ¡Bueno, mujer; no vayas tú también a perderlo! Esto no será nada... *(Llamando.)* ¡Alberta! ¡Virginia!
- FERN. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué le pasará a este muchacho?
- D. PAS. Nada; no te apures; no le pasa nada absolutamente. *(A Alberta, que asoma en la puerta de la derecha.)* Trae corriendo un vaso de agua. Le refrescaremos

la cara con unas gotas. Desabróchale el cuello; que respire sin dificultad... Y hazle un poco de aire...

FERN. ¡Felipe! ¡Felipe! ¡Hijo mío!... Menos mal que le ha ocurrido aquí.

D. PAS. ¿Menos mal? (*Llega Virginia por la puerta de la izquierda.*)

VIRG. ¿Llamaban los señores? (*Reparando en Felipe y siempre sonriendo.*) ¡Ay! ¿qué es esto? ¿Un ladrón?

FERN. ¡Calla! (*Viene Alberta con el vaso de agua. Entre don Pascual y Fernandita le rocían la cara a Felipe.*)

ALB. El agua, señor.

FERN. Dame.

D. PAS. Volverá enseguida.

VIRG. ¿Voy por éte? Yo en mi tocado tengo un tarrito.

D. PAS. No, no hará falta.

FERN. Parece que ya va volviendo.

D. PAS. Ha sido un síncope levisimo. (*Acude también Blanca, que viene por la puerta de la izquierda*)

BLAN. ¿Sucede algo? ¿Eh? ¿Quién es este hombre?

FERN. Un amigo nuestro... Luego te contaré...

BLAN. Está muy pálido. ¿Tiene pulso?

D. PAS. Sí, sí; no es nada, no...

FERN. (*A don Pascual en tono suplicante.*) Pascual: se trata del hijo único de una amiga que siempre ha sido para mí como hermana... Sea cualquiera su apuro, su desgracia, yo deseo que lo amparemos esta noche; que no pueda nunca mi amiga dolerse de que yo no le haya tendido a su hijo una mano cuando vino angustiosamente a pedirla.

D. PAS. (*Resignado*) ¡Todo sea por Dios... y por la Virgen de las Medallas de Alfaqueque!

FERN. Ella te lo pagará, Pascualito. ¡Qué bueno eres!

D. PAS. Qué bueno me haces tú.

BLAN. Ya, ya se recobra.

VIRG. Sí; ya vuelve en *si*go.

FERN. Felipe... (*El desventurado Felipe abre los ojos y se encuentra primero con la cara serrana de Alberta, que no es despreciable; luego con la linda y sonriente de Virginia, que tampoco es moco de pavo, y después con la interesante y poética de Blanca, no menos a propósito que las otras dos para alegrarse de volver a la vida. Ante esta gradación de rostros, espontáneamente le sube a los labios esta significativa interrogación.*)

FELI. ¿Dónde estoy?

FERN. Conmigo; con nosotros...

D. PAS. (*Con sorna.*) ¡En el consulado de Alfaqueque! (*Los*

ojos de Felipe se recrean en las tres caras nuevas, y al fin se posan con gratitud en la de Fernandita, cuya nunca discutida belleza parece aumentada por el resplandor de su bondad inagotable. Cae el telón.

ACTO SEGUNDO

Estamos en el mismo gabinete del primer acto, veinte días después. Es por la mañana. Las puertas del mirador aparecen abiertas, dejando ver las plantas y flores que en él hay. La pared se ha enriquecido con un vistoso cuadro al óleo que no conocíamos, y cuyo asunto en nada se relaciona con Alfaqueque. «Rara avis.»

NOBLEJAS, en traje dominguero, y su hija PALOMA, de veinticinco alfileres también, esperan a la dueña de la casa. Paloma es madrileña neta; de buen ver; con dos ojos de terciopelo fino, como todo en esta familia. Habla con presuntuosa afectación. Sale por la puerta de la izquierda ALBERTA y se marcha por la de la derecha, diciendo al pasar:

ALB. En seguida viene la señora.

NOBL. Bien: gracias. (*Silencio.*) Palomita, ¿has visto el mirador, qué encanto?

PALO. ¡Una preciosidad! ¡Hasta un naranjo tienel que eso en Madriz no es cosa fácil.

NOBL. Tales manos lo cuidan. Aquí sale ella.

PALO. Papaíto, que tomes la palabra tú: que otra cosa no me parece de buen ezepto. (*Por la puerta de la izquierda llega Fernandita, de velo, ataviada como para ir a la iglesia.*)

FERN. Buenos días, Paloma. ¿Cómo estás?

PALO. Bien, señora; para servirla. ¿Y usted?

FERN. Yo, buena; gracias.

PALO. ¿Y el señor don Pascual?

FERN. Tirando, como el dice. Ahora vendrá, para ir conmigo a misa. ¿Qué hay, Noblejas?

NOBL. Que celebro en el alma que usted esté buena y que mi digno jefe vaya tirando. Quiero decir...

FERN. Ya, sí; entendido. Oye, Palomita: ¿y el mantel?

NOBL. El mantel...

PALO. El mantel estará listo el sábado. El domingo podrá salir fazturado para Alfaqueque en gran velocidad, y lucir por lo tanto en el altar de la Virgen el día de la fiesta. La palabra es palabra. Mis manos no no harán primores cuando bordan, pero mi conciencia tiene formalidad.

FERN. Dios te lo pague, hija de mi alma. Y, vamos a ver:

- ¿qué visita, qué comisión es ésta? Siéntense ustedes.
 NOBL. ¿No va a la iglesia la señora?
 FERN. Así que venga mi marido. Aun nos queda tiempo de hablar. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que tiene esta fea que decirme? (*Silencio embarazoso. Hija y padre se miran turbados.*)
- PALO. Habla tú, papaíto.
 NOBL. Con la venia de nuestra amable protectora.
 FERN. Vamos a ver.
 NOBL. ¿Está habitado?...
 PALO. (*Quitándole súbitamente la palabra al autor de sus días, como siempre que se la concede.*) No preguntes si está habitado, porque demás te costa que sí. El gabinete de este cuarto de usted que da al patio de los interiores está habitado. ¿Por quién está habitado? Eso es lo que tienes que preguntar.
- NOBL. Efectivamente.
 PALO. Ni eso tampoco; porque también te costa que quien lo habita es un caballero y te costa su nombre. Sobran los arrodos, papaíto.
- NOBL. Lo que sobra es la *a* de los arrodos, Paloma.
 FERN. (*Con sorpresa y disgusto.*) Pero... cómo... ¿ustedes conocen... ustedes saben que en ese gabinete de mi casa...?
- PALO. Sí, señora. ¿Qué de particular tiene?
 FERN. ¡Válgame Dios!
 NOBL. ¿Le contraría a la señora?
 FERN. ¡Mucho!
 NOBL. ¿Qué te dije, niña?
 PALO. Papaíto, este paso lo teníamos que dar, me dijeras lo que me dijeras.
- NOBL. El caso es, doña Fernandita, que ese caballero que hace unos días vive en el gabinete, parece ser que se ha fijado...
- PALO. ¿Le llamas fijarse a lo que ha hecho, papá?
 FERN. ¿Eh? ¿Pues qué ha hecho?
 PALO. ¡Escribirme tres cartas consecutivas!
 FERN. ¿Tres cartas te ha escrito?
 PALO. ¡Consecutivas!
 NOBL. Las cuales ha enviado a manos tuyas...
 PALO. Por los cordeles del tendedero de la ropa. Me ha mandado además por el mismo condueto unos versos preciosos que me he aprendido de memoria y que le puedo decir a usted; me ha mandado también unas flores... y me ha hecho algunos signos de inteligencia... Con que creo, señora, que todo esto es un poco más que fijarse...

- FERN. (*Reflexionando.*) Signos de inteligencia... flores... versos... tres cartas... ¿Y tú?
- PALO. Yo...
- NOBL. Esta...
- PALO. Yo... Habla tú, papaíto.
- NOBL. Esta no ha querido en modo alguno...
- PALO. Yo no he querido, naturalmente, azmitir relaciones sin consultar primero con ustez.
- FERN. Muy bien hecho.
- NOBL. Sí; porque usted puede informarla...
- PALO. Ustez puede informarme... Papá ni sospechaba que viviera en la casa tal huésped.
- FERN. ¡Claro, señor! Como que esto es una locura... una imprudencia... El es un caballero—eso sí—pero está aquí escondido. (*Con el mayor misterio.*) Sufre graves persecuciones... no se puede descubrir todavía... ¡Por Dios y la Virgen, yo les suplico a ustedes la reserva más grande; el secreto más absoluto! A las criadas de casa las hemos amenazado con la cárcel si por ellas se averigua algo.
- NOBL. (*Impresionado.*) Ah, pues por mí...
- PALO. (*Lo mismo.*) Y por mí...
- NOBL. De tu madre es de quien yo no me fío...
- FERN. ¡Pues hay que coserle la boca!
- NOBL. Acaso no baste.
- PALO. Ya arreglaremos eso. Dice ustez que él...
- FERN. El es un caballero cumplidísimo. Un caballero que ahora tiene que ocultarse como un malhechor.
- PALO. ¡Jesús!
- FERN. Las causas... ni nosotros mismos las sabemos aún, porque media un juramento de honor. Pero es un caballero: yo lo fío. Y un héroe. Y un poeta. ¡Un gran poeta! A sus versos les llama *sus hijos*... ¡Qué ternura! (*Emocionada.*) Es de Alfaqueque. ¡Tendrá una calle en Alfaqueque!
- PALO. ¿Una calle?
- FERN. ¡Y una lápida en la casa donde ha nacido!
- PALO. ¡Ah!...
- FERN. ¡Y vaya usted a saber si una estatua!
- NOBL. ¡Oh!...
- FERN. Pero, callemos, no venga mi marido. Pascual no ve estas cosas por los mismos cristales que yo.
- NOBL. ¿Es posible?
- FERN. Desgraciadamente. ¡Me cuesta una de discusiones!...
- PALO. Ustez comprenderá que cuando yo he querido informarme...

- FERN. (*Inquieta.*) Sí, sí...
- PALO. Una es pobre, pero es honrada. No porque una tenga un oficio, ¿me entiende usted?...
- FERN. Ya, ya.
- PALO. La reputación de las mujeres no es como los puños de goma que usa papá, que se lavan y se estrenan. La reputación de las mujeres, una vez manchada...
- FERN. Bien. No quiero que Pascual sepa esto, por ahora. Ya nos entenderemos nosotros. Ustedes han venido a hablar conmigo del mantel de la Virgen. Lo prudente será que se vayan antes que salga él.
- NOBL. Siempre a su devoción, doña Fernandita.
- PALO. Lo que usted nos mande. ¿Vamos, papá?
- FERN. Sí, es lo mejor.
- PALO. ¿Y tu sombrero?
- NOBL. (*Ruborizándose.*) En el perchero lo he dejado.
- FERN. Hasta luego... o hasta mañana.
- PALO. Quede usted con Dios... y gracias por esto y por todo cuanto usted haga en el asunto.
- NOBL. Señora...
- PALO. (*Yéndose por la puerta de la derecha con su padre.*) ¡Lo que es la suertel! ¡Un caballero... un poeta... una calle... una estatua...!
- FERN. (*Después de una pausa llena de pensamientos.*) ¡Virgen de las Medallas! Pero ¿es posible todo esto? ¡Qué chiquillo! ¡Qué coscorobito! ¡Qué loco! ¡Claro! Como Palomita es tan mona, la he visto desde lejos y se ha interesado por ella... ¡Cuando la oiga hablar! No quiero pensar en el efecto que va a hacerle. (*Sale Virginia por la puerta de la derecha mirándose encantada las uñas.*)
- VIRG. ¡Vaya unos espejitos que me he puesto! Pero se me están yinando de embustes. (*Observando la presencia de la señora.*) ¡Ay! ¿Todavía está usted aquí? Hoy no arcasan ustedes la misa.
- FERN. Hija, no sé lo que le sucederá a mi marido. El domingo que viene oigo yo la de las ocho con Blanca.
- VIRG. A mí me gustaría la de una, en San José.
- FERN. ¡O la de Palaciol! ¿Y Realito, no ha venido aún a desayunarse?
- VIRG. No; pero está ar caé. (*Sale por la puerta de la izquierda don Pascual, dispuesto para acompañar a la iglesia a su ilustre consorte.*)
- D. PAS. Listos.
- FERN. Ya era hora, señor. Luego criticáis de nosotras.
- VIRG. Eso, eso que usted dise.

- D. PAS. Algunos días me cuesta el nudo de la corbata mucho más trabajo que un arqueo.
- VIRG. ¡Ay, qué gracioso! ¿Y qué es un arqueo?
- FERN. ¿A ti qué te importa? Vamos ya.
- D. PAS. Vamos. ¿Qué traían Palomita y Noblejas?
- FERN. Nada... Noticias sobre el mantel de la Virgen.
- D. PAS. ¿De veras?
- FERN. Sí. ¿Qué? ¿No me crees?
- D. PAS. No.
- VIRG. (*Bajando la voz.*) Digo yo que er señorito prisionero se va a condená; ¡porque yeva tres domingos sin misa!
- D. PAS. No; no se condena. Y si se condena, como lo dejen hablar, lo absuelven.
- FERN. ¡Qué manía le tienes al pobre muchacho!
- D. PAS. ¡Saldrás con las manos en la cabeza! ¡La historia se repite!
- FERN. Anda, vamos ya. (*Se marchan por la puerta de la derecha. Virginia los ve irse, espera un momento, y luego se encamina hacia la de la izquierda con aire triunfador. La voz de Realito, que se oye dentro, hacia la derecha, la detiene, contrariándola.*)
- REAL. ¡Buenos días! ¡Hasta luego! ¡Gracias!
- VIRG. ¡Realito ahora! Yo que pensaba aprovecharme... (*Sale Realito por la puerta de la derecha.*)
- REAL. Hola, terrón de azúca. Buenos días.
- VIRG. Buenos días.
- REAL. Zudando vengo. Hace caló en la cayé esta mañana. Y aquí.
- VIRG. Como que er mes de Ortubre es un encanto. A mí, Mayo, y Ortubre. Y Abrí también. Y argo de Febre-riyo er loco. ¿As oído ya misa?
- REAL. ¡Cuatro na más! ¡Estoy tan aburrío... en una iglesia me entro, en otra me zalgo, azí yevo toa la mañana.
- VIRG. Ar sielo vas a í derecho cuando te mueras.
- REAL. No lo creas; porque me aprovecho de las buyas. Ven acá tú, merengue.
- VIRG. Déjate está, que aquí no hay buya. ¿No vas a tomá er chocolate?
- REAL. ¡No que no! En cuantito me refresque un poco.
- VIRG. Me han dicho que te vuerves ar pueblo.
- REAL. ¿Y qué quiés que le haga? ¡No me zale ninguna colocación, y yevo en Madrid más e veinte días gastando zuelas!... De manera que Fernandita va a procurarme un biyete de ezos de Don Fulano de Tá y perzona que lo acompañe a mitá de precio... ¡y adiós, Madrí, que te queas zin gente! ¡Ar pueblo a vegetá!

- VIRG. ¡Adoquines sacaba yo con los dientes antes de irme ar pueblo!
- REAL. (*Mirándola embelesado.*) ¡Quién fuea un adoquín! ¿No te gusta er pueblo?
- VIRG. ¡Vamos, hombre! ¿Tú sabes er porvení que a mí me esperaba en er pueblo? Casarme con un animá de tu pinta, cargarme de chiquillos, fregá, lavá, planchá... Quitá, quitá... ¡Han visto ya mis ojos muchas yantas de goma en er Paseo de la Casteyana! ¿Disparato? Er corasón me dise que en Madrí está mi suerte.
- REAL. ¿Hay pájaro en er nío?
- VIRG. No lo deja de habé... ¡Y qué pájaro!... Lo naturá, señó, lo naturá... ¿Es que va a nasé una como Dios la ha echo pa corré la suerte der montón? ¿Es que el oro y er cobre van a sé lo mismo? Y punto en boca, que estoy amenasá con la carse... Pero, en fin, disen de las novelas... Sí, sí; las novelas... Carcula tú... Cáyate, Virginia. Carcula tú, Realito... Que te cayes, Virginia. Güeno, si vas a Arfaqueque y ves a mi mamá, le dises de mi parte que no pierdo er tiempo. Y que va habé muchos dientes largos. Porque... Cáyate, Virginia.
- REAL. Iguá tiene que te cayes como que no te cayes. ¡Me estás hablando en ruzo! Y dime, dime: ar tanto e las novelas: ¿qué me ha contaó la madre de Paloma de no zé qué zeñorito que está de huéspe en esta caza?
- VIRG. (*Sorprendida y tratando de disimular.*) Chiquiyo, tú te has vuerto loco.
- REAL. ¡Lo que eya me ha contaó! Que ze azoma por la ventana; que le está ñaciendo el amó a Paloma...
- VIRG. (*Como picada por una avispa.*) ¿Qué?
- REAL. Que le ha escrito tres cartas conzecutivas...
- VIRG. ¿Qué?
- REAL. Que le ha mandao unar flores; que le ha zacao unos verzos...
- VIRG. ¿Qué dises, Realito, qué dises?
- REAL. ¡Lo que me han dicho, digo! ¿Qué te paza a ti?
- VIRG. (*Nerviosísima, desasosegada, sin hacer caso de Realito.*) Ah, ¿con que?... No, no pué sé... Eso no pué sé; que no se componga... Cáyate, Virginia. Que no se componga, porque se va a quedá compuesta y sin novio. Y lo que es er poeta... Cáyate, Virginia. Lo que es de la hija de Manolito er platero... Cáyate, Virginia, cáyate ya.
- REAL. ¡Vaya, zigue er ruzo! (*Viene Blanca por la puerta de la derecha.*)

- BLAN. Buenos días, Realito.
 REAL. Buenos días.
 BLAN. Alberta te llama, Virginia.
 VIRG. ¿Alberta? ¿Sabe usted que Alberta...? Por supuesto...
 En fin, Realito, vente tú a tomá er chocolate, que te-
 nemos que hablá nosotros.
- BLAN. ¿Sí, eh?
 VIRG. Sí.
 REAL. Vamos a tomá er chocolate. ¿Usted gusta?
 BLAN. Gracias; buen provecho.
 VIRG. ¡Y veremos si va a podé más Madrí que Alfaqueque!
 (*Se va con Realito por la puerta de la derecha.*)
- BLAN. ¿Que dice esa muchacha? Muy alterada está... ¿An-
 dará el amor también de por medio? (*Por la puerta
 de la izquierda, cautelosamente, sale Felipe.*)
- FELI. ¿Blanca?...
 BLAN. Silencio. Un instante.
 FELI. Pero ¿no están en misa?
 BLAN. Sí. Pero acaba de llegar Realito, que hasta ahora no
 se ha marchado al comedor.
 FELI. Pues allí le darán palique Virginia y la otra. ¿Y la
 carta?
- BLAN. Aquí está.
 FELI. ¿Conforme al borrador que yo le hice?
 BLAN. Sin alterarlo en una coma. ¡Si es todo mi estilo!
 ¿Dónde la dejo?
 FELI. Sobre este velador. Así la verá en cuanto llegue.
 BLAN. (*Obedeciéndolo.*) ¡Dios mío!
 FELI. ¿No está usted contenta?
 BLAN. Intranquila...
 FELI. ¿Intranquila?
 BLAN. ¡Calle usted!
 FELI. ¿Viene alguien?
 BLAN. No. Creí... Pues, sí: intranquila estoy. A solas pien-
 so que no debo dar este paso; pero luego usted me
 anima a él; me convence; me persuade...
- FELI. Jamás me arrepentiré de incitarla a que deje a ese
 hombre. Yo sé bien que, sea cualquiera la vida que
 a usted espere lejos de su lado, nunca será más tris-
 te ni más desesperada que junto a él.
- BLAN. Es tan seco, tan duro...
 FELI. Diga usted tan grosero y tan badulaque. En más de
 una ocasión—se lo juro a usted, Blanca,—al oírlo
 desde mi escondite maltratarla a usted, he sentido
 impulsos vehementes de romper el incógnito en que
 aquí vivo y venir a ampararla y a defenderla.
- BLAN. No, no; eso nunca; se hubiera descubierto usted, que

tantos motivos tiene para estar oculto... ¡Y se habría armado el gran zipizape! No lo quiero pensar. Nicolás es tan camorrista y tan violento... Antes no era así Felipe, no era así; era brusco, áspero, discutidor; le llevaba la contraria a su sombra... pero grosero e insolente no lo era. Yo, tonta de mí, esperaba suavizarlo, domesticarlo... Hasta me hacía gracia. Poca, pero me hacía alguna. Hasta me parecía guapito. Poco también. Sobre todo, ví en Nicolás, ya se lo he dicho a usted otras veces, la salida de aquella casa, de mi casa; de aquel tormento irresistible que comenzaba al despertar de todos los días.

FELI. Cierto; no iba usted detrás del amor, sino que huía del odio. ¡Qué triste es esto... y qué frecuente! Pero usted merece buscar el amor y encontrarlo. ¡Es usted tan linda!...

BLAN. Por Dios...

FELI. Tan linda... y tan buena además. ¿Es posible que haya nacido un hombre que la vea a usted y la trate sin delicadeza... sin ternura? Tiene usted, por cima de todos sus encantos, el supremo encanto de la modestia. ¡Maldito quien haga llorar esos ojos!

BLAN. No alce demasiado la voz.

FELI. Dispense usted...

BLAN. ¿Y qué pensará Fernandita cuando lea esta carta?

FELI. Piense lo que piense al leerla, se alegrará luego, porque es buena y la quiere a usted mucho.

BLAN. Sí.

FELI. La responsabilidad de esta superchería la acepto yo toda; yo, a quien tanto quiere también la consulesa de Alfaqueque. Un azar de mi vida desordenada y loca me arrojó a esta casa; y si yo creyera en una divina intervención en las cosas humanas, pensaría que Dios me condujo a mi última desastrosa aventura para darme aquí el alto premio de conocerla a usted.

BLAN. (*Turbada.*) ¿No cree usted que Dios intervenga en estas pequeñeces de aquí abajo?

FELI. A veces, sí; a veces, no; la injusticia domina el mundo. (*Mirándola intencionadamente.*) Ahora empiezo a creer. (*Blanca, ruborosa, baja los ojos.*) Desde luego hay un dios en la tierra, niño mimado del otro Dios, que ése sí interviene en nuestras vidas, en nuestros sueños... y enreda todo lo que puede, Blanquita.

BLAN. ¿Otro dios, dice?

FELI. Sí; ahora mismo hablábamos de él. El amor se llama.

- BLAN. ¿El amor, Felipe?
- FELI. El amor. ¿No es ése su nombre?
- BLAN. No sé ..
- FELI. Dispéñseme usted una vez más... ¿Quién soy yo para hablarle en este lenguaje? Dispéñseme. Yo no soy sino un desdichado prisionero que ha visto por la ventana de su cárcel un rayo de luz... y se ha puesto a soñar con el sol... ¡Infeliz! Mientras no venga la mano invisible que ha de darme la libertad, mientras yo no pueda gritar levantando mi frente: «Este soy; esto he hecho», debo sellar mis labios.
- BLAN. Ante mí no, Felipe. Yo no sé nada de su vida... o sé muy poco. Lo que buenamente he podido imaginar oyéndolo a usted, más con el deseo que con la razón... Pero... ¡es curioso! de usted me inclino siempre a creer antes lo bueno que lo malo.
- FELI. Gracias.
- BLAN. Quizás será que mi desgracia simpatiza con la de usted.
- FELI. Sin duda.
- BLAN. En esta casa su conducta de usted es discutidísima.
- FELI. Ya lo sé. Don Pascual me tiene por un embaucador desalmado. Ni en cruz que me ponga cree una sola palabra de lo que digo. En cambio a Fernandita le inspiro una ciega confianza.
- BLAN. Pues yo no escucho ni a don Pascual, que es hombre terco en sus opiniones, ni a Fernandita, a quien las cosas de su pueblo natal le vendan los ojos; yo lo escucho a usted solamente. Y pienso en el vivo interés que ha mostrado porque yo deje a un hombre que no puede hacerme feliz; y en la atención con que oye el cuento de mis desdichas; y en la indulgencia con que juzga todas mis acciones... Y al pensar en esto, Felipe... ¿Llamaron?
- FELI. Sí.
- BLAN. Iré a ver.
- FELI. No; deje usted; volveré yo a mi alcoba...
- BLAN. Espere. ¿Qué trabajo me cuesta? (*Se va por la puerta de la derecha. Pausa. Felipe pasea preocupado.*)
- FELI. (*Dando al fin un suspiro.*) ¡Ay! ¡Sentiría salir de esta casa por el balcón! Y saldré, saldré; no habrá más remedio. Pero yo me pregunto, señor: ¿cuál es mi delito? Para todas tiene mi corazón un halago, un consuelo; a todas quiere concederles mi vida una hora de ilusión... ¿Cuál es mi delito? Vuelve Blanca... ¿Y ésta? ¿Qué hay en ésta que no hay en las demás?... (*Llega, en efecto, Blanca por donde se marchó.*)

BLAN. Es una mujer que vende dulces. Pero tiene confianza en la casa, y es muy entrometida. A lo mejor se cuele hasta aquí.

FELI. Entonces yo me quito de en medio. Vuelvo a mi prisión. Adiós, Blanca.

BLAN. Felipe... ¿Dejo aquí la carta, verdad?

FELI. No dude más en ello. Ocúltese usted de todos cuanto antes.

BLAN. En seguida, sí.

FELI. Y nada tema. Fernandita sólo ve por mis ojos. Yo respondo de que ha de celebrarlo. Hasta luego.

BLAN. Hasta luego. *(Se miran un momento y desaparecen rápidamente, ella por la puerta de la derecha y él por la contraria. Poco después sale Adoración por la de la derecha.)*

ADOR. ¿Adónde irá esa niña tan a la carrera? A vé ar novio no creo que será. Lo que es yo correría pa no verlo. Pero argo ye va, argo ye va... Porque no ha querido ni saludarme, y ha escapao escaleras abajo... ¡Pobre muchachita! ¡Qué bola negra le ha caído! *(Suspirando con satisfacción.)* ¡Ay! ¡Me parece un sueño que piso esta casa otra vez! ¡Vamos, que quince días sin ve a mi Fernandita! Ha sío menesté que me esté muriendo. Toavía se me resienten los tobijos. *(Se sienta.)* Ya tardará poco. ¡La cara le vi a cuajá de besos cuando la vea!... *(Pausa.)* Hoy hase caló... *(Se abanica.)* ¡Qué fatiga me ha dao de ve desayunarse a Realito! ¡Hermana, cómo enguye! Un boyo, dos boyos, tres boyos... ¡Qué desaparisión de boyos en un momento! No parece que se desayuna, sino que hase juegos de manos. *(Se levanta.)* Abusan, abusan de esta santa. Hombre, un cuadro nuevo. Menos ma: será regalo de argún agradesío. Está bendita. ¡Y er miradó, cómo lo tiene! Es un parque, es un parque... Er jazmín, la camelia, er naranjo... ¡Ar naranjo no le farta más que hablá! *(Reparando en la carta que ha quedado sobre el velador.)* ¿Letra de Blanquita? ¡Se ha dejao aquí esa chiquiya la carta der novio! *(Leyendo el sobre.)* «Urgente. Para Fernandita.» ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Blanca le escribe a Fernandita? ¿Y urgente? ¿Qué es esto? ¿Tendrá argo que ve con la carrera que eya yevaba? ¡Ay, Dios mío de mi vida! ¿Qué será? ¿Qué no será? Yo estaba por abrí er sobre ar caló de la oya. ¡Si pudiera leerla ar trasluz! *(Oyese dentro a Fernandita, que al punto aparece por la puerta de la derecha.)*

FERN. ¡Adoración!

- ADOR. Fernandita! Ya esta ahí, ya está ahí. ¡A tiempo ye-
gas! ¡Ven acá! (*Se abraza a ella y materialmente se la
come a besos.*) Deja que me saside, deja que me saside...
- FERN. Mujer, por Dios santo...
- ADOR. ¡Lo que yo te he agradesió la leche y er jeré! ¡Deja
que me saside! ¡Ay, qué ganas tenía! Me parezco yo
dándote besos a Realito comiendo boyos: no sé aca-
bá nunca.
- FERN. ¿Estás ya fuerte?
- ADOR. Ya estoy superió, reina mía: en cuanto te he visto. Y
escúchame una cosa, que es urgente y que me tiene
soyispá. Ar vení yo pa acá de la cosina salía Blan-
quita escaleras abajo; no quiso saludarme ni na, y
ahora me encuentro aquí esta carta suya, y veo que
es pa tí y no es pa er cursi de su novio. ¿Qué es esto?
- FERN. ¿Una carta de Blanca para mí? A ver... ¿Y dices que
la has visto salir de casa?... Sí, sí; es su letra. A ver,
a ver... (*Llena de turbación y ansiedad rasga el sobre
y principia a leer el pliego que contiene.*) «Fernandi-
ta, amiga y madre mía: no se asuste al abrir esta car-
ta, que ni anuncia un suicidio, aunque bien pudiera...»
- ADOR. (*Sobresaltada.*) ¿Eh? ¿Va a tomar fósforos?
- FERN. No, mujer; ¿no oyes? (*Leyendo.*) «... que ni anuncia
un suicidio, aunque bien pudiera, ni mucho menos mi
fuga con Nicolás. Vuelvo a la casa de mi madre...»
—¡qué locural—y me escapo para que usted no me
detenga, porque no quiero entenebreecer por más
tiempo con mi sombra triste un hogar que como nin-
guno debe ser alegre y dichoso.» Pero ¿qué ha hecho
esta chiquilla, por Dios? ¿Tú oyes? Hay que ir a bus-
carla en seguida.
- ADOR. Sigue, sigue, que estoy tragando lágrimas.
- FERN. (*Continuando la lectura.*) «La culpa de todo la tiene
mi novio...» (*En este instante llega por la puerta de
la derecha Nicolás, quien por extraña ironía de la
suerte viene de buen humor. Las dos mujeres se des-
conciertan al verlo.*)
- NICO. ¡Salú, señoras! Buenos días.
- FERN. ¿Nicolás!
- ADOR. ¡Nicolás!
- NICO. ¿Usté no estaba mala?
- ADOR. Sí; pero ya me encuentro bien, gracias a la Santísi-
ma Virgen.
- NICO. Me alegre, hombre. Cuatro días que va uno a vivir
hay que pasarlos con salú. Hoy estoy yo contentó.
- FERN. (*Casi deplorándolo.*) ¿Hoy está usted contento?
- NICO. ¡Me pintan bien las cosas! Es según me echo de la

cama, ¿sabe usted? Hay días que me levanto de buena uva porque sí, y me acuesto de buena uva porque sí. ¿Y ahora?...

FERN.

NICO. Ahora estoy bien templao. ¡Bien templao!

FERN. (*A Adoración.*) Era cosa de meterlo en un *termo*.

NICO. ¡Ja, ja, ja! Pa que me durara el buen temple, ¿no?

¡Esta gracia de las andaluzas no la tiene nadie!

ADOR. ¡Esta gracia de Fernandita Osorio!

NICO. A don Pascual me he encontrao por la Castellana

dándose tono de pollito. ¡También es muy salao! ¿Y

mi chica? Por cierto que al pagar la silla me pasó un

lance chusco de veras. Ahora lo contaré, cuando salga

Blanca, pa no repetirme. ¿Dónde está esa chica?

FERN. (*Con temor y zozobra.*) Pues... Blanquita, amigo Nicolás, se me ha escapado a casa de su madre.

NICO. ¿Eh?

FERN. Y me lo dice en esta carta... que empezaba a leer cuando usted llegó tan contento.

NICO. ¡Pajoles!

FERN. Así, así...

NICO. ¿Pero es posible? ¡Esa chica es idiota! ¿De manera

que la saca usted de aquel presidio, pa que no aguantara

las coces del padastro, y allá se vuelve sin que

nadie la llame? ¡Es ceporrez nativa!

Son muchas cosas juntas...

FERN.

NICO. ¡Ceporrez!

FERN. Muchas cosas...

NICO. ¡Ceporrez! No lo dé usted vueltas.

ADOR. No le des vueltas: seporrez. (*Alude a la de Nicolás, también nativa.*)

NICO. ¿Me quíe usted leer ya la carta, que yo me entere?

¡Estamos aviaos!

FERN. Sí, señor. Escuche. (*Leyendo.*) «... vuelvo a la casa

de mi madre, y me escapo para que usted no me de-

tenga, porque no quiero entenebreecer por más tiempo

con mi sombra triste un hogar que como ninguno

debe ser alegre y dichoso.»

NICO. (*Escamado.*) ¡Eso no se ha cocío en su mollera!

FERN. «La culpa de todo la tiene mi novio, a quien ya no

puedo aguantar más tiempo.»

NICO. ¡Pajoles!

FERN. (*Más muerta que viva.*) «Ningún hombre tiene dere-

cho a maltratarme; pero menos que ninguno el que

quiere que yo sea su esposa.»

NICO. ¡No parece sino que la trato a punteras! ¡Acabe usted

ya de una vez, que luego va a tocarme a mí soltar la

espital

- FERN. «Perdóneme usted. Don Pascual estoy bien segura de que me perdona y me felicita. ¡Me ha aconsejado tantas veces que mande a Nicolás a escardar cebollinos!»
- NICO. ¡Hombre!
- FERN. «¡Me ha preguntado tantas, entre bromas y veras, que si es cierto que lo amamantaron con vinagre!»
- NICO. ¡Es muy gracioso don Pascual!
- ADOR. La gracia andalusa que se pega.
- FERN. «Adiós, amiga y madre mía. Si la gratitud es una oración, mientras yo viva llegará al cielo la que a usted le consagro, *Blanca*.—P. D. Rompa usted esta carta por lo que más quiera, no se entere de las cosas que digo de él, el *Alcaparrón*.» (*La consulesa se queda como el mármol.*)
- NICO. ¡Pajoles! ¿Pitorreo también a última hora? ¡Eso le demostraré a usted que está tranquila; que ha escrito la cartita como quien se bebe un vaso de agua; que to es una comedia na más!
- FERN. Cállese usted...
- NICO. ¡No puedo! ¡De más sabía yo que ésa ni quíe a su madre, ni me quíe a mí, ni la quíe a uste, ni quíe al gato! ¡*Alcaparrón!* ¡Ya te daré yo a tí *Alcaparrón*; no te figures que te vas a ir de rositas! ¡Ahora mismo me planto en la casa y armo allí el gran tiberio!
- FERN. Por Dios, Nicolás, yo le suplico a usted que no vaya; que olvide; que procure serenarse a lo menos...
- NICO. ¡A usted también se le pasea el alma por el cuerpo, señora! ¿Me vi a cruzar de brazos? ¡A saber si to esto no ha sido un enjuague fraguao por las dos!
- FERN. ¿Qué está usted diciendo? ¡Esto no es más que el resultado de ser usted un erizo! ¡Un puercoespín!
- ADOR. ¡Er resurtao de tené por novio un moliniyo de café!
- FELI. ¡Eso! ¡Entraba usted rabiando y salía rabiandolo! ¿Es que yo no he visto a la muchacha llorar y renegar de su suerte por causa de usted?
- ADOR. ¿Y yo, no la he visto?
- NICO. ¡Usté a sus rosquetes, señora! ¡A usted nadie la da vela en este entierro!
- ADOR. ¡Me la tomo yo!
- FERN. No grites, mujer. A él no le digo nada porque es inútil.
- NICO. ¡Y tanto! ¡La pava e la señora!... ¡Así que el caso es pa hablarlo en secreto! ¡Los sordos van a oírme! ¡Desde aquí van ustés a escuchar el escándalo! ¡Eso no! ¡Tomarle el pelo a Nicolás Esparraguera, no! ¡Tengo yo los pantalones muy bien puestos! ¡Mañana salgo

en la prensa gráfica! (*Tropezando con don Pascual, que llega en este instante por la puerta de la derecha.*)
¿Adónde va usted?

D. PAS. ¡Vengo a mi casa, amigo mío!

NICO. ¡Pues le advierto a usted que motes no se los aguanto ni a mi padre! ¡Abur! (*Vase disparado.*)

D. PAS. (*Perplejo.*) ¿Qué pasa? ¿Qué le ha ocurrido a Alcarrón?

FERN. ¡Ay, Pascual; no sabes! ¡Qué disgusto! Blanca me dice en esta carta que se vuelve a casa de su madre porque no puede aguantar más al novio.

D. PAS. ¿Y a eso le llamas tú un disgusto? ¡Estáis de enhorabuena las dos! ¡La determinación de Blanca merece un premio!

ADOR. ¡Verdá que sí!

D. PAS. ¡Con decirte que yo mismo, por no oírlo más, me iba a ir a vivir a una fonda hasta que se casaran!...

FERN. No lo echas a broma, por Dios... ¡Ay, Dios mío! ¡Qué nerviosa me ha puesto ese mamarracho! ¡Ay, Dios mío!

D. PAS. Tranquilízate, Fernandita, que no vale la pena.

ADOR. Tranquilízate tú, sor de España.

FERN. Yo voy a llegarle ahora mismo a casa de Blanquita.

D. PAS. Tú no te mueves ahora de aquí.

FERN. Si estoy en ascuas, Pascual de mi vida.

D. PAS. Pues no hay motivo alguno. A casa de Blanca iré yo en todo caso.

ADOR. O iré yo. No te apures tú, no te apures.

D. PAS. Y aprovecha la lección si puedes.

ADOR. Eso es lo que tiene que hasé: aprovecharla, aprovecharla. Miste, don Pascuá, se lo tengo dicho: que socorra a to er mundo, porque es su condisión, sea de Arfaqueque, sea de Londres, pero tos los socorros der portón pa fuera: en su casa no debe meté a nadie: a nadie, a nadie.

D. PAS. A nadie: estoy de acuerdo.

ADOR. ¡Ni a tomá er desayuno!

D. PAS. ¡De acuerdol!

ADOR. ¡Ya sabe usted por dónde voy!

FERN. Yo de Blanquita no me puedo quejar: es un pan del cielo. Más calladita y más prudente... Y siempre dispuesta a darme gusto: en mis pensamientos leía.

D. PAS. ¡Pero tiene un novio que no sabe leer!

ADOR. Justo, justo. Los huéspedes, de una manera o de otra, siempre traen berrenchines. ¿No ves tú que yo, cuando Carreño estaba empleado, he sío también una mijita consulesa? Un chasco nos pasó una vez que es pa

contarse. No se me orvida. Luego nos reímos; pero nos dió una temporaita de vaya usted con Dios. Fíjese usted, don Pascuá, que una noche, cuando íbamos ya a serrá la puerta, se nos presenta la muchacha toa soliviantá, anunsiándonos la visita de un cabayero misterioso. (*Don Pascual y Fernandita prestan gran atención al relato.*) No queamos cuajaos; y antes que resorviéramos si entraba o si no entraba, se cuela de rondón sín permiso de nadie con la capa arrastrando, se hinca de rodiyas delante e mí, me agarra las manos, me las besa...

FERN. ¿Qué?

D. PAS. ¿Qué? (*Se miran los cónsules comunicándose su asombro.*)

ADOR. Y me pide por su madre, y por sus hijos y por todos los santos der sielo, que lo esconda en mi casa aqueya noche. ¿Tú sabes quién era? Si tú lo debes de conocé, por lo menos de nombre. Un gorfo, un tronera, una bala perdía, que vive a la que sarta: el hijo de Carlota Portiyo: Felipe Rivas. ¡De Arfaquequel (*Turbadísima.*) ¡Ahl... Felipe Rivas...

FERN.

ADOR. ¿Lo conoses?

FERN. Sí... poco...

D. PAS. Poco... muy poco; pero lo conoce. Siga usted con el cuento. (*Fernandita se levanta, azorada, y le arranca, maquinamente, una hoja al almanaque. Don Pascual se hace cargo de la situación y la explota con zumba graciosa.*)

ADOR. Usted verá, usted verá; se oye y no se cree.

FERN. ¿Sí?

D. PAS. ¿Lo ampararon ustedes aquella noche?

ADOR. ¡Claro! ¿Qué íbamos a hacerle? Y eso que Carreño no quería.

D. PAS. ¡Caramba! ¡Carreño no quería! ¿Oyes, Fernandita? ¡No quería Carreño! ¡Carreño no quería!

FERN. Ya, ya lo he oído. No quería Carreño...

D. PAS. Carreño no quería...

ADOR. No, no quería. Pero de pronto le dió un desmayo...

D. PAS. ¿A Carreño?

ADOR. ¡Al otro! Y no hubo más remedio que conformarse.

D. PAS. ¿Con que le dió un desmayo y todo?... ¿Te enteras, Fernandita? ¡Le dió un desmayo!

FERN. Sí... me entero, sí... No soy sorda... (*Mira a don Pascual hecha una brasa y se abanica nerviosamente.*)

ADOR. ¡Y no quieran ustés sabé la cola que trajo aqueya nochesita! ¡Por ablandarme yo!

- D. PAS. ¡Por ablandarse ella!
- ADOR. ¡Un mes entero tuvimos ar señorito en nuestra casa!
- D. PAS. Nos faltan diez días.
- ADOR. ¿Cómo?
- D. PAS. No... nada... no... ¿Y no había manera de echarlo?
- ADOR. No había manera, no había manera; ca día inventaba un embolismo nuevo. Y como desde er prin-sipio nos metió en la cabeza que si lo descubríamos lo íbamos a perdé y ya lo teníamos encubierto, ¡pos éramos cómplises suyos! ¡Y en cuanto yegaba arguien de la caye, el hombre aqué a su madriguera! ¡Y nosotros los primeros a esconderlo! ¡Paresíamos ladrones! Y así un mes. (*La consulesa, con la misma inconsciencia que arrancó la hoja del almanaque, se ha puesto a golpear en un timbre que hay sobre el velador.*)
- D. PAS. ¿A quién llamas tú tanto?
- FERN. A nadie... a nadie... Ha sido sin querer... A nadie... (*A Alberta, que asoma en la puerta de la derecha y se va en seguida.*) No es nada, Alberta.
- D. PAS. ¡Vaya con el trápala del mozo!
- ADOR. De eso no pué usté formarse una idea.
- D. PAS. Quizás sí. ¿Verdad, Fernandita?
- ADOR. Juraba por sus hijos y luego resurtaba que les desía sus hijos a sus versos.
- D. PAS. ¡Qué ardid tan ingenioso! (*Fernandita le arranca otra hoja al almanaque.*)
- ADOR. Porque es poeta. ¡Y más enamoraó que un mico!
- D. PAS. ¿Ah, sí?
- ADOR. ¡Uh! Enamoró a mi hija Salú, a una vesina der segundo, a otra der tersero, a la criada... Un mico, un mico.
- D. PAS. ¡Hola! (*Fernandita, de puro turbada, se da ahora a la tarea de desordenar todos los muebles, haciéndose la ilusión de que los arregla.*)
- ADOR. Y entérese usté de otra grasia. Salía por las noches disfrasao, y cuando vorvía a recogerse siempre nos traía un regalito, pa probarnos su agradesimiento. A nosotros se nos caía la baba; es claro.
- D. PAS. ¿A Carreño también?
- ADOR. ¡También!
- D. PAS. No hay dos hombres iguales.
- ADOR. O durses, o flores, o pájaros, o libros... ¡Hasta nos regaló un cuadro al óleo! (*El matrimonio, instintivamente, mira al cuadro nuevo.*) Y ayá va er gorpe: cuando se fué de casa, prin-sipiaron a yegá las cuentas de to lo que nos había regalao: las flores, los durses, los pájaros, los libros... ¡To lo había com-

- prao a nombre de Carreño! Por poquito nos arruina.
- FERN. ¡Ay, Dios de los cielos! (*La emprende con furia con las hojas del almanaque, como si quisiera mondarlo.*)
- D. PAS. ¿Tienes interés en que pase el mes pronto, verdad?
- FERN. ¿Eh?... ¿Qué?... No... no estoy aquí... Dispénsame tú, Adoración... No estoy aquí... Estoy pensando en Blanca... la pobre...
- D. PAS. Y, diga usted, Adoración: ¿volvió usted a saber de ese peine?
- ADOR. Creo que se fué a América; no estoy segura. Lo que sí supe es que había hecho lo mismo en tres o cuatro casas. ¿Qué le parece a usted? Un fresco, un fresco... ¡Un modo de veraneá como otro cuarquieral! (*Don Pascual suelta la carcajada.*)
- FERN. (*Afligidísima.*) Bueno, sí... Adoración... yo aprovecharé la experiencia... Déjalo ya... Te lo ruego... Y hazme el favor de llegarte a buscar a Blanca... y tráeme noticias cuanto antes.
- ADOR. ¡Ahora mismo, hija mía! ¿Qué tengo yo que hasé más que lo que tú quieras? Ahora mismo, ahora mismo... Cármate tú. ¿Quiés que te haga una tasita de tila en un momento?
- FERN. No, no... si estoy bien...
- ADOR. ¡Mi sangre que tú necesitaras te daría! ¡Mi sangre, mi sangre! (*La besa ardentemente.*) ¡Ya estoy aquí con notisias de Blanca!
- FERN. Sí, sí; ve en seguida...
- ADOR. Y tenlo muy presente, por Dios: tos los favores der portón pa fuera, der portón pa fuera, der portón pa fuera... (*Se va, presurosa, por la puerta de la derecha. Pausa. Don Pascual mira a Fernandita, sonriendo con aire de burla.*)
- D. PAS. ¿Ves, Fernandita, ves?
- FERN. No me digas nada; no me hables... ¿Te ríes?
- D. PAS. ¿Y qué he de hacer sino reírme? El caso es bien chusco.
- FERN. Déjame... calla... que yo estoy para echarme a llorar. ¡Qué desengaño! ¡Qué comedia! ¡Qué trapi-sondista más grande, señor!... Sí, sí, Pascual, ríete de mí. Lo merezco por tonta. Soy tonta, Pascual mío, soy tonta. ¿Verdad que soy tonta?
- D. PAS. Si tienes mucho empeño...
- FERN. Pero ¿cómo podía yo imaginarme?... Hijo de mi mejor amiga... tan listo, tan simpático... con tan buena conversación... ¡de Alfaqueque! Nada he hecho nunca con más cariño que ampararlo, y ya ves... ya ves... Soy tonta Y a mis años ya no tiene esto arreglo... ¡Tonta de capirotel! ¡La tonta de Alfaqueque!

- (*Entrase por la puerta de la izquierda, llorando.*)
- D. PAS. ¡Pobre consulesa! ¡Se le vuelven pícaros o gorriones las glorias de su pueblo! ¡Cualquiera le quita el amargor de este último lance!... En fin, ya pasara. Fortuna, a pesar de las lágrimas, que Adoración haya roto el velo. (*Llegan por la puerta de la derecha Noblejas y Virginia; el uno grave y respetuoso; la otra dolorida y triste, por primera vez desde que tenemos el gusto de ser sus amigos.*)
- NOBL. ¡Oh! ¡Mi señor don Pascual!
- D. PAS. Buenos días, Noblejas.
- NOBL. Celebro grandemente encontrar a usted.
- VIRG. (*Con voz de canario herido en la patita.*) Don Pascuá.
- D. PAS. ¿Eh?
- VIRG. Don Pascuá.
- D. PAS. ¿Es a mí? ¿Qué quieres?
- VIRG. ¿Sabe usted dónde está la señora?
- D. PAS. ¿Quién?
- VIRG. La señora.
- D. PAS. No te oigo, hija mía.
- VIRG. Es que no me sale la voz.
- D. PAS. ¿Cómo?
- VIRG. La voz, la voz, que no me sale.
- NOBL. Que no le sale la voz, don Pascual.
- D. PAS. ¿Y por qué no le sale?
- VIRG. ¡Por la fuersa'er dijusto, don Pascuá! ¡Por la fuersa'er dijusto! ¡Qué desengaño tan cruel!... ¡Er mayó de mi vidual!
- D. PAS. ¿Qué dices?
- VIRG. ¡Yo necesito desahogarme con la señora!
- D. PAS. ¡Pues anda, que en su tocador has de encontrarla seguramente!
- VIRG. ¡Ay, don Pascuá! ¡Qué infamia! ¡Qué infamia de hombre! No me sale la voz, don Pascuá; no me sale la voz... no me sale... no me sale... (*Vase por la puerta de la izquierda gimoteando, sin conseguir que la voz le salga.*)
- D. PAS. ¿Usted sabe, querido Noblejas, a qué se debe esta afonía?
- NOBL. Don Pascual... señor don Pascual... me coloca usted en un potro... No estoy autorizado... Solamente, valiéndome de muy discretos enfemismos, podría yo...
- D. PAS. ¡Pues válgase usted de ellos!
- NOBL. La muchachita ha subido a casa a hablar con Paloma.
- D. PAS. ¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Torpe de mí! Andará en el ajo el señorito del gabinete, ¿no es verdad? (*Noblejas se queda estupefacto.*) Estoy enterado de cuanto ocurre. Fer-

nandita no iba a contarme nada; pero todo me lo contó de aquí a la iglesia.

NOBL. ¡Cómo me descarga esa revelación!

D. PAS. Que sea enhorabuena, querido. Y ya sospecho el origen de la pérdida de voz de nuestra doncellita. ¿De segurc la ha galanteado a la vez que a Paloma?

NOBL. Cabal.

D. PAS. Bien; pues por lo que toca a su hija de usted va usted a subir a decirle de parte mía que le devuelva las tres cartas consecutivas al galán, y que no incurra en el candor de mirarlo más a la cara, porque es un redomado sinvergüenza.

NOBL. Temo... temo que tampoco me salga la voz.

D. PAS. Pues dígaselo usted por señas. Y sin perder minuto.

NOBL. Sí, señor; en el acto. Que le devuelva todas las cartas a ese caballero, porque...—y que mis palabras no lo ofendan—es un sinvergüenza redomado.

D. PAS. Ni más ni menos.

NOBL. Se va a quedar la chica viendo visiones, con permiso de usted.

D. PAS. ¡Y voy yo a averiguar si ya le ha salido la voz a la otra! ¡O a lograr que le salga y cante clarito! (*Entra-se por la puerta de la izquierda.*)

NOBL. (*Meditando sobre la inestabilidad de las cosas humanas.*) ¡Pobre lechera!

¡Adios huevos, lechón, vaca y ternero!

¡Adiós, versos... adiós, gloria... adiós, calle... adiós, estatua en Alfaqueque...! ¡Ay! (*Cuando va a marcharse por la puerta de la derecha, aparece Blanca, inquieta y recelosa, y con ella se cruza.*)

BLAN. Buenos días, señor don Salustiano...

NOBL. (*Inclinándose cortésmente.*) A los pies de usted, señorita Blanca. (*Vase todo mustio a herir en el ala a su paloma*)

BLAN. ¡Bonita cara llevaba mi galán!... ¿Qué habrá pasado?... Me lo figuro, por supuesto... ¿Será verdad que estoy ya libre de él? (*Mira hacia la puerta de la izquierda.*) ¡Ah! ¡Fernandita! Me ha visto. Aquí viene. (*En efecto, sale Fernandita, con el asombro pintado en el rostro.*)

FERN. ¡Blanca! ¿Tú?

BLAN. Yo, sí; yo misma.

FERN. Pero ¿cómo estás en mi casa? ¿No te habías ido a la de tu madre?

BLAN. No, señora.

FERN. ¿Qué no? ¿Entonces, esa carta tuya...?

BLAN. En mi carta hablé de la casa de mi madre para que

- no pensara usted nada malo de mí... y porque aquel es el único sitio adonde seguramente no va Nicolás.
- FERN. ¿No ha de ir, inocente? ¡Allá se encamina ahora, hecho un basilisco!
- BLAN. Sí, pero no entra. Le teme a mi padrastro. Yo he estado con la vecina del entresuelo mientras ha descargado la nube.
- FERN. ¡Ah! ¿Te fuiste al entresuelo?
- BLAN. Y por la mirilla vi primero subir a Nicolás, y al ratito lo he visto bajar, ¡gruñendo unas cosas!...
- FERN. ¡Pues no son más que un resto de las que me ha soltado a mí! ¿Qué te has propuesto con esta intriga?
- BLAN. Acabar con él. Usted me perdone el mal rato. Para acabar con él, Fernandita, no bastaba que yo lo despidiera. Lo he hecho más de una vez inútilmente. Era preciso un medio anormal, imprevisto, que le demostrara claramente mi desdén, mi cansancio, mi hastío, mi aborrecimiento...
- FERN. ¡Muy bonito! ¡Y me echaste a mí el muerto encima! Barquero, yo me voy en su barca; pase usted nadando el arroyo. Las impertinencias, las palabrotas, las groserías de tu novio era yo la llamada a sufrirlas porque tú te libraras de él, ¿no es eso? ¿Era yo la que de bía ponerse colorada?
- BLAN. Discúlpeme usted, Fernandita. No he querido enojarla a usted. Creí que usted sería la primera en alegrarse... ¡Es usted tan buena!...
- FERN. ¡Claro! Soy tan buena—¡ya pareció la muletilla!—soy tan buena... que todos tenéis derecho a agotar mi bondad. No soy buena; soy tonta.
- BLAN. ¿Llora usted?... ¡Cómo me decía a mí el corazón que no hacía bien en lo que hacía!
- FERN. ¿Por qué lo hiciste entonces? (*Blanca no contesta.*)
¿Por qué lo hiciste? Dí.
- BLAN. Lo confesaré todo.
- FERN. Pues, ¿qué más hay?
- BLAN. Hay... quien me ha aconsejado y me ha instado con palabras muy persuasivas para que dé este paso...
(*Vislumbrando casi la verdad.*) ¿Qué dices?
- BLAN. Lo que uste oye, Fernandita.
- FERN. (*Aludiendo a Felipe.*) ¿Ese hombre?
- BLAN. Sí.
- FERN. (*Aterrada.*) ¡Virgen de las Medallas!
- BLAN. (*Con sobresalto.*) ¿Qué? ¡Hable usted!
- FERN. ¡Habla tú! Ese hombre...
- BLAN. Ese hombre... Felipe... Pero ¿por qué lo ha nombrado usted con terror?

- FERN. No te importa. Habla, confiesa, dí. ¿Cuándo has visto a Felipe que no haya estado yo delante? ¿Qué es lo que adivino en todo esto?
- BLAN. No, no es nada indigno, Fernandita. No tema usted... Felipe, a quien mi situación en esta casa y mi vida interesaron vivamente, ha sabido hallar ocasiones en que hablarme a solas... La noche en que usted estuvo malucha y yo velé un rato; una tarde en que fueron ustedes al teatro y yo me quedé; algún domingo cuando han salido a misa... Y siempre, en todo momento, su tema ha sido que yo rompiera con Nicolás, que era indigno de mí. que me haría desgraciada. ¿No había de escuchar esto con encanto mi corazón, si hasta que le he oído a él no he podido creer en la ternura de los hombres? Esta simpatía nos ha llevado a charlar y a charlar, comunicándonos como dos presos, y a desear cada día con mayor anhelo la ocasión de la charla...
- FERN. Sigue.
- BLAN. Felipe, ya lo comprenderá, ha sido el instigador de esta decisión mía que ha causado—y bien que lo siento—el enojo de usted. Pero usted, al oírme nombrarlo, ha abierto los ojos con terror y me ha contemplado como con lástima... ¿Qué es esto? Haya detrás de ello lo que haya, yo le suplico a usted que si es algo malo no me lo diga todavía... ¡Déjeme en el engaño unos días siquiera! ¡Consíéntale a mi corazón el recreo de gozar de unas ilusiones... que apenas han nacido en él!
- FERN. ¡Ah, no! ¡Yo te hablo claro; a mí no me gustan tapujos! Yo te digo ahora mismo quién es Felipe, lo que sé de Felipe, lo que ha hecho Felipe, cómo es Felipe.
- BLAN. Por bueno lo tengo, cuando usted lo ha acogido en su casa; cuando usted se ha hecho lenguas de él en muchas conversaciones conmigo...
- FERN. (*Turbada.*) Sí; pero... Yo, Blanquita... Desde el punto y hora en que él se fija en tí... No es lo mismo hablar en general... ¿tú comprendes?... Yo debo... Tu madre... Felipe...
- BLAN. (*Con angustia.*) Felipe... ¿qué? ¡Por Dios, señoral ¿Qué esconden esa turbación y ese disimulo?...
- FERN. (*Conmovida ante la dolorosa angustia de Blanca.*) No... nada... Sosiégate. Felipe es bueno. Llámalo.
- BLAN. ¡Sí! ¿No me engaña usted?
- FERN. No te engaño. Es bueno. Llámalo. Dile que venga, que lo espero yo.
- BLAN. ¡Sí; sí! (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

- FERN. (*Consternada.*) ¡Qué mentira decirle que es bueno!... Pero ¿quién le dice ahora lo que es? La Virgen nos ayude. (*Aguarda en silencio a que Felipe llegue. Este viene a poco con Blanca por donde ella se fué.*)
- FELI. ¿Qué me quiere usted, Fernandita?
- FERN. Déjanos, Blanca.
- BLAN. Sí, señora. (*Mira a Felipe y se va por la puerta de la derecha.*)
- FELI. ¿Qué me quiere usted?
- FERN. (*Después de contemplarlo con indignación.*) Tantas cosas tengo que decirte, que no sé por cuál empezar. Si fuera hombre no lo habría dudado un momento
- FELI. ¿Cómo?
- FERN. ¡Porque habría empezado pegándote de bofetadas!
- FELI. ¡Señora!
- FERN. ¿Te sorprendes?
- FELI. ¿Pues qué he hecho yo para merecer?...
- FERN. ¿Qué has hecho? Mentir, engañarme, ofenderme; burlarte de lo que más quiero.
- FELI. ¿Yo?
- FERN. ¡Tú!
- FELI. Nada más lejos de la verdad, Fernandita.
- FERN. No te defiendas, porque estás descubierto, Felipe. Una pobre mujer, que no fué tan pobre en otros tiempos, nos ha dicho que también en su casa y en otras representaste esa burda comedia de tus persecuciones y malaventuras con que has sorprendido mi buena fe. (*Felipe se turba.*) Eres un hipócrita, un farsante, un desalmado. ¡Y con quién has venido a portarte así! ¡Con quien te abrió los brazos en nombre de tu madre; con quien al oírte hablar de tus trabajos y de tus ilusiones, casi sentía no ser ella misma! Señora...
- FELI. ¿Qué vas a contestarme?
- FELI. ¿Usted cree que yo puedo escucharla con indiferencia? Ya sé que he hecho mal...
- FERN. ¡Muy mal!
- FELI. ¡Muy mal! Ya lo sé. Pero esto también tiene su historia. Le juro a usted que cuando vi la casa en que daba, lamento haberme valido del mismo engaño que en otras para entrar en ella; pero ya el mal estaba hecho... y temí, si me metía a declarar la farsa, perder lo conquistado. ¡Me encontraba aquí tan a gusto!
- FELI. ¿Qué desfachatez!
- FERN. Oígame usted sin irritarse.
- FERN. No podré, Felipe. Tendría que ser todavía más tonta de lo que soy.

- FELI. Es mi última súplica, y usted, tan buena siempre aunque yo sea el propio Lucifer en persona, debe atenderla.
- FERN. Con tal de perderte dé vista pronto... Habla.
- FELI. (*Expresándose con sincera naturalidad; con graciosa frescura.*) Yo soy primero que nada, un artista; un enamorado de mi arte: gozo trabajando. Soy poeta. Mi pluma, ni la prostituyo, ni la alquilo, ni la vendo. Quiere esto significar, entre otras cosas, que no gano una peseta con mi pluma. Y como necesito vivir, y no soy rico, pido a mi ingenio—que es mi único tesoro—la ayuda que él solo puede prestarme. Gracias a él, señora, como usted ve, paso algunas temporaditas tranquilo en honradas casas, serenando mi espíritu, depurándolo en la lectura de los maestros y afinándolo en la propia creación artística.
- FERN. ¿Te burlas? ¿Te diviertes conmigo?
- FELI. ¡Qué disparate, señora mía! Nunca le he hablado a nadie con más sinceridad: lo que hago ahora mismo es abrirle a usted las puertas de mi alma. A mí me asquean los cafés y los cenáculos literarios, donde los artistas se pervierten y se envenenan. La casa de huéspedes, llena de pícaros y de estudiantes escandalosos, mal ventilada, fría, es cien veces peor que el café. Yo no sé trabajar allí. Yo necesito para producir, de hogares honrados, apacibles. La prueba es que en una de esas casas a que ha aludido usted escribí un drama que me hará famoso cuando se represente, y aquí escribo un poema que estimo como la más delicada de mis inspiraciones.
- FERN. Calla, cállate ya, enredalaguita, mala persona, embustero.
- FELI. ¡Oh, Fernandita! No puedo callarme. Esto que ahora se le figura a usted la salida cínica de un calavera o de un truhán, cuando yo sea un poeta glorioso se comentará como rasgo originalísimo de mi vida. «Entraba en las casas así, dirán mis biógrafos, valiéndose de tales ardides, para vivir sin curarse de la prosaica busca del pan de cada día y escribir con toda espontaneidad y pureza: como cantan los pájaros.»
- FERN. Mira, Felipe, no continúes, que me faltará la paciencia de oírte. Márchate de mi casa pronto. ¡Un poema escribes en tu encierro! ¿Verdad? ¿No serán cartas a Palomita, la vecina de enfrente?
- FELI. Ah, ¿también sabe usted?...
- FERN. Lo sé ya todo. Como sé también lo de Virginia y lo de Blanca.

- FELI. ¿Por Dios! ¡No confundamos! Lo de Blanca...
- FERN. ¡Y lo de Virginia!
- FELI. ¡No confundamos! Atiéndame usted por lo que más quiera. Yo, además de un poeta, y quizás por lo mismo, o sin quizás, soy fundamentalmente un amoroso.
- FERN. ¡Tú eres un sinvergüenza!
- FELI. ¿Por qué? Soy un amoroso. Toda mujer que no lo tiene sueña con el amor. Pues bien, yo, a cuantas miro, les infundo la grata ilusión de que el amor toca en sus cristales.
- FERN. ¡Bah, bah, bah! ¡Llamas ser amoroso a ser un libertino sin escrúpulo!
- FELI. ¿En dónde está el libertinaje, señora? Yo a ninguna mujer engaño; a ninguna le prometo nada; no hago mas que mostrarles la luz del amor como reflejada en un espejo. Veo en su ventana a Paloma, y la hago soñar con el caballero desconocido que le dice cosas inauditas. Contemplo a Virginia, que es preciosa siempre y más preciosa cuando me entra por las mañanas el chocolate, y alimento sus picantes fantasías de grandezas mundanas, y la hago dichosa también.
- FERN. ¿Y Blanca? ¿Ni Blanca merece tu respeto, Felipe? ¿Con qué podrá disculpar tu ingenio, por hábil que sea, el haber trastornado el corazón de una muchacha como Blanca? ¿No te parece a ti que en este caso apenas hay diferencia alguna entre un malvado y un amoroso? Contesta.
- FELI. Ya le he dicho a usted antes que no confundiese. De Blanca estoy enamorado, Fernandita.
- FERN. ¿Tú? ¿Enamorado tú?
- FELI. ¡Yo! ¡Y la quiero!
- FERN. ¿Que la quieres, dices?
- FELI. Y ya le he dado la mejor prueba.
- FERN. ¡Enamorando a otras!
- FELI. No, señora; alejándola de un hombre que la haría infeliz. Lo que usted, con todo su cariño, no había ni siquiera intentado.
- FERN. ¿Me vas a decir que yo no la quiero?
- FELI. Le digo a usted cuánto la quiero yo. Fernandita, haga un supremo esfuerzo, y préstele a su espíritu para oírme ahora esa dulce y bondadosa calma que es su estado normal.
- FERN. No debía; pero... Ya te oigo.
- FELI. Yo me voy hoy mismo de esta casa, donde dejo un amor... del que tal vez espero la transformación de mi vida. Me lo dice una palpitación no sentida nunca en mi pecho. Blanca la ha causado. Aquí queda

- ella, que al marcharse ahora me ha suplicado con los ojos. Algún día escribiré el poema de esa mirada. Usted ejerce sobre Blanca decisiva influencia; si usted le dice que me quiera, me querrá; si usted le dice que no lo merezco, aunque ella lo dude, procurará olvidarme. A su conciencia dejo lo que ha de decirle, sabiendo lo que Blanca puede ser para mí. No olvide usted que aun al hombre más pervertido, y yo no lo estoy, puede haber una mujer que lo salve.
- FERN. (*Enternecida, inclinándose al convencimiento.*) Felipe...
- FELI. Esto es todo. Ahora buscaré a don Pascual y le pediré mil perdones.
- FERN. Felipe... me haces vacilar, no te lo niego. ¡Qué sé yo!... No sé si es que el creerte me halaga en algo muy íntimo... muy de las entrañas, o que en rigor me dices verdad... En todo caso, de tu comportamiento dependerá el mío... Pero si lo que me has dicho fuera cierto y no un nuevo engaño, si tú hubieras hallado en Blanquita, y entre estas paredes de mi casa, la salvación de tu vida aventurera y sin juicio, ¿por quién crees tú que se cambiaría la consulesa de Alfaqueque?...
- FELI. ¡La consulesa de Alfaqueque!... ¡Cuánto le debo ya, Fernandita!... ¡Cuánto espero deberle aún!... ¿Quién, sino ella, con su perenne amor al rincón donde vió la luz, me ha inspirado, me ha dictado casi al oído, el poema que estoy escribiendo en mi encierro?
- FERN. ¿Eh?
- FELI. ¡Alfaqueque!
- FERN. (*Temblorosa de pura emoción y alegría.*) ¿Alfaqueque se titula tu poema?
- FELI. ¡Alfaqueque! ¡Y en la primera página irá el nombre de usted como blasón del libro!
- FERN. ¡Felipe!
- FELI. Usted, Fernandita, sin darse cuenta de ello, canta ese poema en su vida... Ha bastado que un poeta viva al lado de usted para que tome forma... La primera tierra que pisaron nuestros pies vacilantes... las primeras campanas que nos despertaron alegres... el azul del primer cielo que vieron nuestros ojos... el primer cementerio que nos dió miedo al pasar junto a él... En el amor de todo esto, en la íntima emoción con que lo evocamos, veo yo como el germen, como la condensación del amor más grande de la patria...
- FERN. Pero ¿no me estás engañando, Felipillo?

FELI. Señora, yo a usted no soy capaz de engañarla y nunca... *(Rompe a declamar con fogoso entusiasmo, que electriza a la consulesa.)*

Ni lo que fué me arredra, ni el porvenir me espanta; no sé más que hacer versos, y pues que más no sé...

FERN. ¿Así principia tu poema?

FELI. Así.

Mientras en pie me tenga, con voz en la garganta, mis versos a mi patria y a Dios consagraré.

FERN. ¡Qué bonito!

FELI. Esto es de Zorrilla. Es el lema con que lo encabezo. El poema empieza de esta manera:

«Ni el esplendor de los palacios,
ni de los héroes las leyendas,
ni de los mares las borrascas,
ni de las cumbres la grandeza
canta hoy mi musa...

¿Qué la atrae?
¿Qué la cautiva? ¿Qué la inquieta?
busca un ensueño candoroso:
quiere un perfume de inocencia.
Camino va de aquellos huertos...»

(Sale por la puerta de la derecha Blanca, curiosa. Fernandita, que es toda atención, le impide que hable.)

BLAN. Fernandita...

FERN. Calla.

BLAN. ¿Qué?

FERN. Calla; escucha.

FELI. «Camino va de aquella vega...
que mi niñez embelesaron;
donde soñó mi adolescencia...»

(Por la misma puerta que Blanca llega súbitamente Adoración, la cual no puede reprimir su asombro ante el cuadro que halla.)

ADOR. Ya estoy aquí, ya estoy aquí... ¿Eh?

FERN. ¡Déjate ahora!...

FELI. ¡Ah! ¡Esta ha sido la que me ha delatado!

FERN. ¡Sigue tú!

ADOR. Pero ¿qué ven mis ojos?

FERN. Ya te enterarás. ¡Sigue tú! *(A Blanca, que está absorta.)* No hables tú tampoco.

FELI. *(Continuando su recitación.)*

«Pardo castillo que ruinoso
canta las glorias agarenas;
callado río cuyas aguas
sus carcomidas plantas besan...»

(Don Pascual ha salido por la puerta de la izquierda y se ha quedado frío. Fernandita al verlo lo manda callar con un ademán, y le dice quedito estas tranquilizadoras palabras:)

FERN. ¡Ssss!... ¡Es un canto a Alfaqueque!

D. PAS. (Santiguándose.) ¡Hágase la voluntad de Dios! (Felipe, dueño ya del campo, sigue recitando sus versos. Fernandita y Blanca lo escuchan conmovidas; Adoración se pellizca porque cree que sueña; don Pascual sabe que está despierto.)

FELI. «Plaza que un tiempo fuiste heroica;
calles tranquilas y desiertas;
casas alegres, bellas casas
donde el amor clavó las rejas:
no me paréis con vuestro encanto:
no me pidáis que me detenga:
voy a la casa en que he nacido...»

D. PAS. ¡Me parece muy bien!

FERN. (Entre lágrimas.) ¡Silencio!

D. PAS Dispensa, Fernandita.

FELI. (Volviendo a coger el hilo.)

«No me paréis con vuestro encanto...»

(En este instante acierta a asomar por la puerta de la izquierda la desengañada Virginia con más voz que se fué, pero todavía sin la suya.)

VIRG. Don Pascuá...

TODOS. (Imponiéndole a una silencio, cada cual conforme a su humor y carácter.) ¡SsssSchsss! (Virginia queda sobrecogida. Felipe termina la interrumpida estrofa.)

FELI. «... no me pidáis que me detenga:
voy a la casa en que he nacido,
donde hay un beso que me espera.

¡Santo rincón!... Yo, que ambiciono
patria más grande que la tierra,
me acojo a ti, como en el cielo
miro entre miles a una estrella.»

(Cae el telón interrumpiendo a Felipe, que parece dispuesto a recitar todo lo que lleva escrito de su poema.)

FIN DE LA COMEDIA

LA SOMBRA DEL PILAR

ZARZUELA EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO DIVIDIDO
EN TRES CUADROS Y UN INTERMEDIO, MÚSICA DE

JACINTO GUERRERO

Estrenada en el Teatro Novedades, de Madrid, el 16 de octubre de 1925

REPARTO

PERSONAJES

PILAR.....
TANA.....
MELCHORA.....
TIA VIHUELA.....
PILARCITA.....
MANOLICO.....
MOSEN PUÑALES.....
FELIPE.....
TRENZAERA.....
MARIANICO.....
MIGUEL.....
PEPE CAÑAS.....
GARRAPATA.....
MATACURAS.....
TIO CELEMIN.....
DON MARCOS.....
LANUZA.....
UN CABO.....
UN GUARDIA CIVIL.....
UN SEÑORITO.....
UN FLAMENCO.....
UN PIANISTA.....
GUARDIA DE ORDEN PUBLICO..
OTRO.....
EL DIRECTOR DE LA CARCEL.....
UN CELADOR.....
PRESO 1.º.....
PRESO 2.º.....

ACTORES

Srta. Badía.
 » Cadenas.
Sra. Bori.
 » Hurtado.
Niña Alós.
Srta. Iglesias.
Eugenio Casals.
Sr. Maynou.
 » Alares.
 » Lopetegui.
 » Martí.
 » Oller.
 » Cruz.
 » Aznares.
 » Furió.
 » Ferret.
 » Alós (M.)
 » Badía.
 » Quer.
 » Micó.
 » Alós (A.)
 » Alós (M.)
 » Crespo.
 » Alós (A.)
 » Cruz.
 » Mateu.
 » Valero.
 » Rodríguez.

Infantes del Pilar, presos, mujeres devotas, capilla religiosa, rondalla de guitarras y bandurrias y coro general.—La acción en Zaragoza.

ACTO PRIMERO

Portalón de la «Posada de Palafox» que se supone enclavada en el arrabal de Zaragoza. Gran puerta al fondo y una ventana ancha a cada lado. Telón de foro por el que se vislumbra, lejana, una vista panorámica de la ciudad. A la derecha, en primer término, comienzo de la escalera que da acceso al piso alto y en segundo término, una puerta pequeña. A la izquierda, puerta, sin hoja, de la cuadra. En el rincón de este lado, aparejos y guarniciones. Bancos y sillas en diferentes lugares de la habitación. Es de día.

Al comenzar la obra, MELCHORA, que es una mujer de unos cuarenta años, está haciendo calceta sentada a la derecha junto al arranque de la escalera. A la izquierda, el TIO CELEMIN, posadero, ya setentón, enseña a tocar la guitarra a MANOLICO, muchacho de diez o doce años. TRENZAERA, cosario de Gallur, entra y sale por la izquierda, sacando en cada aparición un arreo de sus caballerías. MARIANICO con un papel en la mano se pasea, leyendo, por la estancia. MIGUEL y otros mozos y mozas están a la puerta de la posada, de tertulia.

MÚSICA

- CELEM. No te aturulles
que es muy poquico
lo que ti falta
de la lición.
- MANO. Ya estoy, agüelo,
del guitarrico
hasta las cachas...
- MARI. Tiene razón,
que ya es, agüelo,
mucho moler
cuando el muchacho
no quié aprender.
- MEL. Hombre, dejaile.
- MARI. Ya está dejao:
pero te digo
que me ha amolao. (*Empieza a rasguear Manolico.*)
- CELEM. ¡Ese es mi nieto!
¡Vaya un guitarro!
Anda, Melchora...
Ya tira el carro.
- MEL. «Ti lo dije muchas veces

y tú no me has hecho caso:
esas coces que ti pego
son por arrimarte al rabo.»

CELEM. ¡Vaya un gazzate!

TREZ. ¡Viva Aragón!

MARI. No digas, hombre,
que eso es canción.

MEL. Es que vosotros
los *señoritos*
sois partidarios
del *forrostrós*.

MARI. Pues sí que paice
que hay difiriencia
de esa coplica
a esta canción.

CELEM. Verás, verás
cómo te ganas
dos gofetás.

MARI. (*Leyendo lo que canta.*)
«En la caja con dos cirios funerarios
yo la hi visto más cetrina que la cera.
De su boca se escapaba una sonrisa;
justiciera.

Tú te burlaste de mí,
y ahora quiere la fortuna
que yo me ría de tí.»

CELEM. (*A Melchora.*) ¿Qué te parece?

TREZ. ¡Viva Raquel! (*Mutis.*)

MEL. ¡Vaya una copla
que trae el papel!

MARI. Eso es sentimiento.

MEL. ¡Eso qué va a ser!
Toca, Manolico,
y anda tú, Miguel,
que pa sentimiento
no hay como la jota
si se canta bien. (*Vuelve a tocar Manolico.*)

MIGU. «No tengo más sentimiento
que se murió sin saber
lo que yo he llorao por ella
y he codiciao su querer.»

MARI. Nos ha fastidiao
con ese cantar.

MEL. ¡Me la has recordao!
¡Me has hecho llorar!

TREZ. (*Saliendo de la cuadro.*) ¡Que viva Gallur!
¡Allí lo aprendí!

- MEL. ¡Figúrese usted
lo que es para mí
- TODOS. «No tengo más sentimiento
que se murió sin saber
lo que yo he llorao por ella
y he codiciao su querer». (*Miguel y los mozos y mozas van desapareciendo discretamente.*)

H A B L A D O

- VIHU. (*Saliendo por la puertecita de la derecha.*) ¡Ya ti han hecho cantar estos mostillos!
- CELEM. Y en particular, éste, que nos atrona la cabeza con sus letanías.
- VIHU. Pues güeno, pase por hoy; pero ya sabéis que la Melchora, sin acordarse de la Pilar, no canta y, al acordarse, llora por aquella perdía y que aquí no llora más que el gato y pa eso hasta el mes que viene no le toca.
- MANO. ¿Me puedo ir ya a la alamea?
- CELEM. Sí, hombre, vete. Pero ten cuidao, que ayer le apun-taste con el tirador a un colorín y por poco le das al señor arzobispo.
- MANO. Hasta en eso del tirador me quiere dar liciones. (*Se va por el foro.*)
- MEL. (*Acabando de enjugarse el llanto.*) Le advierto, tía Vihuela, que me conviene acordarme de la Pilar.
- CELEM. ¿Pa qué?
- MEL. Pa no olvidar todo el daño que me ha hecho.
- VIHU. Sí que salió güena pécora. Primero te entonteció a tu hermano Celipe y le hizo irse a las Américas, dice que a hacer fortuna, porque a la Pilara siempre le tiraron los lujos y las fantasías.
- MEL. Y luego, no tuvo paciencia pa esperar que Celipe se enriqueciera... y se fué no sé aonde.
- TRENZ. Pues yo sí lo sé, ¡viva Madrid!, que la última vez que estuve en la Corte me la encontré en la calle y lle-vaba un abrigo... que no sé si con dos docenas de gatos la forrarían el cuello.
- MEL. Ya lo sé, Trenzaera. Y otras cosas piores también; que si mi sobrina no me escribe desde que se conven-ció de que no le contesto aunque me muera, no falta quien viene a contarme cómo anda.
- MARI. (*Que deja de leer y se dirige a Trenzaera.*) Oye tú, ¿y cómo anda?
- TRENZ. Pues eso es lo güeno; que no anda. Un automóvil tiene que, yo no lo he visto; pero me ha dicho Nica-

nor, que ahora es artillero, que no hay en Madrí más que ese y otro: el de San Isidro Labrador.

- MEL. Calla, Trezaera.
- TRENZ. Güeno; pues hablando de otra cosa: la Pilara, ¿es prima de usté o es conceja?
- MARI. ¡Qué bruto eres! ¿no sabes que es órfana de la hermana mayor de aquí? ¿Y que Celipe es el hermano más pequeño? ¿Y que eran novios de ocultis? ¿Y que ésta lo supo cuando él se marchó a Cuba?
- VIHU. Oye, Marianico... que no nos importa ná de eso.
- MARI. Es que sí empieza éste a cambiar de conversación, nos estamos aquí hasta mañana hablando de lo mismo.
- TRENZ. Güeno... pues voy a echarle el pienso a la reata. (*Mutis por la cuadra.*)
- MARI. ¿No te paece, Melchora?
- MEL. Sí, me paece que... me voy a golver a mi casa.
- CELEM. ¿Te pesa estar en la mía?
- MEL. No, tío Celemin; pero aquí en la posada, raro es el día que no tenemos un buen recuerdo de mi sobrina... o de mi hija como quien dice... (*Enternecida.*) Y en cambio allí...
- MARI. ¡Canastos, eso sí que no! ¡Que allí hasta las telarañas te recuerdan el poco apego que le tenía a la escoba!
- MEL. De eso tuvo la culpa mi Celipe. Empeñao en que era la mejor cantaora del arrabal, como él presumía de ser el rey de la vihuela, siempre la tenía agarrada pa que le probara sus coplas.
- MARI. Y, a propósito de coplas: esta de «la sobrina del entterraor» sí que es un *podema*. Escucha: (*Leyendo.*)

«Para ver si al interfezto
podía resucitarlo,
con la pala de su tío
escarbaba el camposanto.»

- TANA. (*Saliendo por la escalera: es la Maritornes del albergue.*) Marianico, Marianico, por la Virgen del Pilar... no me echés anzuelos. Que tú sabes lo que a mí me tira el drama y me haces debrutar.
- MARI. ¡Vaya si debruta!
- TANA. Dice el «Heraldo» de hoy, que esta noche va a salir una estrella en el Cabaret López de Vega que hace de llorar un porción. Si no fuera, como es, Noche-güena, yo pedía permiso y cinco riales a cuenta del mes y no perdía golpe.

- CELEM. Pues te puedes ahorrar más de tres riales, porque por cuatro cuadernas y por menos te doy yo una patá que bufas. (*Cruzan por el foro, de derecha a izquierda, Mosén Puñales, don Marcos, Pepe Cañas, y Lanuza. Se paran ante la puerta de entrada. Mosén Puñales es el capellán de la cárcel; don Marcos, el Presidente de la Audiencia; Pepe Caña, empresario del Cabaret Lope de Vega, andaluz y dicharachero; Lanuza, un joven periodista local.*)
- PUÑAL (*Mirando al dintel de la puerta.*) Aquí no puede ser, don Pepe. ¿No dice usted que es una artista de mucho dinero?
- PEPE. Una postinera, y na más, señó cura.
- D. MA. No obstante, entiendo que interrogando no se yerra.
- LANU. Opino idénticamente. (*Entran los cuatro. Mosén Puñales viste el traje talar con manteo y teja; don Marcos usa abrigo de pieles y sombrero de copa; Pepe Caña lleva capa y sombrero cordobés; Lanuza, gabardina y flexible.*)
- PEPE. Salú y pesetas.
- CELEM. ¡Cuanto güeno por aquí!
- VIHU. Pasen, pasen. Tú, Tana, arrima unas sillas.
- PUÑAL No molestarse, puñales.
- D. MA. ¿Por azar se hospeda en este albergue una célebre... cupletista conocida por Jezabel?
- MARI. (*Aparte.*) ¡Rediez, cómo habla este elegante!
- CELEM. No, señor. Aquí no es fácil que paren esas gentes.
- PUÑAL Pues claro, hombre. Pero este don Pepe nos ha querido gastar una chuffa.
- PEPE. (*Sacando una carta y leyendo.*) ¡Vaya, señó cura! Que aquí está: «Del hotel no se preocupen, porque he de vivir en la Alameda de Macanaz, donde hasta los pájaros...» Ercétera, ercétera.
- MEL. ¿Que dice de los «pajaros»?
- PEPE. Una cursilería, señora. (*Guarda la carta.*)
- PUÑAL Vámonos, pues.
- PEPE. Aguardarse. (*A Celemin.*) Aquí, el Presidente de la Audiencia, y aquí, el capellán de la cárcel, y aquí, el reportero de «La torre nueva», han organizao pa'l día de Navidá una juerga...
- PUÑAL ¿Cómo una juerga, repaño?
- PEPE. Bueno... una cachupiná pa que los presos tengan su mijita de buree, que pa eso ha nasio er Niño Dió y la alegría debe arcansá también a los presos...
- TANA. Eso está muy bien, sí, señor; que también son hijos de Dios.
- VIHU. Tana, tú a tu obligación.

- CELEM. O quédate y verás qué manguzá te sacudo.
- PAÑA. (*Haciendo mutis por la escalera.*) Güeno, señor, que no la dejan a una ni preopinar.
- CELEM. Siga usted.
- PEPE. Bien, pues aquí el señó cura, que ya le conocerán ustés...
- MARI. ¿Quién no conoce a Mosén Puñales?
- PUÑAL. ¿Eh?
- CELEM. Marianico, que eso es mote.
- MARI. ¿Mote?
- CELEM. Anda y vete tú también, so morros de mona.
- MARI. Güeno....
- CELEM. Y otra vez que tengas que nombrarlo le dices... (*A Mosén.*) ¿Cómo se llama usted, Mosén Puñales?
- PUÑAL. Me llamo Pérez, ¡repaño!
- CELEM. Ya lo has oído. (*Mutis de Marianico por la izquierda.*) Usted disculpe, Mosén...
- PUÑAL. ¡Hum!...
- D. MA. En suma, que amén de una disertación jurídico penal a mi cargo, de una poesía queles leerá este vate...
- LANU. ¡Don Marcos, por Dios!
- D. MA. Y de una plática de Mosén... Mosén Pérez, el señor capellán ha pensado que terminase la fiesta con una intervención de la afamada Jezabel, que nos cede su empresario, el señor don Pepe Caña... ¿usted es Caña?
- PEPE. No señor, soy Mejía.
- D. MA. Perdón; esto de poner anotaciones marginales en la filiación, es un constante compromiso para el que usa de la palabra. (*En la puerta aparece Matacuras, tipo mal encarado, esposado y cubiertos los hombros por una manta. Entra seguido por un guardia civil y un cabo, en traje de camino y con capote.*)
- MATAC. Güenas tardes.
- CABO. Cállese usted. (*Al ver a don Marcos, el cabo y el guardia le saludan poniendo la mano izquierda en el hombro derecho.*)
- D. MA. ¡Hola, cabo Perales! ¿Quién es este pájaro?
- MATAC. A los pájaros se les dá de beber porque pa eso están los charcos.
- GU. 1.º ¡Eh! El señor presidente de la Audiencia.
- CABO. Con permiso de ustedes, le hemos entrado para que le den un sorbo de agua.
- MEL. ¿Agua o vino?
- MATAC. Agua. (*Melchora hace mutis y vuelve con un jarro.*)
- CABO. (*A don Marcos.*) Es el procesado del lunes.
- PUÑAL. ¿Como te llamas?
- MATAC. Manuel Expósito Santa María, pa servir a Dios y a

- usté. (*Mosén Puñales se acerca y le tiende la mano para que se la bese.*) Alias, Matacuras.
- PUÑAL (*Se le queda fijo, mirándole.*) Te advierto que a mí en la cárcel me llaman Tronzapresos... Con que...besa.
- MATAC. (*Después de una pausa, le besa la mano.*) ¡Gracias a Dios que voy a encontrar en la cárcel uno de los míos!
- MEL. (*Saliendo.*) ¡El agua!
- LANU. ¿Por qué está usted procesado?
- MATAC. Por robo.
- D. MA. En despoblado, con fractura y reincidente.
- MATAC. Pero sin pruebas.
- D. MA. Tres billetes marcados por el dueño del molino.
- MATAC. ¡Billetes! Que no los quieren ni en el Banco.
- CABO. Señor presidente, con su permiso... Este es un hablador y nos lo llevamos.
- D. MA. Sí, sí, vayan.
- PUÑAL Y mañana me vas a decir en tu celda eso de Matacuras.
- MATAC. Si usted quiere, ahora mismo.
- PUÑAL (*Recogiéndose los manteos y apretando los puños.*) ¡Puñales! Vamos.
- D. MA. Por Dios, capellán.
- MATAC. Choque usted, padre,
- PUÑAL (*Le da la mano.*) Anda, desgraciad; que no tenéis más que mala crianza y unos curas de pueblo que no os desloman de cuando en cuando.
- MATAC. Señor Presidente; reconózcame como un amigo. (*Le alarga la mano.*)
- D. MA. ¡Bueno! (*Le da la mano de mal talante.*)
- MATAC. ¡Y a ver como se porta usted con los amigos! (*Mutis por el foro, con el cabo y el guardia civil.*)
- PEPE. ¡Buen pájaro de cuenta!
- PUÑAL ¡Un gurrón!
- D. MA. Bueno, señor don Pepe...
- PUÑAL Nos ha molido don Pepe, con el paseo...
- PEPE. Señores, yo...
- LANU. ¿Y no será Jezabel una alucinación de su espíritu?
- PEPE. ¿Una alucinación? ¡Pocha es la niña! ¡Pocha! Si ostés la hubieran tenío así a la vera más de tres cuartos de hora... la diñan. En su casa tóo es orientá: cortinajes, otomana, cojines, una mesa de te que paese una catedrá musárabe; unos jarrones de Talavera de Damasco ¡ná! ¡Postín!
- PUÑAL Este Pepe Caña es un coplero.
- PEPE. Le he dicho a osté, Mosén Puñales, que yo soy Mejía.
- PUÑAL ¡Y yo soy el Comendador! ¡Repuñales!

- MEL. Siga ustedé, don Pepe.
 VIHU. Ya te entiendo.
 PEPE. Pues ná... que esa mujé es la jaca más postinera de los Madriles. Una niña tié de cinco años.
- MEL. ¿Uua niña? ¡Jesús!
 PEPE. ¡Y de casi nadie! Der duque de Majadahonda; ese que juega al polo con el Rey, como Dió...
- MEL. ¡Virgen del Pilar!
 VIHU. Anda, Melchora...
 PEPE. Pero aguarde osté, que a mí me han dicho que la niña no es der duque, sino der Farolitos; ese portento de toreraso que hase la suerte der babero como los ángeles...
- PUÑAL ¡Cuerno! Deje ustedé a Dios y a los ángeles...
 PEPE. Digo, osté perdone, que Dió no sabe torear.
 PUÑAL Dios lo sabe todo, y mejor que nadie... ¡Repaño!
 D. MA. Vámonos, señores. *(A los posaderos.)* Ustedes perdonen el error.
- CELEM. ¡Vayan con Dios! Y aquí tienen su casa pa lo que gusten mandar...
 PUÑAL Gracias, tío Celemin, digo... ¡Ya está dicho! Llámeme ustedé Mosén Puñales y en paz. *(El tío Celemin los acompaña hasta la puerta. Salen don Marcos, Mosén Puñales, Pepe Caña y Lanuza.)*
- MEL. ¡Es ella, tía Vihuela!
 VIHU. ¡Mujer!
 MEL. ¡Es una perdía!
 VIHU. Vamos pa adentro, Melchora.
 MEL. ¡Una niña con un duque!
 VIHU. ¡Qué vergüenza! ¡Si al menos fuera verdá lo del Farolitos!... *(Las dos mujeres hacen mutis por la escalera.)*
- CELEM. Maño, vienes desbocao. *(Al aparecer Garrapata, jadeante y sudoroso, con la faja caída. Entra con el tío Celemin.)*
- GARRA. Tío Celemin... venga ustedé... ¿Y Marianico?
 CELEM. En la cuadra
 GARRA. *(A gritos.)* ¡Marianico!
 CELEM. ¿Pero qué te pasa, moño? *(Entrando por la izquierda.)* ¿Quién me llama?
- GARRA. Yo... yo... Marianico... Yo, tío Celemin. ¿Hay alguien en la cuadra?
- MARI. Ahí está Trenzaera.
 GARRA. ¡Trenzaera!
 TRENZ. *(Dentro.)* Va...
 GARRA. Anda, mostillo, que es una urgencia.
 TRENZ. *(Entra con un cabezón en la mano.)* ¡Hombre, le es-

taba quitando el cabezón a la «Canóniga» ¿Qué ocurre?

GARRA. Veréis... veréis...

MARI. Amos, revienta...

GARRA. Vosotros sabéis que yo, desde que salí del cuartel licenciaio, estoy en la estación del Sepulcro ocupándome de la descarga.

MARI. A ti siempre te ha tirao la fusilería.

GARRA. Cállate, hombre. ¿Lo ve usté, tío Celemín? Así no acabo nunca. ¿Dónde estábamos?

TRENZ. Estabas en la estación.

GARRA. Eso, que me dan treinta riales y manos puercas. *(Se apoya en el hombro del tío Celemín.)*

CELEM. Tú, manos puercas; apóyate en Trenzaera que es de Tauste.

TRENZ. ¿Y qué tié que ver Tauste con el jabón?

GARRA. Callarsus, hombre. ¿Ves tú, Marianico?

MARI. Habla seguío, rediéz.

GARRA. ¡Si os váis a caer de espaldas!

TRENZ. Pero, ¿acabas?

GARRA. Pues estaba yo en la estación descargando bultos de un vagón de esos cerraos...

TRENZ. ¿De qué color?

GARRA. De color de morros de arriero, rediosla.

CELEM. Pero no te apures, Garrapata,

GARRA. Si la culpa es de ese cabezón de Trenzaera.

TRENZ. *(Tira el cabezón al suelo.)* ¡Hala! Ya no te estorba el cabezón.

GARRA. Pues güeno: salía yo con un bulto en la caeza derecho pa el carro, cuando oigo una voz que va y me dice: ¡Garrapata!, y me güelvo y... ¡vamos!, creí que daba con la caeza en el techo.

MARI. ¡Que se te hinchó el bulto!

GARRA. ¡Cá! ¿A que no adivináis quién era?

CELEM. Miá, Garrapata, que te has traíe un güen rompecaezas.

GARRA. ¡Celipe!

TODOS. ¿Celipe?

GARRA. ¡Celipel *(Pausa.)* ¡Celipe!

CELEM. ¿Y dónde te lo has dejao, so ceporro?

GARRA. Me le tiré al cuello y le di un abrazo que sacó un tanto así de lengua. «¡Hola, Celipe!» «¡Hola, Garrapatilla!» «¿Cuándo has llegao?» «Ahora mismo. De Barcelona. Ayer desembarqué.» «Pero, ¿cómo no saben na en el arrabal?» «Cállate, maño. Que vengo desconsolao. ¿Es que se ha muerto la...?» Y, de pronto, se pone más amarillo que el Cristo de la Seo, y

me da un empujón y sale corriendo detrás de un coche. ¡Y, pum!...

MARI. ¡Un tiro!

GARRA. Desaparece.

CELEM. ¿Pero tú estás seguro de que era Celipe?

GARRA. ¡A ver si cree usted que yo soy sonambulante!

CELEM. Voy a decírselo a la Melchora, moño.

GARRA. Y dígale usted que viene mu remajo, con una caena de reló que, a querer, también le serviría pa colgar el tocino. ¡Virgen, qué caenica! (*Mutis del tío Celemin por la derecha.*)

MARI. Oye, Trenzaera... Si es verdá lo que cuenta Garrapata, mos hemos caído.

GARRA. ¿Por qué?

MARI. Porque Celipe al marcharse mos dijo: «Ahí quea esa rondalla, maños, que es el gallicó del arrabal. A ver si sus dejáis que sus pisen.»

TRENZ. Y mos han pisao.

MARI. ¡Cómo! Mos han aplastao las patas.

TRENZ. Es que va pa cuatro años que no hemos cogió las vihuelas.

MARI. ¿Te atreverías a inventar una historia?

TRENZ. Pa historias, éste.

MARI. Pero, calla, que mejor que una historia es una componenda. Mos ensayamos un ratico y esta noche salimos de ronda y decimos: «¡Amos ande ayer!»

TRENZ. Manos a la obra.

MARI. Tú, Garrapata, bájate mi guitarrico, que está en el armario de la loza. (*Mutis de Garrapata por la derecha.*)

TRENZ. Y suerte que yo tengo mi vihuela en el pajar.

MARI. (*Mutis por la izquierda. Cogiendo la guitarra que antes tocó Manolico.*) Y ésta es la de Celipe, que mi agüelo la llama «el órgano del Pilar» porque dice que no hay otra más sonadora.

TRENZ. (*Entra con su guitarra.*) Ya estamos. Total, que no le faltan más que dos cuerdas; pero no te apures...

MARI. ¿Por qué?

TRENZ. Porque a tu guitarrico le debe faltar hasta el bujero. (*Entra Garrapata con su guitarrico.*)

MARI. Y tú, Garrapata, a ver si a la noche queas mal.

GARRA. Descudia.

MARI. Alante y templando.

MÚSICA

TRENZ. Esto está mu bajo.

MARI. No pueo subir.

- GARRA. Coge la escalera.
 MARI. ¡Que te doy así!
 Es que las clavijas
 se han agarrotao.
- TRENZ. Anda, Marianico,
 que yo ya he templao.
- Los TR. Con el riquirriqui,
 riquirriquitrón.
 ¡Allá vá!
 Con el riquirriqui,
 riquirriquitrón.
 ¡Buena vá!
 Con el riquirriqui,
 riquirriquitrón.
 La rondalla
 de más sombra
 de Aragón.
- MARI. Esta noche, Baltasara,
 por tu calle pasaré;
 no te acuestes a las ocho
 u levántate a las diez.
 Como está la noche obscura
 y no llevo un mal farol,
 cuando escuches un rebuzno,
 el que rebuzna soy yo.
- Los TR. Con el riquirriqui,
 riquirriquitrón...
 etc., etc.
- GARRA. Ya estás acostá,
 morení, morení,
 morenica mía,
 aunque desvelá,
 porque está, porque está,
 porque estabas fría.
 Sal a tu balcón,
 morení, morení,
 morenica guapa,
 sal desarropá,
 que el carí, que el carí,
 que el cariño tapa.
- Los TR. Con el riquirriqui,
 riquirriquitrón...
 etc., etc.
- TRENZ. Llevo a la ronda alpargatas,
 aunque también tengo botas,
 pa que no se entere naide
 de que mi cuerpo te ronda.

Ten afinao el oído
pa que me sientas pasar,
porque como no te asomes
te voy a dar tres patás.

LOS TR. Con el riquirriqui,
riquirriquitrón...
etc., etc. (*Todo el número lo cantan haciendo evolu-
ciones como si fueran de ronda, parándose al echar
la copla, Marianico y Trenzaera.*)

H A B L A D O

TRENZ. Yo creo que no quearemos mal.

MARI. Quearemos pior, porque a Celipe le pasa con los pa-
sos dobles, lo que a mí con las alvellanas... que se
me hinchan los pies...

GARRA. Entonces...

MARI. Celipe no quíé más que jota, y jota y rejota. La fe-
matera, la morruda, la patriótica, la que queráis;
pero jota.

TRENZ. Pues, amos con la de los rondaores...

GARRA. Amos.

MARI. Alante con ella.

M Ú S I C A

LOS TR. A la jota, jota
de los rondaores,
que es la de las penas
y de los amores.
Jota, jotica maja,
jota del arrabal,
en toa la ribera
no hay otra jota igual.

FELI. (*Dentro y acercándose.*)
Porque te quise y te quiero
te llevo en el corazón
y te canto mis querereres
con la jota de Aragón.

GARRA. ¿Lo habéis escuchao?

MARI. ¡Cómo me he quedao!

TRENZ. No se me despinta.

GARRA. No sus he engañao. (*Entra Felipe vistiendo sencilla
y correctamente con traje de americana cerrada y
boina.*)

FELI. ¡Maños!

LOS TR. ¡Mañico!

FELI. Vengan los brazos.

Me dan la vida

- vuestros abrazos.
 MARI. Vienes a punto.
 TRENZ. Vienes mu güeno.
 GARRA. Más elegante.
 MARI. Y más moreno.
 FELI. *(Cogiendo la guitarra que tenía Garrapata.)*
 Compañero déjame
 la guitarra mía,
 que a mis ojos viéndola
 vuelve la alegría.
 LOS TR. Desde que te fuiste,
 que no se reía.
 FELI. Guitarra,
 guitarra bizarra,
 guitarra española,
 guitarrica mía:
 tu canto
 que es fuerte y es santo,
 lo sabes tu sola,
 guitarrica mía.
 En la pena y la alegría
 es la dulce compañera,
 porque a la risa da vuelos
 y las lágrimas consuela.
 Al arrullo de tu canto
 me dormía aquella santa,
 al lao de aquel Santo Cristo
 en una cunica blanca.
 Y contigo canté mis amores
 a la moza que yo festejaba,
 y parece que tú le decías,
 lo que yo con mi voz no acertaba.
 Guitarra,
 guitarra bizarra,
 guitarra española,
 guitarrica mía.
 Dame, dame tu dulce suspiro,
 guitarrica, que sabes mis coplas,
 pa que vayan el tuyo y el mío
 de la mano a buscar a mi novia.
 ¡Guitarra,
 guitarra bizarra,
 guitarra española!

H A B L A D O

- TRENZ. ¿Y ahora qué dices tú, Marianico?
 MARI. ¡Que viva el Arrabal!

- GARRA. ¡Y la Virgen del Pilar de Zaragoza, me caso en diez!
(*Todos abrazan a Felipe con gran calor.*)
- FELI. Bueno, maños, ya está bien. ¿Y mi hermana?
- MARI. ¿La Melchora?
- FELI. Sí. He visto mi casa cerrada. ¡Como no me esperan!...
- MARI. Por arriba está.
- FELI. Y... ¿y mi... sobrina?
- TRENZ. ¿La Pilara? Pues verás...
- MARI. (*Tapándole la boca.*) Güena.
- TRENZ. Eso, güena. Por... por ahí anda. (*A Marianico que le estaba mirando intranquilo.*) ¿Qué te crees tú, so agnacil, que nadie más que tú es diplomático?
- FELI. Maños, maños..., que no os entiendo..., que va a ser verdá lo que yo me recelaba al no escribirme nunca..., que va a ser ella la que he visto al salir de la estación, muy bien puesta y con una chiquitica al lao... ¡Se ha casao!
- MARI. No, hombre, no.
- TRENZ. Palabra que no. ¡Mialas aquí! (*Jurando.*)
- FELI. Respiro. Porque... ¡vaya!, vosotros debéis saberlo. La Pilar era mi prometida, aunque no lo sabía nadie más que ella y yo.
- MARI. Pus respira, que no se ha casao. ¿Verdá que no?
- TRENZ. Que no, ea.
- FELI. Cuando me encontré contigo, perdona, Garrapata, vi saltar del tren de Madrí a una buena moza que... ¡lo que es el deseo!, pa mí tenía toa su cara. Te dejé boquiabierto y salí tras ella. La adelanté, la miré, fuí a hablarla y la vi que bajaba los ojos y volvía una esquina tirando de la niña pa coger un coche. Entonces me fijé que era más gruesa y que... llevaba el pelo cortao por aquí... (*Indicando la altura de las orejas.*) Y la Pilar tiene una mata de pelo... que no es pa dicho.
- TRENZ. Pues adivina, adivinanza...
- MARI. Calla, Tocino.
- FELI. Marianico... Trenzaera... (*Con la duda reflejada en el rostro.*)
- MARI. Felipe..., no mos preguntes...
- FELI. ¡Se ha muerto!
- TRENZ. Pior.
- FELI. ¿Peor que muerta?
- TRENZ. Pior, pior... (*Marianico le tira una banqueta.*)
- MARI. ¡Boca de hacha!
- FELI. ¡Vaya..., decidlo! ¿Qué ha sido de la Pilar?
- GARRA. ¡Que se ha escapao!

- FELI. ¿Eh?... ¡Melchora! ¡Melchora! (*Sale corriendo por la escalera.*)
- MEL. (*Dentro y un poco lejos.*) ¡Celipe!...
- TRENZ. (*Dándole una bofetada a Marianico.*) Toma, pa que tires peladillas con patas.
- MARI. ¡Cristo! ¿Qué me has dao?
- TRENZ. Una chuleta, pa que te nutras, maño.
- GARRA. ¡A ver si armáis ahora una cuestión!
- MARI. Ahora, lo que hay que procurar es quitarle a Celipe el amargor.
- TRENZ. ¿Con confituras?
- MARI. Con lo que sea. ¿Qué se te ocurre a ti? (*A Garrapata.*)
- GARRA. ¿A mí? Convidarle a una cántara de vino.
- MARI. (*Con un gesto despectivo.*) ¡Hombre!...
- GARRA. ¡Aguárdate!... A una cántara de vino pa empujar a un ternero asao.
- TRENZ. ¿Y no sería mejor gastarle una gromica?
- GARRA. ¿Una groma?
- TRENZ. Una groma, lo que se ice una groma. Por ejemplo: que lo llevemos a la orilla del Ebro...
- MARI. Y allí, ¿qué?
- TRENZ. Allí va de caeza al río.
- MARI. ¡Qué bruto eres!
- TRENZ. Pues como no sea una cosa así... no se divierte.
- MARI. ¡Ya está!
- TRENZ. ¿Dónde?
- MARI. Aquí. (*Golpeándose la frente.*) En el merendero del tío Birloque hay una boda de muchas campanillas. ¡Vaya gente y vaya alegría y vaya cuadro de cantaores y bailaores! ¡Amos a ver si mos traemos a toos pa convidarles!
- GARRA. Amos. (*Medio mutis al foro.*)
- MARI. Por aquí llegamos antes: saltando la cerca.
- TRENZ. (*Yéndose con los otros dos hacia la puerta de la izquierda.*) Oye, ¿y quién va a pagar el agasajo?
- MARI. El novio.
- TRENZ. ¿Y va a querer?
- MARI. Que no quiera ¡y verá la nochecica que le aguarda! (*Mutis de los tres.*)

MÚSICA

- PILAR. (*Apareciendo por la puerta de la calle. Trae de la mano a Pilarcita.*)
 ¡Zaragoza, tierra mía!
 ¡Quién pensara
 que a mi tierra volvería
 ocultándome la cara!

¡Zaragoza!
 Ya no soy la que antes era;
 ya no soy aquella moza
 parlotera. (*Se acerca a una de las ventanas del fondo.*)
 ¿Por qué miran mis ojos hacia allá,
 si aquel nido de amor cerrado está? (*A Pilarcita.*)
 Mira,
 nena de mi alma,
 mira cómo luce
 mi casita blanca.
 Mira,
 mira aquella puerta.
 Fué la que tu madre
 vió cerrar con pena.
 Vuelve
 tu mirada limpia
 para ver el soto
 donde yo reía.
 Nunca
 yo pensé, mi cielo,
 que al volver contigo
 lloraría al verlo.
 ¡Zaragoza, tierra mía!
 Ya no soy la que antes era;
 ¡ya no soy aquella moza
 parlotera!

HABLADO

- TANA. (*Sale por la escalera sin ver a Pilar por lo pronto.*)
 ¡Qué par y medio de mostillos!
- PILAR. ¡Tana!
- TANA. (*Asustada al oír la voz.*) ¡Ay, qué susto me ha dao la
 señori...! (*Reconociéndola.*) ¡Ay!
- PILAR. ¡Tana, soy la Pilar!...
- TANA. La Pi... Pi... Pi...
- PILAR. No te asustes, mujer.
- TANA. La Pi... Pi... ¡La Pilar! Y esta ca... ca... cacho-
 rrilla, tú...
- PILAR. Mi hija.
- TANA. Su hija... ¡Re... diez! Su... ¡Su hija! Gua.. gua...
 gua... guapa. ¿Có... co... cómo te llamas?
- PILAR. Pilar.
- TANA. Tam... tam... también. Ve... ve... vete, Pilar.
- PILAR. ¿Cómo?
- TANA. ¡Vete... haz el favor!...
- PILAR. Mi tía Melchora...
- TANA. Arriba... arriba...

- PILAR. (*Con alegría.*) ¿Arriba? Vamos, nena...
- TANA. (*Cerrándola el paso.*) ¡No, no! (*Llamando.*) ¡Tía Melchoral...
- PILAR. Calla.
- TANA. ¡Tía Melchora! No subas, Pilar. . . ¡Tía Melchora!...
- PILAR. Pero, ¿por qué?
- TANA. Porque está... está...
- PILAR. ¿Cómo está?
- TANA. ¡Está Celipe!
- PILAR. ¿Felipe? ¿Es verdad?
- MEL. (*Saliendo por la escalera.*) ¿Qué pasa, alborotaora...? (*Viendo a Pilar.*) ¡Tú!
- PILAR. ¡Tía! (*Echándose a sus pies.*)
- MEL. (*Reponiéndose y con severidad.*) Lo mismo digo. (*Suena una bocina de automóvil.*)
- PILAR. Escúcheme... ¡Por mi hija!...
- MEL. (*Cogiendo a la niña de la mano y dándole un beso.*) ¡Pobretica!
- PILAR. Llame a Felipe...
- MEL. ¡No!
- TANA. Le llamo yo. (*Aparte y haciendo mutis por la escalera.*)
- MEL. Loca, perdía.
- PILAR. No me condene... Déjeme hablar con usted y con Felipe... (*Entran por el foro Pepe Caña, un flamenco tocador de guitarra y un señorito.*)
- PEPE. Y decían que no, mardita sea...
- PILAR. ¡Don Pepe!
- PEPE. ¡Jezabel de mi armal! ¿Qué haces aquí, chiquilla? Una artista de tu postín no pué vivir en esta cuadra.
- PILAR. Déjeme usted en mi casa.
- SEÑOR. ¿Su casa?
- MEL. Miente, miente... Esta no es su casa.
- PILAR. Aquella. (*Señalando al exterior.*)
- MEL. Ni aquella.
- PEPE. Tienes habitaciones en er Continentá, tienes un auto a la puerta... Los armiraores... la Prensa te aguardan... A las dié er debut... Vamos.
- PILAR. (*Pausa.*) Vamos. Veh, Pilarcita.
- MEL. No, ésta no. Déjamela aquí, que es muy joven pa andar entre señoricos.
- PILAR. Tiene razón. (*Le da un beso a la niña.*) ¡Vamos! (*Sale mordiendo un pañuelo con pena e ira.*)
- PEPE. Buenas tardes.
- FLAM. A la pa e Dio. (*Salen los tres por el foro.*)
- PILARC. ¡Mamá! ¡Mamá!
- MEL. No te asustes, maja. Luego vendrá. Vamos a jugar mucho, ¿quieres?

- PILARC. ¡Mamá! (*Entra Felipe por la escalera como una exhalación.*)
- FELI. ¡Pilar! (*Llegan por el foro Marianico, Trenzaera y Garrapata.*)
- MEL. Se ha marchao. A su mundo. A su vida.
- FELI. No. Pilar... ¡Pilar! (*Acudiendo a la puerta. Suena la bocina del automóvil.*)
- MARI. ¡Cuidao! ¡La mejor cantaora del arrabal!
- FELI. (*Cayendo en brazos de sus amigos.*) ¡Y la mujer más buena del mundo!

MÚSICA

(*Por el fondo se oye un gran bullicio. Felipe, desasiéndose de los amigos, se va por la derecha.*)

- MARI. Ya están aquí.
Maños, andar.
- TRENZ. ¿Dónde está el vino?
- MARI. Mirale allá. (*Los dos y Garrapata se acercan al rincón del foro izquierda, de donde cogen jarras y un cántaro o pellejo, del que vierten el vino en las jarras. Entretanto, por el foro entra un nutrido grupo de gente, hombres, mujeres y chicos. Una rondalla de guitarras y bandurrias aparece en primer término. Entre los recién llegados se destacan Miguel y tres parejas de baile, vistiendo éstas trajes típicos. La novia y el novio vienen con ellos.*)
- TODOS. La boda de la Tomasa
será una boda famosa,
porque se come y se bebe
mejor que en ninguna boda.
- UNO. ¡Viva la Tomasa,
que es la que se casal
- OTROS. ¡Viva Sinforoso,
que es el fiel esposo!
- OTROS. ¡Viva la madrina,
que es la Vitorina!
- TODOS. ¡Y viva el padrino,
que es quien paga el vino!
- MARI. Pasar y sentaros,
bailar los danzantes
y los cantaores
echaros p'alante.
Vosotros, mañicos,
templar las guitarras
y tos arrimemos
el morro a la jarra. (*Bebe, mientras le vitorean todos.*)

FELI. (*Saliendo.*) ¿Por qué, Marianico, me traes a esta gente?

MATAC. Pa ver si te olvidas de aquel *encidente*. (*Se han colocado a la izquierda los de la rondalla; a la derecha los novios, Melchora, Felipe y Miguel. El resto de la compañamamiento se sienta alrededor de la portalada. Los bailarores salen al centro de la escena. Marianico, Trenzaera y Garrapata van corriendo las jarras de vino entre la concurrencia. Empieza a tocar la rondalla y las parejas bailan la jota. Los demás las animan con frases oportunas.*)

MARI. (*A los que bailan.*) Andar, maños, a ver si bordais una araña con los pies.

TRENZ. (*Idem.*) Mfala, mfala, que se l'ha descosío el refajo.

MARI. (*Idem.*) ¡Viva la jota de Aragón y las bailadoras que no se le caen las calcetas!

GARRA. ¡Y decía la Baltasara que pa ella no eran los movimientos!

TRENZ. Jerónima: no me mires de reojo, que te vas a pisar la trenzaera...

MARI. (*A tiempo.*) ¡Venga, Celipe, una copla de las tuyas!

FELI. (*Cantando.*)

El corazón se me parte
de pena porque te quiero,
al ver que estás en el mundo
y que pa mí ya te has muerto.

MARI. (*Recitando mientras bailan.*) Celipe, no amueles, que pa esto no hemos armao el tiberio.

MEL. (*A la niña.*) ¿Te gusta la jotica?

TRENZ. Amos, Celipe, una de las de ida y güelta.

FELI. Dila tú, Trenzaera, que estarás de humor.

TRENZ. Pero tengo *inginias*.

GARRA. ¡Dale que te pego, Manolica, y venga el respunteao!

TRENZ. ¡Arza p'arriba con las patas, que no mira Mosén Tiliscopio!

MARI. (*A tiempo.*) Miguel, no nos dejes mal.

MIGU. Porque tú lo pides. (*Cantando.*)

«De Epila ni de Gallur...

Todos. No es la maña que yo quiero

de Epila ni de Gallur...

que las mañas que me gustan

son las de Calatayud.»

(*Sigue el baile con gran algazara hasta caer el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del primer acto. Es de noche. Un gran farol, encendido, en el centro de la escena.

MELCHORA y la TIA VIHUELA entran y salen en la segunda de la derecha, en cuyo interior se supone que están registrando un baúl. El TIO CELEMIN, en escena, fuma un cigarrillo, filosóficamente.

MEL. Alumbre usté, tía Vigüela.

VIHU. Aguarda. (*Se dirige a la puerta de primer término derecha.*) ¡Tana! ¡Tana!

TANA. (*Entrando por la primera derecha.*) Aquí estoy.

VIHU. ¿Qué haces?

TANA. Jubando con la niña de la Pilara.

MEL. Que no la des más confituras, que no la hagan mal.

TANA. ¡Y poco laminera que es...!

VIHU. Oye tú... Estate con cuidao en la puerta y, si alguien viene, corres a avisarnos, no se cuelen aquí de rondón.

TANA. Güeno. (*Mutis por el foro.*)

CELEM. ¿Y no era mejor que dejáseis de registrar el mundo? ¡Moño, toas las mujeres seis lo mismo!...

MEL. Pero ¿es que su tía no tiene derecho a saber los secretos de la Pilara?

CELEM. Mejor era que se los preguntases. Y no, que te has negao a oíla y hablala y ahora te metes en sus interioridades.

MEL. Que no se hubiá escapao de mi casa... Perdía...

CELEM. Eso no lo sabemos, Melchora.

VIHU. Pues ¿y esa hija?

CELEM. ¡Moño, que tú has tenío once chicos!

VIHU. Pero me he casao contigo.

CELEM. Después.

VIHU. Como Dios manda.

CELEM. Güeno.

MEL. ¡Ay, tío Celemin! Tarda Marianico. ¿No se habrá equivocado ese cabeza «a pajaros»?

CELEM. No, mujer, que demasio sabè él donde está el Salón López de Vega.

MEL. ¿La habrán aplaudido?

CELEM. No parece sino que te has quedao con ganas de ir.

MEL. ¡Y me he quedao! ¡Miá que si no gustase!

CELEM. Entonces, ¿por qué te incomoas si la chica se hace cupletista?

- MEL. ¡Claro que me duele! Y quisiera que en el teatro no hubiea estao nadie más que yo pa darle una pitada yo sola; pero que se la dieran los demás... ¡Vaya! No quiero pensarlo.
- VIHU. (*Volviendo a salir.*) ¿Has visto esta cajica tan maja?
- MEL. ¿A ver? Mi retrato... y el de mi Felipe. Y uno de ella... que... ¡Jesús, María y José!
- CELEM. (*Acercándose.*) ¿A verla?
- VIHU. ¿Está en traje de baño?
- CELEM. No, mujer, de lintijuelas.
- MEL. ¡Sin mangas, tía Vihuela!
- CELEM. Sin mangas... y ¡sin babero!
- TANA. (*Entrando alterada.*) ¡Tía Vigüela! ¡Melchora!
- CELEM. ¿Qué?
- TANA. ¡Que vienen! (*Celemín se ha quedado con el retrato en la mano.*)
- MEL. ¿Es hombre o mujer?
- TANA. Según.
- CELEM. ¿Cómo según?
- TANA. Porque es un cura: Mosén Puñales.
- MEL. ¿Mosén Puñales? (*Entra Mosén por la derecha; viste de seglar con traje y abrigo negros.*)
- PUÑAL El mismo.
- MEL. ¿Y qué trae usted por aquí, señor cura?
- PUÑAL Traigo once gatos en la barriga y un almacén de puñetazos sin estrenar. ¿Con que la Jezabel nos ha resultao tu Pilar?
- TANA. (*Muy contenta.*) Sí, señor. ¿Ha visto usted qué suerte?
- PUÑAL Chica, lárgate.
- VIHU. Anda afuera, borrica.
- TANA. Allá voy. (*Haciendo mutis por el foro.*) No sé qué quedarán.
- PUÑAL ¿Conque cupletera aquella piacica de mujer que nos creíamos que iba pa monja, según lo que aparentaba su exterior?
- CELEM. Fíese usted de exteriores, Mosén.
- PUÑAL Yo que voy a fiarme, si ves una casa tan callaíca, con su celosía en la puerta, y luego resulta que es un prostíbulo.
- VIHU. Y ¿qué es eso?
- CELEM. Moño, un prostíbulo; donde dan garrote a los creminales.
- PUÑAL (*Se sienta.*) Dejádme que me siente...
- MEL. Sí, señor...
- PUÑAL Porque vengo...
- MEL. Ya, ya... Con el disgusto de que nos haya salfo así esa pécora.

- PUÑAL Y, si al menos fuera una cupletera como Dios manda...
- MEL. ¿Eh?
- PUÑAL Y no una pavisosa, que ni canta, ni baila, ni na.
- MEL. ¿Que no canta mi Pilar?
- PUÑAL Que no canta, que le han dao una grita que... ¡puñales!, eso no se lo perdono.
- MEL. No pué ser, señor cura.
- PUÑAL Pues es.
- MEL. Se lo habrá dicho a usted algún mermuraor envidioso y ladrón.
- PUÑAL ¡Puñales! ¡Que lo he visto yo!
- CELEM. ¿Usté?
- MEL. ¿Usté ha ido al Salón López de Vega?
- PUÑAL A ver si lo que cantaba esa gorriona podían oirlo los presos.
- MEL. ¡Ay... cuéntelo usted, señor cura! ¡Gritarle a mi Pilar!...
- PUÑAL Pues salió la pobretica a medio vestir y la recibimos con palmas y ramos.
- MEL. ¡Olé!
- PUÑAL ¡Olé! Se adelantó así a las candilejas y dió un traspies . . . ¡Y nos reímos!
- MEL. ¿Usté también? (*Amenazadora.*)
- PUÑAL Yo también... perdona.
- MEL. Siga usted.
- PUÑAL Se encaró con el pianista que era un joven con el pelo largo y una levita entallada y le dijo: «Mal hombre». Yo le hubiera dicho más. Pero él, tan fresco. Levantó el brazo y rompieron a tocar los cinco del sexteto y el pianista. Y éste, que le agitaba la melena, así como si fuera a embestir... y ella ¡nada! Clavaica en su sitio, con los ojos en blanco... y que no entraba. Y el público... que nos impacientamos...
- MEL. ¿Usté también?
- PUÑAL También... Hasta que ya empiezan todos a toser y uno estornuda, y otro dice ¡miau! y ella arranca. Y no hace más que decir: «Eres un charrán, Juan, Juan»... siempre encarándose con el pianista... y de repente se echa a llorar como una Magdalena... y a recular como una mula falsa... y se va... ¡Y hasta ahora!
- MEL. No siga usted, Mosén.
- PUÑAL Cuando yo salí del salón, habían roto más de cuarenta sillas... Todos estaban roncacos de chillar...
- MEL. ¿Usté también?
- PUÑAL También... porque si a mí me dejan entrar en el

proscenio, me oye. «¿Para eso ha salido, mostilla? No me digas que eres de Zaragoza, ni que te llamas Pilar, ni que eres catecúmena de Mosén Puñales... ¡repuñales!»

- TANA. (*Dentio.*) ¡Viva Dios! ¡Tía Melchora!... ¡Tío Celemin!... (*Entrando.*) Ya están ahí..
- CELEM. ¿Quiénes?
- TANA. Marianico, Trenzaera y Garrapata. (*Mutis.*)
- CELEM. Que vienen también del lugar del crimen.
- PUÑAL No les digais que he estao yo, que son jóvenes y todo lo toman por mala parte. (*Entran Marianico, Trenzaera y Garrapata, fingiendo una gran alegría.*)
- MARI. ¡Tía Melchora! Estése tranquila.
- GARRA. ¡Triunfo! ¡Triunfo!
- TRENZ. ¡Mejor que triunfo!
- CELEM. ¿Mejor que triunfo?
- PUÑAL Como no sea brisca...
- MARI. ¡Vaya una cancionista emocionante!
- TRENZ. Venimos traspasaos. (*Cada uno deja asomar por la faja un trozo de silla.*)
- MARI. ¡Ah! ¿No se alegran?
- TRENZ. ¡Claro! Como la tía Melchora le lleva tan a mal la profesión...
- MARI. Pero ya puede estar tranquila, que debutes como el suyo se han visto pocos, ¿verdá?
- TRENZ. La empresa lo recordará toa la vida.
- GARRA. ¡Eso!
- TRENZ. ¿Lo cuento?
- PUÑAL Sí hombre, cuéntalo. (*Trenzaera duda.*)
- GARRA. ¡Ha sido una hipotenusa!
- TRENZ. ¡Una hipercloridia!
- MARI. ¿Pero no se alegra usted, tía Melchora?
- MEL. Bien sabes tú que no pueo alegrarme.
- TRENZ. ¡Anda... y no lo creen!
- MARI. Si usted la oye aquello de... «Eres un charrán, Juan, Juan», que es lo mismo que cantó la Raquel en su despedida, se le caen las lágrimas.
- PUÑAL Y a ella.
- MARI. Y a ella, si señor. (*A Celemin.*)
- PUÑAL Verás ahora. (*A Marianico.*) De eso de «Eres un charrán, Juan, Juan»... estamos al corriente.. Pero ¿cómo ha seguido luego?
- MARI. ¿Eh? ¿Que cómo ha seguío? (*A Trenzaera.*) Oye tú. A nosotros con trampa.
- TRENZ. Pues va usté a ver cómo siguió. ¡Vaya un sentimiento! ¡Tú, Garrapata! Y tú... Acompañarme en el sentimiento.

TRENZ. Eres un charrán.

MARI. } ¡Juan, Juan!

GARRA. }
TRENZ. No tienes perdón.

MARI. } ¡Din dón!

GARRA. }
TRENZ. Esa charranada
es cual puñalada
en el corazón.

MARI. (Y aunque bufas,
GARRA.) y aunque gritas
no me quitas
la razón.

LOS TR. ¡Ladrón!

TRENZ. Te entregué lo que tú me pediste
y, como un bandolero, te fuiste
y, después de dos años, volviste
muy manso y muy triste
pidiendo perdón.

LOS TR. ¡Ladrón!

TRENZ. ¡Mala puñalá te peguen
en mitad del corazón!...

LOS TR. ¡O a lo menos en la tabla
del esternón!... (*La Tana, que ha estado vigilante en
la puerta del foro y ha tenido varias veces impulsos
de intervenir en el número, no puede resistir más y
se adelanta cantando.*)

TANA. ¡Mal hombre!
Lo que has hecho conmigo
no tiene nombre.

¡Bandido!

No sé yo, mala sangre,
qué te has creído.

Si vienes

a que yo te mantenga,
tú vienes mal.

Yo no tengo cañamones
pa los pájaros de cuenta,
y, si el hambre te atormenta,
me es igual.

Cuándo te darán...

TRENZ. } ¡Juan, Juan!

GARRA. }
TANA. Cuatro manguzás...

TRE.-GA. ¡Zis, zás!

- TANA. Pa que tú te enteres
que con las mujeres
no se hacen guarrás.
- MARI. { Aunque topes
TRENZ. { con algunas
GARRA. { que son unas
 { desgraciás.
- LOS CU. ¡Colás!
- TANA. Te burlaste de mí porque un día
me cogiste en un mal cuarto de hora
y no quieres pagarme tú ahora
como a una señora
se paga en razón.
- LOS CU. ¡Ladrón!
- TANA. ¡Que te den un jicarazo
de café con solimán!
- LOS CU. O, a lo menos, un sorbete
de casa Juan...
¡Mal hombre!
Lo que has echo conmigo, etc...

H A B L A D O

- TANA. (*Aplaude entusiasmada.*) ¡Ole, ole, ole!
- MARI. Güeno, nosotros no damos ni la menor idea. ¡Hay
que oirla a ella!
- MEL. (*A Mosén.*) ¿De modo, Mosén... ¡Mosén Puñales!, que
ha venido usté a amargarnos la noche?
- PUÑAL. ¿Eh?
- MEL. ¿Por qué se pensó usté que a mi me podía halagar
un fracaso?...
- TANA. ¿Quién habla de fracaso?
- VIHU. Anda tú afuera, Tana.
- TANA. (*Marchándose por la derecha, de mal humor.*) Ya está.
- MEL. ¡Paece mentira! ¡Un presbítero!
- TRENZ. Faltar, no, Melchora.
- PUÑAL. (*Que ha estado conteniéndose a duras penas.*) ¡Recon-
tra Puñales! ¡Que lo que yo he contao es el propio
evangelio!
- VIHU. ¿Y lo de las sillas?
- PUÑAL. ¡Míralas! (*Les saca de las fajas los trozos de sillas.*)
- MEL. ¿Vosotros también? (*Amenazadora.*)
- MARI. Yo le explicaré..
- MEL. ¡Virgen del Pilar! (*Entregándose a su dolor, llo-
rando.*)
- TRENZ. ¡No llore usté, contra! (*Aparece Felipe en la puerta
del foro.*)
- MARI. ¡Celiipe!

- MEL. No digais ná...
- FELI. (*Rápidamente.*) ¿Qué es eso, maños?
- TRENZ. Aquí estamos... de festejo.
- FELI. ¿Festejando con mi hermana?
- TRENZ. Charloteando.
- FELI. ¡Vamos que dentro de nada será media noche y no debemos descuidar la ronda! (*Cruza hacia la derecha.*)
- MEL. ¿Pero, vais a rondar?
- FELI. ¿Por qué no? Con las coplas se van las penas, y con el frío se aplacán los malos pensamientos.
- MEL. Celipe...
- FELI. No tengas cuidao. Lo que estaba de Dios ha sucedido... y no hay que ir contra Dios.
- PUÑAL. Bien.
- FELI. Conque... jarreando!
- MARI. ¡Arreando!
- FELI. En seguida salgo. (*Mutis por la primera derecha.*)
- TRENZ. Y que esta Nochegüena va a ser más soná que denguna. ¡Viva Herodes!
- MARI. Hasta luego.
- GARRA. Quédense con Dios. (*Mutis de estos tres por el foro.*)
- MEL. También nos retiramos nosotros.
- PUÑAL. Y yo me voy. ¡Ah! Hacedme el favor de decirle a esa chicha...
- CELEM. ¿A la Tana?
- PUÑAL. A la Pilar... que no se moleste en ir mañana a la cárcel. Por más que, a lo mejor, la han llevao esta misma noche... Adiós. (*Mutis por el foro.*)
- TANA. (*Entra por la primera derecha con Pilarcita de la mano.*) Vaya usted con Dios, Mosén...
- CELEM. ¡Cudiao!
- PILARI. Díselo, Tana.
- TANA. Ya voy. (*A Melchora.*) Que se me ha ocurrió... que... No se me ha ocurrió a mí, ha sío a ella.
- VIHU. Alguna lagotería.
- TANA. Que se me ha ocurrió explicarle la misa del gallo del Pilar, los villancicos, las panderetas.
- PILARI. Yo quiero ir.
- TANA. ¿Ve usted cómo es cosa de ella?
- MEL. Pues sí que vamos a ir, porque mucho me temo que su madre se la lleve en seguía sin pasarla por la Virgen.
- TANA. Eso pensaba yo. (*La niña salta de alegría.*)
- MEL. Apáñala en un vuelo.
- TANA. A la carrera. (*Mutis de Tana y Pilarcita por la segunda derecha.*)

- CELEM. ¡Qué corazón el de esta Melchora!
- MEL. ¿Qué culpa tié la creatura? (*Entra Trenzaera por el foro con la guitarra en la mano, templándola.*)
- TRENZ. (*Aparte.*) Ahora sí que no puedo andar con rodeos.
- CELEM. ¡Trenzaera!... ¿Qué traes?
- TRENZ. Pues... pues, ¿no lo ve usté, rediez? ¡La vigüela!
- VIHU. Güeno, hombre, no te atoroces.
- TRENZ. Y de paso...
- CELEM. ¡Ah, ya!
- TRENZ. Una especie de embajá...
- MEL. ¿Una embajá, dices?
- TRENZ. Sí.
- VIHU. Pus arráncate, hombre.
- TRENZ. Aguarde usté, que estoy pensando un cantar pa la ronda.
- CELEM. Que no sea tan cochino como el del año pasao.
- TRENZ. ¡Jé! Este es... narrativo.
- MEL. Trenzaera, revienta.
- TRENZ. (*Rasguea.*) Fijarse bien. (*Cantando.*)
«Ajuera está la Pilara
y que quié dormir aquí» ..
- CELEM. ¿Aquí?
- MEL. ¡La pobre!
- TRENZ. «Y que quié hablar con su tía
¡y me lo ha encargao a mí!» (*Medio mutis.*)
- MEL. Aguarda.
- TRENZ. Ya se ha acabao.
- MEL. Pues dile... que pa dormir pué entrar... (*A Celemín.*)
con la venia de usté.
- CELEM. Ya lo creo.
- MEL. Porque esta es una posada donde tóo el que paga con
buen dñero, duerme. Pero conmigo ni tié que hablar.
¿Te enteras?
- TRENZ. Sí señora. Pero tóo eso no me va a caber en una co-
pla. (*Mutis.*)
- MEL. ¡Tana! ¡Tana! (*Sale ésta.*) Ahí está la Pilar. Si deja a
la niña, abajo estoy. Pero no le digas que vais con-
migo. Conmigo no pué ir esa... desgraciá.
- TANA. Güeno, sí señora. (*Mutis por la segunda derecha.*)
- MEL. Vamos de aquí...
- CELEM. Yo la recibiré si quieres.
- MEL. ¡Quién pudiera recibirla! (*Mutis de los tres por la pri-
mera derecha.*)
- TANA. (*Saliendo con Pilarcita por la segunda derecha. La
niña trae un abrigo puesto.*) Ven maja, que te apañe
estos rizos. (*Se pone a arreglarla.*) Güeno, cuando te
vea la Virgen del Pilar te da un confite.

- PILARI. ¿Y habla la Virgen?
 TANA. ¡Que si habla! Pero hay que ser mu espabilá pa comprenderla. (*Entra por el foro Pilar. Su aspecto demuestra un gran decaimiento.*)
- PILARI. ¡Mamá, mamá! (*Sale al encuentro de Pilar que la recoge en sus brazos, besándola en silencio largamente. Tana mira el cuadro asombrada y enternecida.*)
- TANA. (*Aparte.*) ¡Y entavía mermuran de esta mujer! Lo que me choca es que lllore porque si yo hubí debrutao esta noche, entavía estoy bailando en el Coso. (*Bailando.*)
- PILARI. Díselo, Tana. (*Suspendiendo el baile, medio asustada.*)
 ¿Qué? ¡Ah, sí! Oiga usted, señorita... Güeno, oye Pilar. ¿Me dejas de que lleve a la chica a la misa del gallo?
- PILAR. ¿Estás loca, Tana?
 TANA. Rematá, tiés razón.
 PILAR. Por más que...
 TANA. ¿Qué?
 PILAR. Las tres iremos.
 TANA. ¡No! ¡Eso, no!
 PILAR. ¿Por qué?
 TANA. No me preguntes. ¡Porque no! Si quíes, yo la llevo y te la pasa por la Virgen Manolico, el nieto del tío Celemín, que es infante; pero tú no vengas... Y no me hagas hablar...
- PILARI. Sí, sí.
 PILAR. Bueno, llévatela. No quiero hacerte hablar... Bastante has dicho.
- TANA. Te advierto que mejor cuidá que con quien la lleva...
 PILAR. La tía Melchora.
 TANA. ¡Cois! ¿Eres sonámbula? Pero no se lo vayas a icir... ¡Que yo no he dicho na!...
- PILAR. Vete tranquila, Tana. (*Besa a la niña.*) Adiós, hijita.
 TANA. Vámonos, maja. (*Volviéndose desde la puerta.*) Pilara... ¡por Dios!
- PILAR. No pases azar. (*Mutis Tana y Pilarica por la primera derecha.*) Conmigo no quieren cuentas. (*Mutis por la segunda derecha.*)

MÚSICA

(*Garrapata, Trenzaera y Marianico entran por el foro con sus guitarras, mientras suena el coro dentro y acercándose.*)

- MARI. ¡Celipe!
 TRENZ. ¡Celipe!
 FELI. (*Por la primera derecha, destocado.*) ¿Qué hay, maños? ¿Qué rebullicio es ese?
 MARI. Casi ná.

- TRENZ. Toa la juventud del arrabal que nos vamos pa Zaragoza.
- FELI. Yo no quiero jaleos. Quiero rondar.
- TRENZ. ¡Amos, no seas funerario, chiquio!
- GARRA. ¡Hay una de mozas con la cara de rosa!
- MARI. ¡Una de vigüelas!
- TRENZ. Y una de dos; o vienes o te güelves a las Américas.
¡Aquí no se azmiten tristezas!
- FELI. Como queráis. Voy por la guitarra.
- TRENZ. ¡Viva el Niño Dios y su Madre! *(Entran por el foro, alegremente, mozas y mozos y una rondalla de guitarras y bandurrias. Aquellos traen panderetas, zambombas, peroles y otros «instrumentos» ruidosos. Al frente de ellos viene Miguel.)*
- CORO. *(Entrando.)* Esta noche es Nochebuena
y mañana, Navidad;
no me esperes, que esta noche
no es noche de festejar.
- MIGU. Esta noche nuestra voz —ha de unirse en un cantar
que pregone nuestra fé— en la Virgen del Pilar.
¡A cantar, muchachos! — Nochebuena zaragozana,
noche hermosa de Navidad:— bajo tu manto
de soberana —suene mi canto
de alegre fraternidad.
- CORO. Nochebuena zaragozana, etc.
- MIGU. Nochebuena de los pastores,
de los niños y de los viejos,
de recuerdos y de temores
por los soldados, que allá muy lejos
¡ay, Virgen mía!, por tí,— llenos de fe, van.
- CORO. Nochebuena de los pastores, etc.
- MIGU. Virgen del Pilar hermosa,
a nuestros hermanos salva;
¡mira tú que están luchando
por el porvenir de España!
- CORO. Virgen del Pilar hermosa, etc.
(Cuando termina la copla, todos los presentes prorumpen en vivas e inician la marcha hacia la calle. Mutación e intermedio musical ante una vista panorámica de Zaragoza, de noche, con el templo del Pilar, que proyecta su sombra sobre parte del caserío.)

CUADRO SEGUNDO

Interior de la basílica del Pilar. En el fondo, a la izquierda, la capilla de la Virgen con la entrada principal en su centro. Un rompimiento limita la capilla, cuyo interior es practicable.

MÚSICA

(Por el fondo, algo lejano, se oye cantar a los infantes y demás voces de la capilla de música. Está concluyendo el credo de la misa del gallo.

CORO. (Interior.) «Et unam sanctam catholicam et apostolicam Ecclesiam Confiteor unum baptismam in remissionem peccatorum. Et expecto resurrectionem mortuorum. Et vitam venturi saeculo. Amen.» (Durante este coro han salido por la derecha Pepe Caña, un flamenco y un señorito, naturalmente descubiertos; se han parado unos momentos ante la capilla, en plan de turistas, y han desaparecido por la izquierda. Poco después cruza Tana en la misma dirección, tocada con un pañuelo de hierbas. Al pasar por delante de la capilla hace una genuflexión. Segundos después salen por la derecha Melchora y Pilarcita. Hablan en voz baja, como todos los personajes que intervienen en el cuadro.)

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

- MEL. ¡Mírala! (Señalando en la capilla el rincón del fondo izquierdo.) Aquella del manto.
- PILARI. Yo no la veo la cara.
- MEL. Ni lo intentes, hija, que más de uno a cegao por quererla ver las facciones. Con los ojos del alma hay que mirar y con el corazón pedirle sus dones, que en el cielo, de cuantas vírgenes lo habitan, que son once mil y pico, ninguna milagrea como la del Pilar. (Por la izquierda vuelve Tana con Manolico, vestido ahora con la sotana y sobrepelliz de infante.)
- TANA. Ya están aquí.
- MANO. Güenas, tía Melchora.
- TANA. Por poco no le da premiso el señor chantre, que dice que a estas horas los mocosos deben estar en la cama.
- MEL. Cállate, parlotera. Oye, Manolico, que esta es mi sobrina y que la pases por la Virgen mu despacico.
- MANO. Sí, señora.
- MEL. Y que la recés tú un Avemaría, que ella no sabe.
- TANA. ¿Y sabes tú?
- MANO. Y en latín..., que es más corta. (Coge a Pilarcita en brazos y hace medio mutis por la entrada de la capilla.)
- MEL. Oye..., y que no me la vayas a espampanar.
- MANO. Güeno. (Otro medio mutis.)
- TANA. Oye..., y de paso, toca esta medalla en el manto. (Se la entrega.)
- MANO. Abrevia, que me pesa demasiao.
- MEL. Anda, maño. (Mutis de Manolico con la niña en bra-

zos. Melchora y Tana se arrodillan en la escalinata.
Del fondo llega la voz de los infantes del coro.)

CANTADO

INFAN. Cantad, pastorcillos,—cantad y bailad,
que, en medio de sombras—y de obscuridad,
el sol increado—se mira brillar.
Cantad, pastorcillos,—cantad y bailad... (1).
(*Vuelve Manolico. Melchora y Tana lo reciben en pie.*)

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

MANO. (*Descargándose.*) ¡Uf! ¡Maña!
MEL. Toma, quejicón. (*Le da unas monedas.*)
MANO. Dios se lo aumente, tía Melchora.
TANA. ¿Y mi medalla?
MANO. Tenla. (*La coge Tana.*) ¿Tú no das ná?
TANA. Las gracias.
MANO. (*Yéndose por la izquierda.*) ¡Digo! Si llego a tocarla... (*Mutis.*)
MEL. Vamos.
PILARC. Yo quería otra vez.
MEL. Mañana, hija. (*Mutis por la derecha de las tres.*)

CANTADO

INFAN. (*Dentro.*)
La Virgen lava pañales—y los tiende en el romero,
y los pajaritos cantan,—y el agua se va riendo.
(*Durante el cantar anterior ha salido por la derecha Pilar. Anda despacio, pensativa, triste; se dirige a la capilla y, al lado derecho de su entrada, se arrodilla, dando el perfil al público. Por la izquierda, muy poco detrás de aquélla, vuelven Pepe Caña, el Flamenco y el Señorito, que observan a Pilar.*)

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

FLAM. ¿No desía yo que era ella?
PEPE. Eya e, la Jesabel.
FLAM. Que habrá estao esaboría, pero es guapa.
PEPE. Cuidao, Cristoba.
FLAM. Ahí la tié osté: una beata.
SEÑOR. Cuidao, señor Cristóbal.
FLAM. Pos a esa Magdalena nos la yevamos en el auto de parranda.
PEPE. Vamos afuera, hombre.
FLAM. Vamo... pero aluego verasté... (*Mutis de los tres por la derecha. Pilar con los ojos esquiva las miradas de*

(1) De un villancico clásico de Dionisio de Solís.

- los hombres. Vienen por la derecha Felipe, Marianico, Trenzaera y Garrapata, con las guitarras al brazo.
- FELI. (Colocándose por detrás de Pilar, mirando al interior de la capilla.) ¡Ya le he visto! ¡Cuántas noches temí que no la vería más!
- TRENZ. Pues ahí la tiés, maño. ¡Siempre la misma! Ese manto es el que la regaló... (Viendo a Pilar, sobresaltado.) Vámonos.
- MARI. ¿Qué te pasa?
- TRENZ. (Tirando de ellos hacia la derecha.) Vámonos, maños. ¡Que nos hemos colao con las vigüelas y esto es una falta de educación eclesiástica! (Pilar vuelve la cabeza al revuelo que producen ellos y Felipe la vé.)
- FELI. ¡Ella!
- PILAR. (Aparte.) ¡Virgen mía!
- MARI. ¡La Pilar!
- GARRA. ¡La misma!
- TRENZ. Toma, toma... Pus ¿por qué sus echaba yo a la calle?
- FELI. ¡Ella a los pies de la Virgen, y llorando!... Dejarme solo, maños.
- MARI. ¡Celipe!
- FELI. Dejarme he dicho... ¡Que una mujer que reza y llora... no es mala! ¡Dejarme! (Los otros tres hacen mütis por la derecha, mientras Felipe se rehace. Luego se acerca éste a Pilar, e inclinándose junto a ella, dice.)

CANTADO

- FELI. ¡Pilar!... ¡Mi Pilar!
- PILAR. ¡Felipe, por Dios! (Levantándose.)
Respeta el lugar.
- FELI. Lo que hemos de hablar—muy bajo los dos, lo puén escuchar—la Virgen y Dios.
(Se apartan a un lado de la nave a la derecha.)
Dime, Pilar de mi vida,
dime que no has sido mala,
que aquel cariño tan nuestro
no lo has arrancao del alma.
Dime que no te olvidaste
de tu deber pa conmigo...
que ante la Virgen no puedes
engañar al que te quiso.
- PILAR. Estas lágrimas de mis ojos,
esta pena que me entristece,
son las lágrimas y la pena
de pensar que tú no me quieres.
¡Por la Virgen que nos escucha,
por la hija de mis entrañas,

yo te juro que a nadie quise
y que reinas solo en mi alma!

FELI. ¡Por la Virgen!

PILAR. ¡Te lo juro!

FELI. ¡Por tu hija!

PILAR. ¡Mi tesoro!—Porque es tuya.

FELI. (Asombrado.) ¡Porque es mía!

PILAR. ¿No te lo han dicho sus ojos?

(Señalando al camarín de la Virgen.)

Déjame a solas con ella.

FELI. Déjame tú, porque quiero—que esta alegría que nace
ella lo suba hasta el cielo.

(Suena en el interior la campanilla y los infantes y
coro cantan el Sanctus de la misa.)

FELI.

PILAR.

No llores tú, Pilarica;
no llores más, que la Virgen
me trajo aquí por su gracia,
pa que no estuvieras triste.

Desde esta noche, mis ojos
no han de llorar, que la Virgen
te trajo aquí, por su gracia,
pa que no estuviera triste.

Los Dos. Mira la Reina del Cielo
con cuánta luz resplandece:
¡no puede ver quien la mire
más que horizontes alegres!

PILAR. ¡Virgen mía!

FELI. ¡Virgen buena!

PILAR. ¡Gracias, Madrel

FELI. ¡Madre santa!

PILAR. ¡Tú lo hiciste!

FELI. ¡Tú lo quieres!

¡Viva la Virgen de Español

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

PILAR. ¡Felipel!

FELI. ¡Pilarica!

PILAR. ¡Déjame que me vaya!

FELI. Conmigo.

PILAR. No, Felipe; déjame ir sola. Mañana hablaremos con la
tía Melchora... Hasta entonces... cada uno por su lao.

FELI. Como quieras.

PILAR. Quédate aquí, ¿verdad?

FELI. Como quieras, pero...

PILAR. ¿Dudas de mí?

FELI. Ni sombra. Se enfadaría la Virgen del Pilar... y lo
que es conmigo... ¡no se enfada!

PILAR. Adiós, Felipe.

FELI. Adiós, Pilarica. (Mutis de Pilar por la derecha. Fe-

lpe la sigue con la vista. Hay una pausa. Se oye por la derecha un grito ahogado.

FELI. (Haciendo un rápido movimiento de sorpresa, demandándose.) ¿Eh? (Hace mutis corriendo por la derecha; hay un momento de soledad y silencio. Vuelve Felipe desencajado, tambaleándose. En la mano empuña un arma blanca.) ¡Virgen!... ¡Virgen del Pilar!... (Sueña en el fondo el repique de campanillas, al alzar.) ¡Me he perdido! (Felipe arroja el arma al suelo como ofrenda y cae de rodillas, llorando.)

TELÓN A TIEMPO

CUADRO TERCERO

Dependencia de la cárcel de Zaragoza, contigua al locutorio, cuya celosía se ve a la izquierda. En el fondo, una puerta que conduce al exterior. En la parte izquierda del foro, una mesa cubierta con un paño rojo y detrás un sillón y algunas sillas. A la derecha, en primer término, una puerta y en el último un piano. Es por la tarde,

(Están en escena varias mujeres; algunas llevan niños en brazos, otras de la mano. El celador impone un poco orden.)

MÚSICA

MUJERS. ¿No decían que a las cuatro?

CELA. A las cuatro o a las cinco.

MUJERS. ¡Ya estoy deseando verle!...

CELA. ¡A ver lo que hace ese chico!

MUJERS. Dígalo usted al Director, —dígaselo, por favor, que una mujer se lo pide; —que tenga buen corazón.

CELA. ¡Aguardarse! — ¡No empujéis, que ya pronto — le veréis!

(Entra Felipe por el foro, conducido por dos guardias de Seguridad. Uno de ellos le quita las ligaduras mientras el otro habla con el Celador. Felipe adopta una actitud de hombre avergonzado y lleno de pena.)

RECITADO

CELA. Unos vienen y otros van.

GU. 2.º Aquí traemos a este pájaro. Algo anarquista y un sí es no es peligroso. Recién desembarca de la Habana; no te digo más.

GU. 1.º ¡Ay, qué humanidad más pestilente, amigo Renovales!

CELA. ¿Traen el mandamiento?

GU. 2.º Aquí está (Enseñando un pliego.)

CELA. Pase usted mismo al Director, que yo estoy al cuidado de la salida.

GU. 2.º No me diga nada. ¡Buena la tiene usted! Estoy harto de contender con la plebe. Vente conmigo, Antúnez. *(Los dos guardias hacen mutis por el foro. Felipe queda sentado a la izquierda, con la cabeza baja.)*

CANTADO

MUJERS. ¡Pobrecico qué pena tiene!
Me dan ganas de preguntarle
si se aflige por su parienta,
por sus hijos o por su madre.

CELA. A callaros, porque si no,
no os consiento quedar aquí.

MUJER. Se conoce que usted no sabe—las penicas que yo sufrí.

CELA. Yo lo sé todo;—pero ¡a callar!

MUJER. ¡Qué genio tiene!—¡Qué atrocidál!
(Entra por el foro un grupo de presos poco numeroso, que prorrumpe en gritos de alegría, contestados por las mujeres que salen a su encuentro abiazándolos, alzando a los chicos para que los hombres puedan besarlos, y con otras demostraciones de regocijo.)

RECITADO

UNO. ¡Maña!

OTRO. ¡Mañica!

UNA. ¡Quiterio!

OTRA. ¡Miá a tu padre!

OTRO. ¡Antonia!

OTRA. ¡Dios te bendiga!

OTRO. ¡Ya estoy libre!

OTRA. ¡Ven que te tronce a besos!

OTRO. ¡Aprieta, maña!

CELA. ¡Orden! ¡Orden! *(Felipe contempla el grupo en silencio, pero con viva emoción. Van haciendo mutis por la puerta del foro hombres, mujeres y chicos. El celador, situado a la derecha de la salida, vigila la marcha. Felipe, al salir el último, se pone de pie.)*

CELA. No; tú no.

FELI. Ya lo sé. Pero déjeme que me asome a ver su alegría.

CELA. ¡Quietecico hasta que vengan por tí! ¡Ahora te llevarán a una celda! *(Mutis por el foro.)*

FELI. ¡Ya lo sé! Vosotros vais a resucitar, vais a emborracharos de sol y de vida. Yo... ¡me he dejao el sol a las espaldas! ...¡El sol... y a ella!

CANTADO

Adios, compañero feliz,—que vuelves de nuevo a la que vas a vivir y a gozar.—¡Dichoso tú! [luz,

¡Adios, compañero feliz,—que alegre a la calle te vas,
que sales al aire y al sol!—¡No vuelvas más!
¡Sol que mis pasos alumbraste!—¡Sol de mi patria, vi-
Ya no he de ver tu luz bendita,—sol español. [vo sol!
Carcelero,—duro y justiciero,—sé piadoso y óyeme,
Carcelero,—si no he de ver la luz,—vivir no quiero.
Mátame,—mátame tú.

Adios, compañero feliz,—que alegre a la calle te vas,
que vuelves al aire y al sol...—¡No vuelvas más!

CORO.
FELI.

Carcelero,—duro y justiciero,—sé piadoso y óyeme.
Carcelero,—si no he de ver la luz,—vivir no quiero.
Mátame—mátame tú.

(*Vuelve el celador por la puerta del foro.*)

H A B L A D O

CELA. Oye, neófito...

FELI. ¿Ya?

CELA. Ya. Ven. (*Se dirigen los dos a la puerta del foro y le indica el Celador a Felipe que salga hacia la izquierda. Hacen mutis Felipe y el Celador. Entran Mosén Puñales, don Marcos y el Director de la cárcel.*)

D. MA. Nos habrá usted arreglado lo de la Jezabel.

PUÑAL ¿Cómo no? Anoche mismo le dejé recaer de que aquí no se presentara y, además, le he mandado una razón con Marianico. (*Entra por el foro Pepe Caña.*)

PEPE. Señore... tóo arreglao... ¡Así! Y mejó que antes... ¡Así! Les traigo a ostés la quintaesencia de lo fino... Mejó que la Niña de los Peines, mejó que la Raqué, mejó que la Ofelia de Aragón... mejó que tóo.

PUÑAL Bueno; pero ¿es mejor que la Jezabel?

PEPE. ¡Hombre!

D. MA. ¿De modo que hay sustituta?

PEPE. Hay el desideratum. La Gramofonita... ¡ná! Una cancionista a gran voz que le da a osté un sí como quien se come un merengue. (*Por el foro llegan Marianico y Trenzaera.*)

MARI. (*En la puerta.*) ¿Hay premiso?

DIREC. Pasen. (*Entran los dos.*)

MARI. Güenas tardes.

TRENZ. Salú.

PUÑAL ¿Qué hay, Marianico?

TRENZ. Oye, oye... Está aquí el mostillo éste. (*Por Pepe Caña.*)

MARI. Trenzaera, no amueles. (*Trenzaera se calla; pero sin quitarle los ojos a Pepe.*)

PUÑAL ¿De mi encargo, qué?

MARI. Que ella viene.

PUÑAL ¡Que no!

- MARI. ¡Que sí! Y usted será muy tozudo como capellán; pero ella es rabalera..., conque aplíquese el cuento.
- PUÑAL. Pues no canta, ¡ea! Aunque tenga yo que echar mano de mi autoridad de sacerdote y de mis puñetazos de baturro. ¡Que soy de Ricla, puñales! Y a predicar me ganará el arzobispo; pero a fuerza no me gana ni el Papa. ¡Repuñales!
- MARI. Dice la Pilar que en otras circunstancias...
- TRENZ. ¡Eso! Cercuns... ¡Eso!
- MARI. Qué no tenía inconveniente ni gusto... Pero que está aquí Celipe por su causa y que ella viene a cantar pa él.
- TRENZ. Y el que no quiera cila... ¡que se haga la...!
- MARI. ¡Trenzaera!
- TRENZ. ¡Que se haga la cuenta de que es sordo! ¡Repaño!
- D. MA. ¿Quién es... Celipe?
- PUÑAL. Ese chico que acaban de traer del Juzgao.
- PEPE. ¿Y quién es ella?
- MARI. ¿Y usted lo pregunta, so tío Babioca?
- PEPE. ¿Cómo?
- TRENZ. Sí, señor, Babioca es poco: ¡Macabeo!
- PEPE. ¿Pero aquer impursivo pasioná, era er novio?
- TRENZ. ¿Novio de la Pilar Felipico?
- MARI. Celipico... Y porque, anoche al salir del Pilar, este tío fachendoso y sus amigos la quisieron atropellar...
- PEPE. Yo no..., ¡Entendámonos!
- TRENZ. ¡Usted se refa!
- PEPE. Pero fué el Falsetiyas, el tocaor, el que la quiso subir en brazos al automóvil.
- MARI. Y en aquel momento se abrió la puerta del Pilar y Celipe vió aquello y salió como un rayo y le tiró un navajazo al tío aquel y le dejó tendío a secar.
- TRENZ. ¡Como los hombres!
- PEPE. Menos mal que no le hizo ni un rasguño.
- TRENZ. ¿Entonces, pa qué se quedó en el suelo como una momia?
- PEPE. Pa disimular; pero el arma no le caló.
- MARI. Entonces... ¡remoño! ¿por qué tien a Celipe en la cárcel?
- D. MA. Probablemente estará incurso en un delito de atentado.
- MARI. ¿Atentao?
- TRENZ. Pero si no le tocó tan siguiera...
- DIREC. Bueno. Eso es cuenta del señor Juez. Ustedes ahora, a la calle.
- TRENZ. ¡Eso! A Celipe, que es un inocente, a la sombra... Y a nosotros, ¡a la calle!

- DIREC. Como no quiera usted ir a una celda...
- TRENZ. ¡Que no me encuentre yo al Falseticas en una calle oscura! ¡Que to pudiá ser! (*Hacen medio mutis y de repente se vuelve, y dando un puñetazo en la mesa:*) Yo quisiera saber en qué Código...
- MARI. Eso, en qué Código... (*Gran revuelo y los empujan hacia afuera. Mutis de Marianico, Trenzaera y el Director por el foro derecha.*)
- PUÑAL Don Marcos, hay que hablarle al Juez por ese chico.
- D. MA. Sí, Mosén... Parece que ha sido demasiado... Por teléfono lo llamaré.
- PUÑAL ¿Por teléfono?
- PEPE. ¿Adónde va usted?
- PUÑAL A encender una vela pa que contesten.
- PEPE. ¡Este Mosén Puñales!... (*Don Marcos y Pepe Caña se van por el foro izquierda.*)
- PUÑAL Ya no hay quien me quite el mote. ¡Claro! Como no se me caen los puñales de la boca. Pero... yo os enseñaré a llamarme Pérez, ¡puñales! (*Entran por el foro Pilar y la Tana.*)
- PILAR. Aquí estoy.
- TANA. Aquí estamos.
- PUÑAL ¿A qué vienes tú, Pilar?
- PILAR. A cantar en la fiesta.
- PUÑAL ¡Pérez! ¿A cantar?
- PILAR. ¡A cantar!
- PUÑAL ¿No te he mandao a decir que aquí no cantas?...
- PILAR. Sí, señor; pero yo canto.
- PUÑAL ¡Re... pérez! Que tú no te me subes a las barbas... porque no las tengo; pero soy capaz de dejármelas para que veas que tampoco.
- TANA. Escúchela usted, Mosén.
- PUÑAL Pero si ya le he escuchao anoche y sé lo que da de sí esta pájara.
- PILAR. Anoche... no era yo.
- PUÑAL Ni ahora... ¿Qué vas a ser tú aquella chiquitica guapa, inocentona y buena? ¿Qué vas a ser tú, si te has olvidao de toda la doctrina que te enseñé... bien enseñada, aunque tú no hayas queride aprenderla? ¿Qué vas a ser tú, desgraciada? Si a mí me dicen que iba a sacar una ovejica tan descarriada, ¿cómo no la muelo a cachetes antes de que se me escape? ¡Recontra... Pérez!
- PILAR. Yo no soy mala, Mosén.
- TANA. No, señor, no es mala. Que otras habrá piores y pasan por señoras prencipales.
- PUÑAL Bueno, pero cantar aquí... ni en broma.

- PILAR. ¡Que sí canto!
- TANA. ¡Vaya si canta!
- PUÑAL. ¡Cristo de la Seo! Hazme el favor de quitármela de delante, porque me pierdo.
- PILAR. Oígame usted, Mosén. Oígame sin pasión y con indulgencia...
- PUÑAL. ¿Qué vas a decirme?
- PILAR. Lo que nadie ha querido escucharme desde que ayer puse los pies en Zaragoza.
- TANA. Usted tié obligación de escucharla, aunque sea en confesión.
- PUÑAL. En confesión, sí.
- PILAR. Pues como si fuera en confesión.
- TANA. ¡Como si fuera en confesión!
- PUÑAL. Habla ya, parlotera. (*Se sienta, disponiéndose a escuchar, de mala gana, con la cabeza vuelta a otro lado.*)
- PILAR. Cuando me quedé sola en el mundo, sin padre ni madre, no me quedó más refugio que la casa de mi tía Melchora, que era la de mi abuelo. Allí me recogieron y allí crecí al lado de Felipe, el hermano más chico de mi madre.
- PUÑAL. Todo eso me lo sé de memoria.
- TANA. Y yo...
- PILAR. Pero lo que no sabe usted es que llegó un día en que, sin saber cómo, Felipe y yo nos dimos cuenta de que una moza no mal parecida y un mozo tan cabal como Felipe no podían pasar sin quererse como nosotros nos quisimos.
- TANA. En secreto pa tós, que frente por frente está la posada y no lo habíamos advertido.
- PUÑAL. Cállate tú ¡repaño!
- PILAR. Nos quisimos, hágase cuenta de cómo...
- TANA. Usted habrá querido alguna vez...
- PUÑAL. Tana... Tana...
- PILAR. Hasta que tuvo que suceder lo que sucede: siempre juntos... Queriéndonos... Tan cerca...
- TANA. Mosén, póngase usted en su caso.
- PUÑAL. Lo que me voy a poner es a darte morrones hasta que se me hinchen las muñecas...
- PILAR. Felipe se asustó de lo que podía ocurrir... y como no tenía trabajo en Zaragoza para poder mantenerme, antes de que nos buscáramos una perdición... se fué a las Américas. Pero él me juró, y yo le juré, que no seríamos para nadie más que para nosotros.
- PUÑAL. Adelante, Pilar.
- PILAR. Pocos días después de su marcha, yo sentí que aquellos quereres habían dado su fruto.

- TANA. ¿Se va usted enterando?
- PUÑAL. Demasiao me entero.
- PILAR. Y... por miedo, señor cura, por respeto a la casa de mis abuelos..., por no deshonrar el nombre de mi tía..., que es tan seria para todo, me fui. Le tengo escritas muchas cartas. Ella no ha querido saber de mí. Yo no me atrevía nunca a confesar mi falta, porque sabía que era darle la muerte. Felipe no había llegado aún a su destino, no sabía de él, no supe nunca dónde escribirle... Tenía que vivir para mí, para mi hija... ¡Para él también! Y como siempre he tenido habilidad para cantar... aprendí unas canciones, las que me enseñaron... Salí al teatro... Gusté. Gané mucho dinero... pero seguí siendo una buena mujer...
- PUÑAL. Salvo aquélio.
- PILAR. Salvo aquélio, si señor. La gente es muy mala. Cancionista, soltera y con una niña... ¿que habían de pensar? Lo que de muchas. Y he tenido que soportar muchas calumnias y muchos agravios, porque cuando se vive del público, todo hay que sufrirlo con resignación.
- PUÑAL. Y toda esa historia... ¿por qué no se la cuentas a tu tía?...
- PILAR. No me ha querido oír, ésta lo sabe.
- TANA. Cierto como la luz.
- PILAR. Me ha vuelto la espalda. Por eso anoche, de pensar que podía ser más fuerte el decir de la gente que la verdad, que Felipe no iba a creermé tampoco, que mi hija se quedaba sin un padre verdadero y con cien padres adoptados por las calumnias, no pude cantar. Parecía que en la garganta tenía un nudo y que me estrangulaba el corazón. (*Enternecida, con lo que Tana rompe a llorar escandalosamente.*)
- TANA. ¿Qué dice usted?
- PUÑAL. (*Tras una pausa y reventando.*) ¡Que canta re... Pérez, alias Puñales!
- TANA. ¡Vival! (*Entran por el foro don Marcos, Pepe Caña y el Pianista.*)
- PEPE. Tóo arreglao. ¡Hombre... la Jezabel!
- PILAR. A mi no me hable usted, caballero.
- PEPE. Pilar, que...
- PUÑAL. ¡A callarse!
- D. MA. Está usted complacido.
- PUÑAL. Gracias... Y ahora... oídme. Esta chica canta en la fiesta por encima de la cabeza del toro de San Marcos.
- DIREC. ¡Señor Capellán!

- PUÑAL He dicho.
- D. MA. Considere usted que los reclusos...
- PUÑAL ¡Que canta, ea!
- TANA. ¡Que canta!
- PUÑAL Atrás, tú.
- DIREC. Declino toda mi responsabilidad.
- PUÑAL Usted decline lo que quiera; pero canta.
- PEPE. ¿Y la Gramofonita?
- PUÑAL ¡Que la ahorquen!
- D. MA. Bueno, que cante la primera... Así el mal efecto que pudiera causar... (*Mosén mira a Pilar consultándola.*)
- PILAR. La primera o la última, me es igual.
- D. MA. Pues... a ello.
- PUÑAL ¡Hale! (*Sesientan junto a la mesa, don Marcos en medio, a su derecha el Director, y a su izquierda Mosén Puñales.*)
- PIAN. ¿Trae usted los papeles?
- PILAR. No me hacen falta.
- PIAN. Es que yo...
- PILAR. Tampoco me hace falta usted.
- PEPE. ¿Cómo? ¿Cómo?
- PILAR. Que venga Felipe a acompañarme.
- D. MA. ¿Felipe? ¿El recomendado de usted? (*A Mosén.*)
- PUÑAL Ese.
- PILAR. Con una guitarra.
- PUÑAL Ande usted, don Epaminondas. (*Al Director que se levanta y hace mutis por el foro.*)
- PIAN. Se me hace de menos.
- PUÑAL De menos nos hizo Dios y nos aguantamos.
- PEPE. ¿Pero qué ha pasao aquí?
- PUÑAL Un milagro. ¿Se piensa usted que estamos en su tierra, señor Pepe... Pepe Porra? (*Entran por el foro Felipe y Matacuras, cada uno con su guitarra.*)
- FELI. ¡Pilár!... (*Corriendo a abrazarla.*)
- PILAR. No, así no... (*Se quita el abrigo y aparece vestida con un traje de aragonesa típica.*) ¡Así!
- FELI. ¡Esa eres tú! (*La abraza.*)
- MATAC. (*Sentándose a la derecha y templando.*) Vamos, maño, dame el bordón.
- FELI. Voy. (*Se sienta también. Por el foro salen el Director, un Celador y varios presos que se acomodan en el fondo. Detrás de la reja del locutorio se oye un rumor de gente.*)
- MATAC. Ya está.
- FELI. ¡Anda, Pilara!
- PILAR. (*Cantando.*)
 Porque soy mujer, me dicen—que no tengo corazón.
 Los que lo dicen no saben—que he nacido en Aragón.

PUÑAL ¡Viva Aragón!

MATAO ¡Viva!

PR. 1.º (*En el locutorio.*) ¡Bendita sea tu boca!

PR. 2.º Maña, mañica... Ven que te bese la mano.

PR. 1.º ¡Que Dios te dé tóo lo que le pidas!

PR. 2.º ¡Y la Virgen del Pilar te proteja! (*Todos rodean a Pilar con entusiasmo.*)

PUÑAL ¿No dije yo que cantaba?

PEPE. Y yodigoque aquí hay un contrato en blanco por dos años pa cantar la jota por tóos los tablaos de España.

FELI. Eso sí que no.

PEPE. Y pa osté otro como tocaor.

PUÑAL Y pa osté un bozal, ¡puñales!...

La jota no es un cantar—como otro cantar cualquiera y no se puede tirar—al suelo.

PEPE. Como usted quiera.

PUÑAL ¿Llevar la jota al teatro—pa divertir a la gente?

¿Pa que crean más de cuatro—que es cantar indecente?

No, señor... Aquí la jota—se canta... porque se canta...

Con una vihuela rota—y una angina en la garganta; porque nunca pretendemos—darle sentido profundo, por lo mismo que sabemos—que es lo más grande del

[mundo.

Y aquí la canta la gente—sin sentir y sin pensar, con el cántaro en la fuente—o el puchero en el hogar.

En la cuna a los pequeños—no se les canta otra cosa y así tienen esos sueños,—todos de color de rosa.

Si se quiere a una mañica—cantando se la festeja.

Suspira la vihuelica—que parece que se queja.

El que tiene algún rencor—lo venga con una copla.

Sedesahoga el cantador—y, al que le pica.. pues ¡sopla!

Y aquí no hacemos novenas—pa rezarle a un santo

[o santa...

¡Si estoy por decir que apenas—la escuchan más que

[al que canta!

Conque vaya usted con Dios,—búsqese otros numericos

y deje usted que esos dos—se canten pa ellos solicos;

¡que ha de cantarsela jota—pa que nos suene a cantar,

con una vihuela rota—y a la sombra del Pilar!

MEL. ¡Bien habla!

MATAO. ¡Viva Mosén! (*A Pilar y a Felipe.*)

PUÑAL ¡Puñales! ¿Que estáis pensando?

PILAR. Pues que nosotros también,—se lo diremos, cantando.

TANA. ¡Sí, señor! Y yo... ¡bailando! (*Gran animación en todos. Tana baila; Felipe y Pilar se abrazan.*)

TEATRO COMPLETO DE LOS SEÑORES ALVAREZ QUINTERO

- Tomo I. PRIMEROS ENSAYOS.—Prólogo de los autores. Esgrima y amor Belén, 12, principal. Gilito. La media naranja. El tío de la flauta. El peregrino. Las casas de cartón. La reja. Apéndice.
- Tomo II. COMEDIAS Y DRAMAS.—La vida íntima. El patio. Los Galeotes.
- Tomo III. COMEDIAS Y DRAMAS.—La pena. La azotea. El nido. Las flores.
- Tomo IV. SAINETES Y ZARZUELAS.—La buena sombra. Los borrachos. El traje de luces. El motete. El estreno. Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijol!
- Tomo V. COMEDIAS Y DRAMAS.—La dicha ajena. Pepita Reyes. Mañana de sol.
- Tomo VI. COMEDIAS Y DRAMAS.—La zagala. Amor a oscuras. La casa de García. A la luz de la luna.
- Tomo VII. PIEZAS BREVES.—El ojo derecho. El chiquillo. Los piropos. El flechazo. El amor en el teatro. Los meritorios. La zahori. La contrata. El nuevo servidor. La aventura de los Galeotes.
- Tomo VIII. COMEDIAS Y DRAMAS.—El amor que pasa. El agua milagrosa. La musa loca. Herida de muerte.
- Tomo IX. COMEDIAS Y DRAMAS.—El genio alegre. El niño prodigio. La vida que vuelve.
- Tomo X. SAINETES Y ZARZUELAS.—El género ínfimo. La reina mora. Zarragatas. El mal de amores. El amor en solfa. La mala sombra.
- Tomo XI. COMEDIAS Y DRAMAS.—La escondida senda. El último capítulo. Las de Cain. Sin palabras.
- Tomo XII. COMEDIAS Y DRAMAS.—Amores y amoríos. ¿A quién me recuerda usted? Doña Clarines. Los ojos de luto.
- Tomo XIII. PIEZAS BREVES.—La pitanza. Los chorros del oro. Morritos. Nanita, nana... La zancadilla. La bella Lucerito. Las buñoleras. Cuatro palabras. Sangre gorda. Carta a Juan Soldado. Solico en el mundo. Palomilla.
- Tomo XIV. COMEDIAS Y DRAMAS.—El centenario. La flor de la vida. La rima eterna.
- Tomo XV. COMEDIAS Y DRAMAS.—Puebla de las Mujeres. Lo que tú quieras. Malvaloea. La cuerda sensible.
- Tomo XVI. SAINETES Y ZARZUELAS.—La patria chica. Las mil maravillas. El patinillo. La muela del Rey Farfán.
- Tomo XVII. Mundo, mundillo... Fortunato. Nena Teruel.
- Tomo XVIII. COMEDIAS Y DRAMAS.—Los Leales. La consulesa. Dios dirá. El corazón en la mano.
- Tomo XIX. PIEZAS BREVES.—Rosa y Rosita. El hombre que hace reír. Sábado sin sol. Las hazañas de Juanillo el de Molares. Hablando se entiende la gente. Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta. El cerrojazo. La historia de Sevilla. Lectura y escritura. Pesado y medido. Secreto de confesión.
- Tomo XX. COMEDIAS Y DRAMAS.—El Duque de El. El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...
- Tomo XXI. COMEDIAS Y DRAMAS.—Marianela. Así se escribe la historia. Pipiela.
- Tomo XXII. SAINETES Y ZARZUELAS.—Fea y con gracia. Anita la Risueña. El amor bandolero. Isidrin o Las cuarenta y nueve provincias. Becqueriana. Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.
- Tomo XXIII. COMEDIAS Y DRAMAS.—Don Juan, buena persona. Pedro López. La calumniada.
- Tomo XXIV. COMEDIAS Y DRAMAS.—Febrerillo el loco: El mundo es un pañuelo. Pasionera.
- Tomo XXV. PIEZAS BREVES.—La niña de Juana o El descubrimiento de América. La sillita. Castañuela, arbitrista. La seria. El mal ángel. El cuarto de hora. Cabellos de plana. Y otras.
- Tomo XXVI. COMEDIAS Y DRAMAS.—Ramo de locura. La moral de Arrabales. La prisa. La flor en el libro.
- Tomo XXVII. COMEDIAS Y DRAMAS.—Antón Caballero. La quema. Las vueltas que da el mundo. Las benditas Máscaras
- Tomo XXVIII. SAINETES Y ZARZUELAS.—Rinconete y Cortadillo. La casa de enfrente. Los marchosos. La del Dos de Mayo. Los papiros.
- Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Alvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.—Cada tomo: 5 pesetas.*

Sociedad Española de Librería. Ferraz, 21, Madrid.

EDITORIAL SIGLO XX

RODRIGUEZ SAN PEDRO, 57

APARTADO 8.036

MADRID

OBRAS PUBLICADAS

| | <u>Pesetas</u> |
|---|----------------|
| Pedro Mata: Una ligereza..... | 5,00 |
| Eduardo Zamacois: Los dos..... | 2,50 |
| Alberto Insúa: Mi tía Manolita..... | 5,00 |
| Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven..... | 5,00 |
| Paul Morand: La Europa galante..... | 5,00 |
| Alberto Insúa: Una historia francamente in- moral..... | 2,50 |
| Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor..... | 2,50 |

PRÓXIMAS A APARECER

Emilio Carrere: El más espantoso amor.

Paul Morand: Lewis e Irene.

José Francés: Su Majestad.

Alvaro Retana: El paraíso del diablo.

Pedro de Répide: La abominable virtud.



EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID